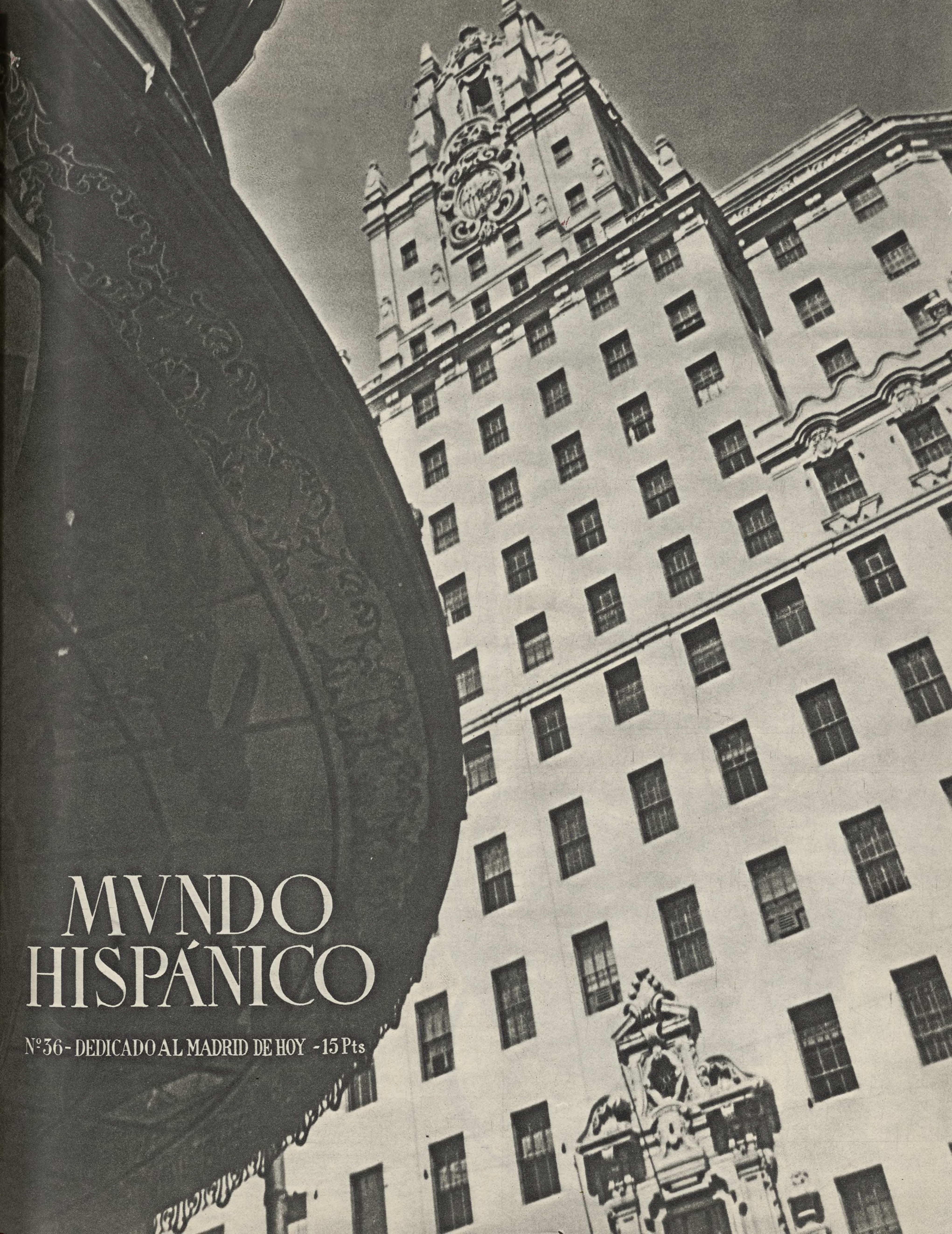


MVNDO HISPÁNICO

Nº 36 - DEDICADO AL MADRID DE HOY - 15 Pts

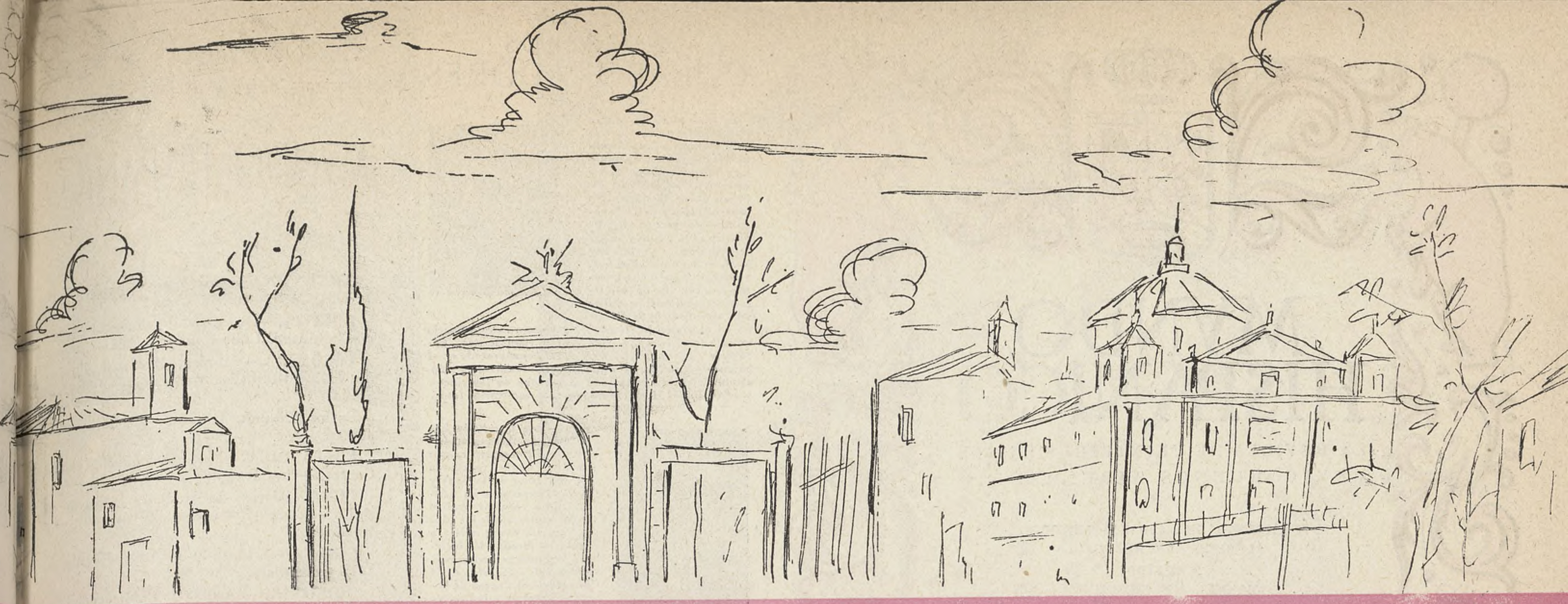

MEJORES OBRAS
DE LA
SPAÑOLA
SOBERANO
MARCA REGISTRADA
SOBERANO
BRANDY AÑEJO
DESTILADO DE VINOS ESCOGIDOS
GONZALEZ, BYASS
JEREZ
JEREZ-XÉRÈS SHERRY
Jerez Gráfico

Prólogo de Madrid

por Victor de la Serna







TENER mala prensa» en la jerga taurina y teatral quiere decir que se tiene mala suerte en la apreciación de los méritos por medio de la letra impresa.

Madrid, en este orden, «tiene mala prensa». Hay ciudades que la tienen buena y universal: París, Viena, Roma, Río. Madrid, no: le pasa algo de cien años a esta parte. Algo que empieza a pasarle a ciudades españolas que por excepción tenían «buena prensa», como Sevilla, por ejemplo.

Hay dos maneras de tener «mala prensa» una ciudad. Una manera consiste en que se hable poco de ella, en que se hable mal de ella o en que no se hable de ella. La otra manera consiste en hablar de ella mucho pero interpretarla mal con buena intención: algo así como lo que hacen esas mamás besuconas y que interpretan la cándida belleza de su niña colocándole tantos perifollos que acaban por hacerla insoportable.

Madrid hace un siglo que padece ambos males juntos: ambas modalidades de «mala prensa».

En la literatura universal, en el arte universal, Madrid cruza muy de tarde en tarde como una estrella fugaz: una rara cita de Eça de Queiroz, una alusión de Henmigway o de Montherlant «al revuelo de un capote» y siempre para usos pintorescos...

En la literatura nacional, fuera del falso Madrid del P. Coloma, del cochambroso Madrid de Galdós o de Baroja, del zarrapastroso de Solana, del ridículo Madrid mal traducido del francés por Zamacois y Vidal y Planas, desde que nuestra ciudad salió de las próceres manos de Cervantes, Lope y Tirso, apenas «ha tenido prensa». O la ha tenido mala a fuerza de querer tenerla buena. Porque sobre Madrid ha caído como la langosta, una nube de literatos ropavejeros que derraman ríos de lágrimas nostálgicas cada vez que desaparece un sucio café colillero para ser sustituído por una preciosa y brillante cafetería. Añoran las mulas de los «rippers», el «¡agua va!», los gigantescos bueyes abulenses tirando de las carretas de retama por la Cibeles. ¡Y el perro *Paco!* Sobre todo el perro *Paco*, una especie de totem del Madrid «fin de siglo»; ese cargante chucho sobre cuya «inteligencia» parecen centrar la suya las plañideras literarias de «aquel Madrid». Sus supervivientes han olvidado, en cambio, la correspondencia entre Valera y Menéndez y Pelayo y consideran a cualquier tabernero concejal mucho más representativo de «la época» que a doña Emilia Pardo Bazán, con su tertulia de la calle Ancha, o al marqués de Luca de Tena cargado de rotativas alemanas y de ideas revolucionarias en la técnica del periodismo.

Si nosotros mismos nos señalamos como meta literaria un Madrid «corte provincial», un Madrid balcánico con palacios como ascuas de oro, propios para escenario de una película «de época», rodeados de un mundo de aguadores, cesantes, abrecoches y familias cursis y macilentas paseando la acera «de las de Gómez»; si nosotros nos quedamos embobados *únicamente* ante el espejo nuboso—como los ojos de una anciana que fué bellísima—que preside la botillería de Lhardy o nos extasiamos *únicamente* ante la tabernita esa tan graciosa que el amigo especialista encuentra cada semana, seremos un poco como la mujer de Lot.

Yo amo el espejo de Lhardy, donde tantas veces se reflejaron la barba negra y partida de mi padre y su levita cortada por Cimarra y su chistera de Arias. Y he bendecido a Dios cuando supe que este recuerdo de un Madrid que fué ciudad moderna se salvaba de la demolición. Pero mi gozo no es porque se haya salvado «un viejo restaurante» sino porque se haya salvado un ejemplo de lo que en su tiempo fué uno de los más modernos y progresivos restaurantes de Europa. En su espejo yo no veo un viejo espejo sino el espejo más nuevo de su tiempo. En su servicio de metal blanco yo veo no una pieza de museo sino un instrumento de progreso que aun conserva «estilo» y rango.

Yo le he pedido a ese gran acuarelista Juan Esplandíu, que sabe interpretar como nadie a Madrid gran ciudad europea y que debía estar subvencionado por alguien solamente para eso, para seguir «dibujando Madrid», que me haga una acuarela del «hotel del Negro», donde vivió un Sultán destronado y cetrino que dió nombre a la casa. Y otra de la goyesca «quinta de Burguera», a la entrada de la Castellana. Pero estoy deseando que el Alcalde de Madrid le meta un petardo a tan estrafalarios trastos que afean la entrada más moderna de la Corte y el mejor de sus paseos.

Frente a las plumas lloronas y nostálgicas de un Madrid castizo y «picante», yo opongo la piqueta y el «D. D. T.» En mi casa tengo un plano de Texeira y me parece grande Madrid para el siglo XVI. Y tengo el plano del Gran Madrid de Moreno Torres y de Prieto Moreno y de José María F. Ladreda: ¡y me parece chico para el siglo XX! Entiéndase bien que no quiero que caiga nunca ese sacro recinto de los Felipes de Austria; por el contrario, lo cerraría con cadenas, lo tapizaría de jardines (¡y no de losas y de guijarros, señores y pestíferos casticistas!); lo daría de cera, lo puliría, lo mimaría como una pieza de vitrina; tendría todo un cuerpo de conservadores dedicados a cuidar de todas las paredes que se desmigan, de todos los canalones que se agujerean, de todos los cristales que se rompen, de todas las tejas que se caen, de todas las chimeneas que se desmoronan. Arrojaría de ese recinto a todos los mercaderes que simulan con escayola vigas de roble, pero cuidaría todas las vigas de roble de verdad y haría el Estatuto del viejo Madrid artesano y señor desde el que unos reyes pálidos, cruzados de Viena y Madrid, gobernaron el planeta. ¡El planeta!; que ya era tan grande como es ahora si es que el esfuerzo necesario para dominarle entonces con arcabuces y barcos de madera no lo hacían mucho mayor. De ese Madrid yo adoro lo que tenía de metrópoli; no lo que tiene de «rinconcito apacible», provincial y mono. Exalto en él no su silencio claustral sino el enorme fragor geológico que sonaba en sus entrañas grávidas de mundos. En ese Madrid no veo nada que me induzca a placidez. Veo mucho que me induce a la inquietud y a la ambición. Y lo traduzco al Madrid de hoy para soñar con un cordón de aeropuertos, con una estrella de autopistas, con una red de ferrocarriles subterráneos y de superficie. Me gustaría que España, que Madrid supiera trazar sobre su tierra una «Y» inmensa con el fuste apoyado en su corazón juvenil, potente, ambicioso, inquieto; y con los dos brazos, uno en dirección a El Escorial y otro en dirección al Valle de los Caídos. Sería una bonita manera de celebrar el centenario de Isabel.

Este número de **MVNDO HISPANICO** ofrece a los ojos de las veinte naciones, nuestras hermanas, no sólo el Madrid histórico, no sólo la nostalgia (si bien sea la nostalgia de lo bello y de lo vital), sino el Madrid Madrid, creciendo al ritmo de las criaturas jóvenes, cada año un poco, muy orgulloso de su estirpe, pero inconforme con ser un «fin de raza». Un Madrid sereno pero inquieto por dentro: enamorado de su futuro, descontento de su presente y orgulloso de su pasado. Un Madrid que ha reducido al puro esquema su Historia, limpiándola de polvo y telarañas y que está absorto ante el complejo inmenso de su porvenir. Hacia él marcha desde el día 1.º de abril de 1939, sin escuchar a las apolilladas sirenas casticistas.



MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO-BUENOS AIRES-MADRID

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ BELLA
DIRECTOR:
MANUEL JIMENEZ-QUILEZ
REDACTOR-JEFE:
MANUEL SUAREZ-CASO

NÚM. 36 - MARZO 1951 - AÑO IV - 15 PTAS.

SUMARIO

Colaboración artística de Luis González y Daniel del Solar.

Colaboración gráfica: Sierra Calvo, Godoy, Aerotécnica, Lara, Müller, Zegri, Cifra, Alfonso, Contreras, Portillo y Santos Yubero.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEF. 23-05-26
APARTADO 245 — DIRECCION TELEGR.: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES HISPANOAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 - MADRID

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN, MARSIEGA, S. A. (MADRID) HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRÁFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIÁN) * FOTOGRABADO, FUGUET.

NUESTROS COLABORADORES



Una vez—núm. 23—dimos el curriculum del hijo y la foto del padre. Hoy damos la vida del padre y repetimos su «foto», salvando así un error sin «Tabloncillo». Alfonso, padre, que nació en Madrid (1880) para ser escultor—con premio extraordinario de la Escuela de Artes y Oficios—; que fué después, como un «self-man», vendedor de periódicos, terminó siendo uno de los mejores fotógrafos madrileños, con Medalla de Honor en un certamen internacional y premio extraordinario en otro (en EE. UU.), cuando tenía veintiún años. Fotógrafo y héroe en Africa (fotógrafo condecorado en el campo de batalla), sus «fotos» fueron famosas en todo el mundo. De su exposición «La noche en los rincones del Madrid viejo», se han tomado aquí varias fotos.



Zegri—este legionario honorario—también es madrileño, aunque estuvo cuatro años en Filipinas (cursando en San Juan de Letrán) y largas temporadas en Africa, como redactor gráfico en las campañas de los años 9, 11 y 12, donde a él y a Ortega y Munilla les hicieron legionarios honorarios. Antes que fotógrafo, Zegri perteneció al Cuerpo de Sanidad Exterior y fué secretario intérprete del puerto de Melilla. Pero para entonces—en su niñez—ya había construído su primera cámara con una caja de puros y los lentes de unos gemelos de teatro. Con su apellido moro—que arranca del XI Rey de Marruecos—de los cuarenta años de profesión ha pasado treinta y siete en «ABC» de Madrid, diario en el cual continúa actualmente. (N. en 1887).



Este hombre, que nació en la raya de Portugal—antes de llegar a la raya—, de estirpe vasconavarra, para terminar — o empezar — siendo crítico municipal de Madrid, después de haber sido universitario en Santiago de Compostela, se llama Enrique de Aguinaga y es puntero cotidiano en el diario «Arriba», pinte lo que pinte. E. de A., que fué también oficial técnico de Telecomunicación, salió de la Escuela Oficial de Periodismo con el número uno, para batirse en «Arriba» al tiempo que transmite su corresponsalía a «La Vanguardia». De la estirpe a la cuna, del Pirineo a la raya lusa, de Compostela a Barcelona, o de la telecomunicación a su espléndido recuadro mañanero, ha ganado ya el primer premio de artículos sobre Madrid (1949).



Otro castizo—a esto obliga un número dedicado a Madrid—aunque nació en el Puente de Vallecas (1903). Tan castizo que cantó de niño en los coros del teatro Apolo y fué hasta cómico por los teatros de Lavapiés. Siempre a contrapelo de los propósitos paternos, Martín Santos Yubero apareció un día en barrera, como revistero de toros del diario madrileño «El Imparcial», cuando contaba dieciséte años. Tiempo después, Delgado Barreto le llevó a «La Nación» como redactor gráfico, y hoy figura, también como redactor gráfico, del diario «Ya» y el semanario «Dígame». Las páginas de los periódicos madrileños y de provincias han ofrecido a lo largo de tantos años la noticia periodística a través de millares de fotografías de Santos Yubero.



Hay una fotografía aérea —en pura vertical y a miles de metros de altura—que parece sólo topografía, y hay la fotografía, un poco menos aérea, que se toma haciendo que una avioneta roce las agujas de las iglesias, dejando tras sí un rugido. Esta es la foto en diagonal, la foto que da perfiles y volúmenes, fachadas, ventanas, aceras, peatones, automóviles y tranvías... Esta es la foto en la que se pueden contar las barquichuelas del Retiro. Esta es la foto que realiza Juan Lerma León, cordobés, nacido en 1905, capitán mutilado de Aviación, piloto y observador de aeroplano y director de «Aeronáutica». Proyectos, estudios, fotografía aérea», firma a la que corresponden las vistas aéreas de Madrid que van en este número.



Madrileño y chispero, periodista y comediógrafo, Manuel López Marín (n. 1903) fué hombre de la calle de Alcalá y lo es hoy de la Gran Vía. Es decir, ciudadano castizo, incrustado en el eje popular de la ciudad y conocedor de todos los secretos urbanos. En Madrid fundó y dirigió un diario «Buenas noches»—, que se ponía a la venta a la hora de los fantasmas y la bohemia, a medianoche, o sea a las veinticuatro, pero con vida fugaz, porque el periódico fué lanzado en 1936, cuando iba a empezar la guerra de Liberación. Y en Madrid dió a conocer comedias y sainetes. Entre las primeras figura, por ejemplo, «Un hombre de negocios», obra de éxito popular que ha pasado a Portugal, Argentina y Méjico y que fué convertida en película.

CORRESPONSALES DE VENTA DE MVNDO HISPANICO

ARGENTINA.—Queromon Editores, S. R. L. Oro, 2455.—**Buenos Aires.**

BOLIVIA.—D. Alfredo Prudencio. Librería Voluntad. Calle Comercio, 362.—**La Paz.**

COLOMBIA.—Librería Nacional, Limitada. Calle 20 de Julio. Apartado 701.—**Barranquilla.**

Carlos Climent. Instituto del Libro.—**Popayán.**

COSTA RICA.—Librería López. Avenida Central.—**San José de Costa Rica.**

CUBA.—Oscar A. Madiedo. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407.—**La Habana.**

CHILE. — Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1372.—**Santiago.**

ECUADOR.—Agencia de Publicaciones Selecciones. Plaza del Teatro.—**Quito.**

Nueve de Octubre, 703.—**Guayaquil.**

EL SALVADOR.—Emilio Simán. Librería Hispanoamericana. Calle Poniente, 2.—**San Salvador.**

ESPAÑA. — Ediciones Iberoamericanas, S. A. Pizarro, 17.—**Madrid.**

FILIPINAS.—Librerías y quioscos de Manila.

GUATEMALA. — Librería Internacional Ortodoxa. Séptima Avenida Sur, núm. 12.—**D. Guatemala.**

HAITI.—Librerías y quioscos de Puerto Príncipe.

HONDURAS. — Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44.—**Tegucigalpa, D. C.**

MARRUECOS ESPAÑOL. — Herederos de Francisco Martínez. General Franco, 28.—**Tetuán.**

MEJICO.—Carlos Sabau Bergamín. Avenida de los Insurgentes, 206-17.—**Méjico.**

NICARAGUA.—Ramiro Ramírez. Agencia de Publicaciones.—**Managua, D. N.**

PANAMA.—José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones.—**Panamá.**

PARAGUAY.—Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209.—**Asunción.**

PERU. — Ediciones Iberoamericanas. Apartado 2.139.—**Lima.**

PUERTO RICO.—Librería «La Milagrosa». San Sebastián, 103.—**San Juan.**

REPUBLICA DOMINICANA. — Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Escofet, Hermanos. Calle Arzobispo Nouel, 86.—**Ciudad Trujillo.**

URUGUAY.—Germán Fernández Fraga. Durazno, 1.156.—**Montevideo.**

VENEZUELA.—José Agero. Edificios Ambos Mundos. Oficina, 412.—**Caracas.**

BELGICA.—Juan Bautista Ortega Cabrelles. 42, Rue d'Arenberg.—**Bruselles.**

BRASIL. — Livraria Luso-Espanhola e Brasileira, L. Livros Tecnicos e Cientificos. Av. 13 de Maio, 23, 4.° andar. Edificio Darke.—**Río de Janeiro.**

DINAMARCA. — Phning & Appels. Boghandel Kobmagergade, 7.—**Copenhague.**

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.—Las Americas Publishing Company. 30 West, 12th. street.—**New York, 11, N. Y.**

FRANCIA.—L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles 78, Rue Mazarine.—**París (6ème).**

Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne. Réception Etranger. 8, Rue Paul Lelong.—**París (2ème).**

ITALIA.—Librería Feria. Piazza di Spagna, 56.—**Roma.**

PORTUGAL. — Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119.—**Lisboa.**

SUIZA. — Thomas Verlag. Renweg, 14. **Zurich.**



EL ÚLTIMO MADRID

¿CUÁL es el último Madrid? El de la canción mexicana que rodó y rueda por todo el mundo, con su nostalgia castiza y verbenera, o este otro, menos pinturero, absolutamente cosmopolita, pero con las variantes personalísimas—la gracia, el duende, el ángel—que Madrid imprime a cuanto acaece en sus límites urbanos? Es decir, ¿el Madrid de la calle de Alcalá—del primer trozo de la calle de Alcalá—, que por Sol va a la Plaza Mayor y de allí a la zona castiza, o el Madrid de la Gran Vía?

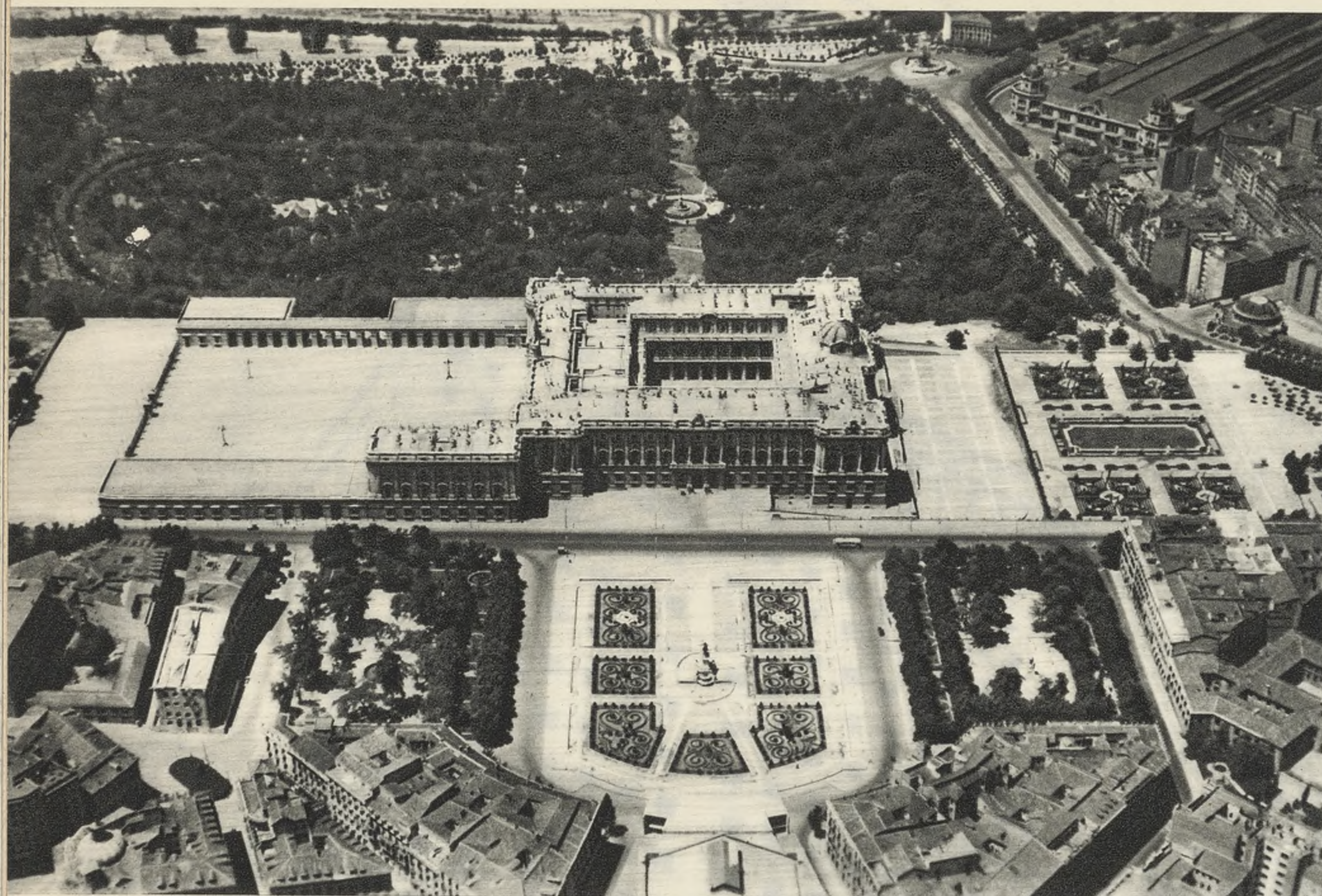
Las sorpresas de dos periodistas hispanoamericanos coinciden en señalar cuál es el Madrid de hoy, por si las gentes de Madrid no lo supieran. La primera corresponde a un cubano que formaba en una expedición de periodistas habaneros que estuvo hace unos meses en España. Ante el micrófono de la «radio» habló así: «Estoy desilusionado. No conocía a Madrid más que a través de la literatura. Yo venía a buscar el Madrid de Carrère y de Arniches, de Répide y de Gómez de la Serna; el Madrid de que yo estaba enamorado y por el que sentía una insoslayable nostalgia. Y me encuentro con un asombroso Madrid europeo, magnífico y cosmopolita... que yo no buscaba».

La segunda corresponde a un mexicano. En el último otoño visitó New York, Londres, París, Roma... En octubre, de regreso a su patria, se hospedó en la Gran Vía, con balcón a la calle. Era su palco. Allí pasaba horas y horas, acodado, con la vista en la rúa, emborrachándose, mareándose con los ríos humanos que se canalizan por las aceras en cualquier momento del día. Afirmó que el hecho diferencial de Madrid, en relación con las demás capitales, americanas o europeas, que conocía, era «la calle». Y añadió: «Quiero decir que aquí en Madrid, parece que todos los días es el 16 de septiembre». Y como los circunstantes seguían sin entenderle, aclaró: «Es que el 16 de septiembre es la Fiesta Nacional mexicana, y ese día, en nuestra capital, todas las gentes se echan a la calle».

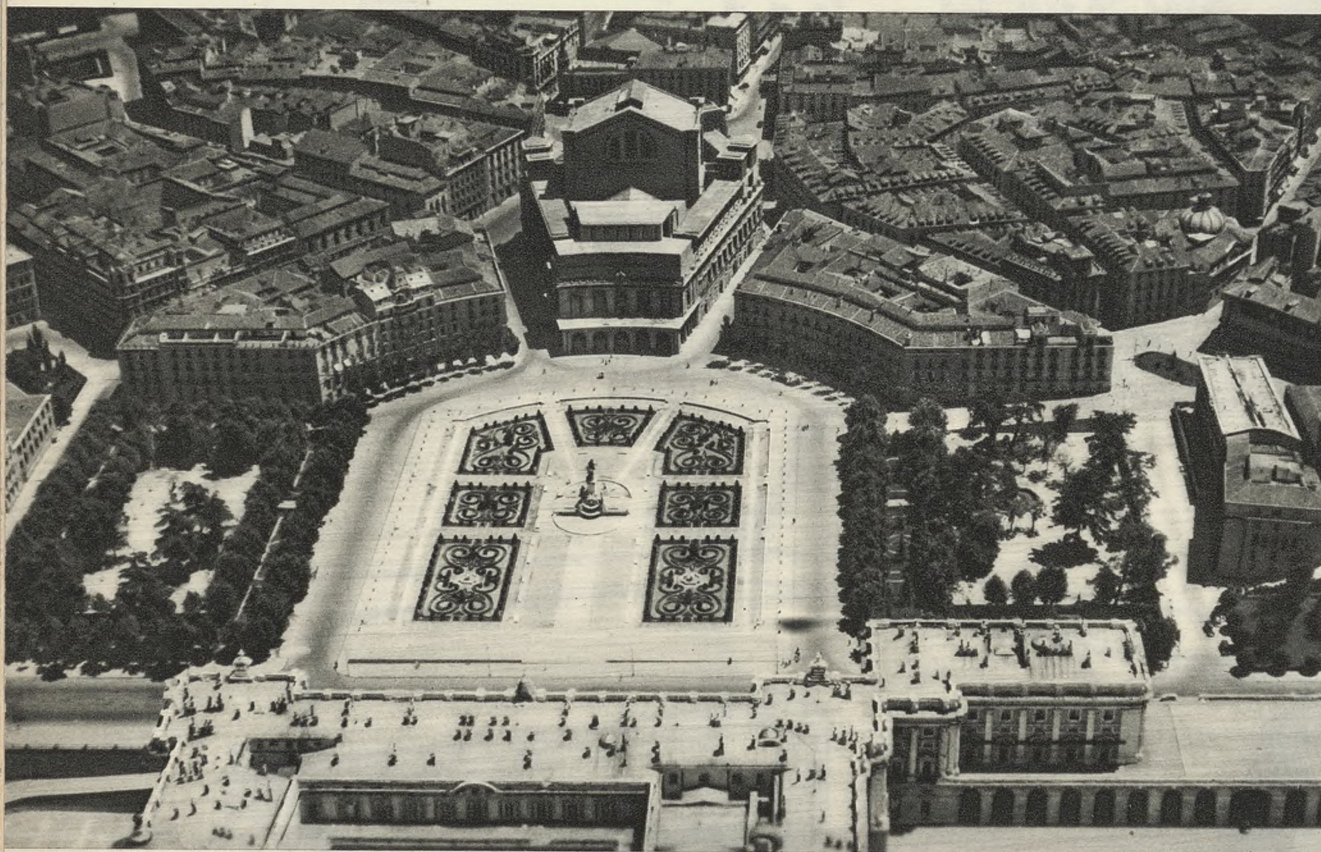
El Madrid de hoy, el último Madrid, es el Madrid de la Gran Vía, con su tercer trozo—hasta hace diez años sólo solares—ya edificado soberbiamente. De la Gran Vía de José Antonio, con el enlace de las grandes edificaciones, como si fuésemos de azotea en azotea, podemos trasladarnos hacia el Oeste, hacia el Norte y hacia el Este; el barrio de Argüelles, por el O.; el de Chamberí, por el N.; los de Salamanca y Narváez, por el E. De Chamberí y el barrio de Salamanca, por la frontera del Paseo de la Castellana—en la que se derriban viejos palacetes, quién sabe si por suerte o desgracia, y se levantan altos edificios y hoteles—, llegaremos al Gran Madrid, ya en marcha, que será, quizá, el Madrid de mañana.

Si es que esta bulliciosa, nutrida, activa, abigarrada, alegre, europea y madrileñísima Gran Vía—con los espectaculares y sorprendentes escaparates comerciales, con bares, cafés y cafeterías caros; con los «cines» más lujosos del mundo—se deja derrotar.

El edificio «España», en la Plaza del mismo nombre, al final del tercer trozo de la Gran Vía. Último «rascacielos» levantado en Madrid y el más alto de Europa. (Foto Godoy.)



El Palacio Real. A la izquierda, la Plaza de la Armería. Al fondo, el Parque del Moro, y en el ángulo superior derecho, la estación del Norte. En primer término, la Plaza de Oriente, con su nuevo trazado de jardines.



En primer término, parte del Palacio Real. En el centro, la Plaza de Oriente—setos bajos y estatuas de reyes españoles visigodos—y a continuación el Teatro Real. Al fondo, la calle del Arenal, que va hasta la Puerta del Sol.

He aquí el antiguo centro vital de Madrid y sin duda de España: la Puerta del Sol y sus típicas calles inmediatas. De las diez calles que afluyen a la Plaza, la «foto» recoge ocho: de izquierda a derecha, Espoz y Mina, Carretas, Correo, Mayor, Arenal, Preciados, Carmen y Montera. La Puerta del Sol luce su última reforma, con las fuentes, los jardines, los pasos para peatones, las anchas aceras... (Fotografías «Aerotécnica». Madrid).

MADRID DESDE EL AGUJERO

LOS madrileños, y los españoles enamorados de la luz y la gracia de Madrid, suelen decir esta música: «De Madrid, al cielo, y en el cielo, un agujero para verlo». Los felices mortales que alcanzaron las alturas verán así a Madrid, cada cual por el particular agujero que haya podido fabricarse en la bóveda casi siempre azul y tersa que envuelve por arriba a la gran ciudad. «M. H.» ofrece, en estas páginas y en las siguientes, unas vistas parciales y originales de la capital española, y lamenta no poder dar la visión exacta, total y en bloque de este Madrid prodigioso. Y no puede darla porque aún no alcanzó la eternidad de los justos ni porque su, en este caso, relativo *ersatz* —la cámara fotográfica a bordo de un avión— ha logrado el suficiente *quid* técnico. Se trata, en definitiva, de que nuestros lectores cuenten las ventanas, las chimeneas, los coches y las personas transeúntes, y no de que observen una fotografía topográfica en pura vertical.

En estas dos páginas está el Madrid veterano —en un tiempo aristocrático y popular a la vez— de la Puerta del Sol. Es a la mañana la «foto», y a primera hora, y por eso con escasa gente en las calles, para lo que es costumbre en Madrid. La arquitectura de los edificios responde, casi sin excepciones, a la misma época y por tanto el mismo aire y el mismo tono van de esquina a esquina: de la calle del Arenal —arriba, a la derecha—, al arranque de la Carrera de San Jerónimo. en el ángulo inferior izquierdo. Esté fué —todo lo que abarca la foto grande— el meollo de Madrid, su cuéncano capital y provinciano y casi toda su historia. Aquí estuvo su pintoresquismo, su espíritu patriótico, rebelde y celtibérico, y su meridiano. Y si el meridiano sigue aquí, o al menos la hora —que de ese reloj de Gobernación, en el centro de la plaza, acera de la izquierda, va a toda España por radio—, es sólo por conservar en un punto la tradición y respetar la vieja literatura.

Este Madrid que va de Sol al Oeste queda limitado —sin llegar nunca al arrabal, inexistente en esta dirección— por la Plaza de Oriente y el Palacio Nacional. El aire y el tono de que se hablaba —la arquitectura y el estilo— se prolongan así hasta la mole del Palacio, o hasta un poco antes, donde se encuentra el «hinterland» ocupado por los jardines de la Plaza de Oriente. Unos jardines de geometría baja, con dos medidas: es decir, superficial. Y una Plaza de Oriente que está, astronómicamente de modo exacto, al Occidente de Madrid, aunque está al Oriente del Palacio a que de forma simbólica y urbana pertenece. Pero el aire y el tono no sólo se prolonga en esta dirección, sino que se afinan. La zona de la Puerta del Sol fué bullicio y casticismo, que se remansaban y se serenaban aristocráticamente según caminaban hacia la Plaza de Oriente. Aun hoy se mantiene el rastro de estas características. He aquí un Madrid viejo y nuevo, quizá desconocido desde este ángulo, aéreo y sorprendente, Ya la antigua plaza no es el ágora de madrileños y turistas. Ya no se viene para decir: «Estuve en la Puerta del Sol». Pero la Puerta del Sol está y está así.







1 Vista parcial del Parque del Retiro, con el estanque y las barcas. Orillas del lago, el monumento a Alfonso XIII.

2 La Plaza de Colón. En el centro de la misma, el monumento al Descubridor. De izquierda a derecha avanza la Castellana. Hacia el fondo sale Génova; en primer término, la Biblioteca Nacional, la Casa de la Moneda y la calle de Goya.

3 La Plaza de Castelar, en la Castellana, con la estatua del tribuno en el centro. Hacia el fondo arranca la calle del general Martínez Campos. Palacios y parques particulares...

4 La Plaza de la Cibeles, con la fuente castiza y popular. En el centro, el Palacio de Comunicaciones. A la derecha, el Banco de España. En el ángulo superior derecho, el Jardín Botánico. (Fotos «Aerotécnica». Madrid.)

EL MADRID DE LA CIBELES



SI hay un Madrid de la Puerta del Sol—o lo hubo—y un Madrid de la Gran Vía, hay asimismo un Madrid de la Cibeles, hacia abajo, hacia el Paseo del Prado, o hacia arriba: Recoletos y Paseo de la Castellana. Pero el Madrid de la Cibeles empalma con el de la Gran Vía de José Antonio al través de un trozo de Alcalá—el más ancho—que es, virtual y prácticamente, prolongación de la arteria «artificial» abierta en este siglo. La «foto» de la Cibeles está tomada este invierno en día frío y de nieve, sin gentes en las calles, sin vehículos en las calzadas y sin hojas en los árboles. La Cibeles—la Plaza de la hermosa fuente de la Cibeles—con el Paseo del Prado, hacia la derecha, y la Castellana hacia la izquierda, es el arranque y la aduana de dos de los mejores barrios de Madrid: el de Salamanca y el de los Museos. El último aparece totalmente recogido en la fotografía grande. Va desde el Palacio de Comunicaciones al Museo del Prado, y desde el Paseo del Prado al Parque del Retiro. Por el Paseo del Prado abajo, están el Ministerio de Marina, la Bolsa, el Obelisco al 2 de Mayo—uno de los más proporcionados y bellos monumentos de Madrid—, el Hotel Ritz y el Museo del Prado. Entre esquina y esquina, la iglesia de los Jerónimos, donde se casaban los reyes; la Real Academia Española y los Museos Naval, de Reproducciones Artísticas, del Ejército, etc. Es el barrio de calles silenciosas, apacibles, señoriales, flanqueadas de altas acacias con sombra generosa, con rincones serenos, allá junto al Museo del Ejército, allá junto a la Academia...

Los árboles de la Castellana, esqueléticos en este tiempo, sin hojas y casi tiritando por el viento de nieve, dejan ver el Paseo de Recoletos—por el que pasean las muchachas al mediodía o por donde cruza entre los jardines alguna amazona—y el del Prado. Y en la parte superior, en el Retiro, por las mismas causas y contra la metáfora orteguiana, los árboles dejan ver el bosque espléndido del primer parque de la ciudad.

De la Cibeles, la Castellana parte alegre y señorialmente hacia el Norte de la capital—a la izquierda de la «foto»—en busca del Gran Madrid del futuro. A cada trecho, se redondea la calzada y circunvala una estatua, eje de una plaza, como recogen las dos fotografías pequeñas, y son sólo dos ejemplos. El largo y ancho Paseo de la Castellana, entre acacias, plátanos y jardincillos, va separando exactamente dos barrios: el de Chamberí—donde se encuentran casi todas las Embajadas y Legaciones extranjeras—y el de Salamanca, sede de la aristocracia. La Cibeles es otro eje de Madrid.





La Puerta de Alcalá en la Plaza de la Independencia. De abajo a arriba, en la «foto», cruza la calle de Alcalá. A la derecha, una zona del Parque del Retiro, con la entrada principal, que da a la citada Plaza de la Independencia. A la izquierda, parte del barrio de Salamanca. (Foto «Aerotécnica». Madrid.)

POR LA PUERTA DE ALCALÁ...

UNA de las zonas más perfectas de Madrid, por su armonía urbana, por sus perspectivas estéticas, queda recogida en esta fotografía. La calle de Alcalá cruza verticalmente la panorámica. A la derecha, queda el Parque del Retiro, con su puerta principal, y bajo él, el barrio de los Museos. A la izquierda, una breve parte del barrio de Salamanca. Y en el centro, perfecta de proporciones, se nos aparece la Puerta de Alcalá, levantada por Carlos III en la Plaza de la Independencia.

La calle de Alcalá, larga de varios kilómetros, y por tanto diversa en su función madrileña, cuenta su historia por trozos, por elementos, por lo que más que historia tiene historias. Hay, así, la historia de la que fué zona popular, o mejor nacional, de la Puerta del Sol a Cibeles, que es la «*c'Alcalá*» de los castizos y de la exportación a provincias. La calle de Alcalá de la literatura, los recorridos y las estadías de los forasteros, las tertulias, los cafés... La calle de Alcalá que sirvió de números de zarzuela o revista. La calle de Alcalá del pasacalle, con las floristas «almidonás» y los nardos apoyados en la cadera... Una calle de Alcalá del Madrid perdido en el primer cuarto de este siglo. Una calle de Alcalá en la que los suntuosos edificios bancarios han ido desplazando a los cafés famosos—famosos en España y hasta en América—que fijaban su carácter popular. Una calle de Alcalá que ha entregado su antorcha madrileña, en un relevo urbano de causas misteriosas, a la embrujada Gran Vía.

Pero la calle de Alcalá sigue siendo una de las dos primeras arterias de Madrid, y este trozo que va de Cibeles a la calle de Goya pasando por la Puerta de Alcalá tiene también su historia propia y una vigencia en aumento, flanqueando el barrio de Salamanca—que le da su señorial carácter aquí—y la floresta del Retiro y adentrándose por la prolongación de Madrid, para que graviten sobre ella las ya casi conclusas y nutridas barriadas de Narváez y Manuel Becerra. Un cuarto de Madrid confluye así sobre esta zona de la popular y madrileña calle, multiplicando su tráfico con líneas distintas de autobuses, tranvías, trolebuses... Por la Puerta de Alcalá, con música y todos los ruidos y todo el vértigo que se quiera, como por la calle de Alcalá, se va también a los toros, porque la larga arteria, de plaza a plaza, si comienza en Sol finaliza exactamente en la Plaza Monumental. La calle de Alcalá fué siempre la calle de los toros, la calle de ir a los toros, porque la antigua plaza se hallaba asimismo pasado el Retiro. Por la calle de Alcalá, para buena estampa de su función popular, iba, enfático y valiente, el torero «Caracho», de Ramón Gómez de la Serna, como después lo fué «Manolete», también con su literatura y su tragedia.



Vista aérea del primero y segundo trozos de la Gran Vía de José Antonio. En primer término, la Telefónica. Al fondo, a la derecha, sobre la calle de Alcalá, los altos edificios del Banco Vitalicio, «La Unión y el Fénix» y el Círculo de Bellas Artes, los relativos «rascacielos» de la bella capital española.



La Plaza de España, con el edificio «España», el más alto de Europa. En este edificio finaliza la Gran Vía y comienza su prolongación, que llega ya hasta la Moncloa, gracias a las reformas realizadas en la calle de la Princesa. En primer término, el monumento a Cervantes. (Fotos «Aerotécnica». Madrid.)

RASCACIELOS DE MADRID

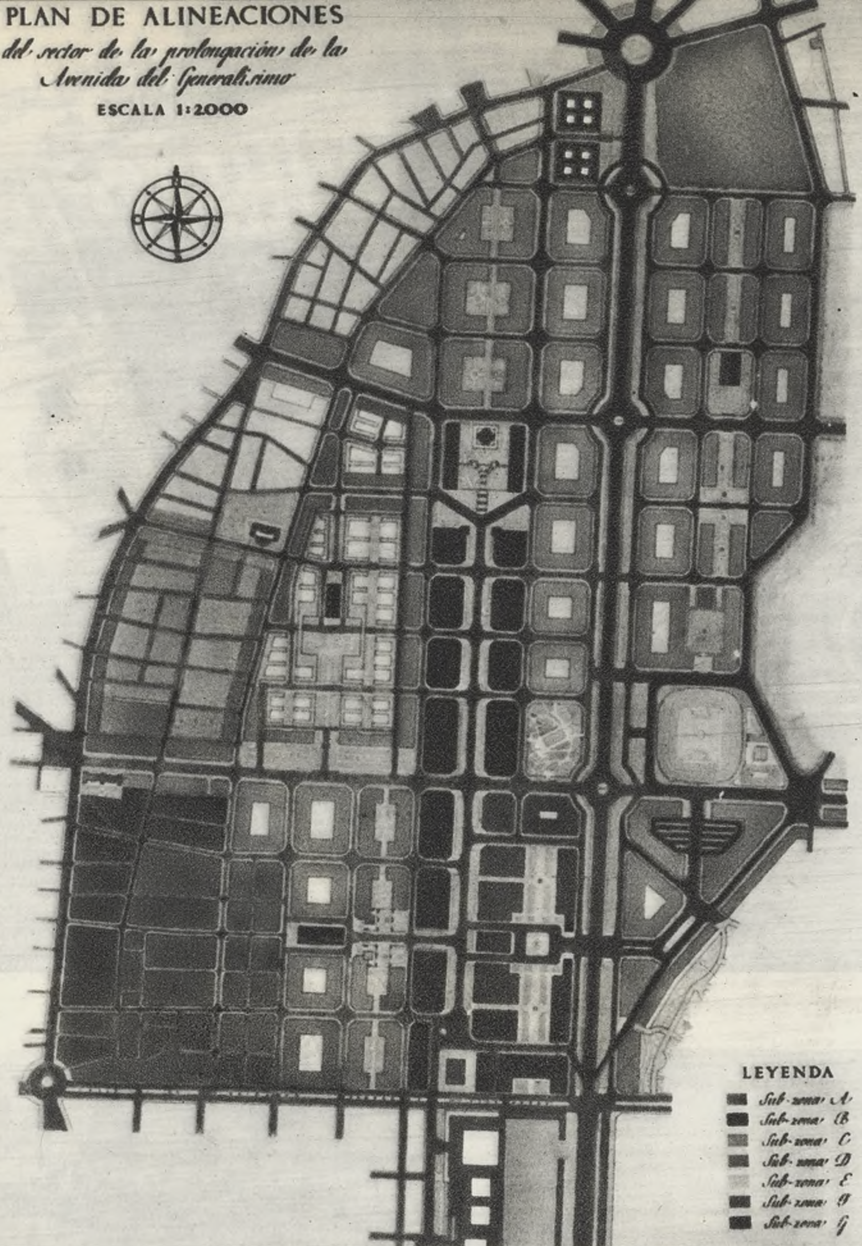
EL «rascacielos» encuentra en Madrid una oposición decidida por parte de los urbanistas, del intelectual y de las gentes apegadas al formal concepto europeo de las proporciones. A veces, de trecho en trecho, se levantan en la capital altos edificios que bordean la altitud del «rascacielos», pero, afortunadamente, a Madrid nunca le dejarán que levante edificios de cien pisos que descoyunten su armonía de capital europea. El «rascacielos» de Madrid cobra, así, una proporción equilibrada, occidental. América puede tener lo mayúsculo, lo gigantesco. Sus ríos, por ejemplo, son mares, con más de cien kilómetros de orilla a orilla en el Río de la Plata, en el Mississipí o en el San Lorenzo. Sus naciones tienen área de continentes. Pero a este lado del mar los ríos tienen medida humana, una proporción europea, y la geografía toda, un mimo caligráfico a vista de pájaro. Como los ríos, los «rascacielos» tienen aquí una medida, una proporción geográfica... Y entre los de la tabla rasa y los proyectadores fantásticos, está siempre la cordura urbanística del término medio, que rompe la monotonía, da variedad a la perspectiva y permite demostrar a los arquitectos españoles que no es tan difícil, llegado el caso, hacer alturas máximas con cemento armado.

LA PENÚLTIMA PUERTA DEL SOL



CUANTAS reformas ha sufrido, en su larga vida, la Puerta del Sol, caducado eje de España? No hay aquí propósito de enumerarlas, sino de referir, sobre todo gráficamente, la penúltima, y decimos penúltima por salvar supersticiones y abonarnos al sortilegio. El objetivo fotográfico «gran angular», para alcanzar la panorámica de un solo golpe descoyunta las líneas, acombándolas y dando a este trozo de Madrid, por arriba, la redondez que dicen que tiene el globo terráqueo. Aquí está la Puerta del Sol de hoy, con sus jardines y fuentes centrales, a las que la celebrada agudeza de Madrid ha encontrado ya el mote ingenioso: «las vinajeras». Fuentes ligeras, livianas aposta—cuando se pensaba en restituir a la mole pesada de la «Mariblanca» su puesto primitivo, aquí, en el centro de la Plaza—, porque el subsuelo horadado por las tres líneas del ferrocarril metropolitano subterráneo—el popular «metro», de Madrid—y las numerosas galerías de acceso no permiten mayor carga. *(Fotos Godoy.)*





EL MADRID DEL SIGLO XXI

Por Enrique de AGUINAGA

«LA CAPITAL DE UNA NACIÓN ES EL SÍMBOLO DE LO QUE LA NACIÓN ES». «HAY QUE ROMPER LA TIMIDEZ PARA LEVANTAR ESPAÑA, PARA LEVANTAR MADRID». — FRANCO, 1944.



LOS presupuestos demográficos calculan que la población de Madrid se duplicará en los próximos treinta años. Según tales estimaciones, Madrid tendrá en 1980 más de tres millones de habitantes. Sin embargo la densidad humana no aumentará siguiendo esta proporción ya que la capital de España en los últimos tres años ha multiplicado por diez, aproximadamente, su extensión superficial. En 1947 la Villa del Oso y del Madroño se asentaba sobre unas sesenta y siete hectáreas; ahora, con la anexión de los términos municipales colindantes, la superficie madrileña pasa a ser mayor de seiscientas hectáreas, en tanto que las poblaciones incorporadas suman sobre trescientos mil habitantes. Los de Caranbanchel Alto, Carabanchel Bajo, Chamartín de la Rosa, Canillas, Canillejas, Hortaleza, Barajas, Aravaca, El Pardo, Fuencarral, Vicalvaro, Vallecas y Villaverde, son nombres que han desaparecido o están a punto de desaparecer del índice corográfico para engrosar la nomenclatura de los distritos o barrios de Madrid.

La exagerada desproporción entre los aumentos de población (a duplicar en treinta años) y de superficie (decuplicada en tres años) se explica no solo porque el concepto «metros cuadrados por habitante» es muy elástico sino, fundamentalmente, porque se está cumpliendo ahora en Madrid, entre tantos nuevos impulsos españoles, el del avance del urbanismo sobre sus propios problemas. La explicación tiene carácter general: el proceso industrial del siglo XIX, demasiado rápido, originó un grave desorden en el hecho físico y social de la ciudad; la aparición del urbanismo — ciencia muy moderna, aunque los eruditos quieran buscarle tres pies al gato — supone, en este sentido, una satisfactoria reacción. En principio, el urbanismo ha ido a la zaga de sus problemas ya que la urgencia cotidiana, de una parte, y la falta de experiencia, de otra, aplicaban parcialmente su eficacia. Ha tenido que transcurrir el tiempo necesario y el urbanismo se ha adelantado a sus propios problemas, el plan general se anticipa a los proyectos parciales. Esta fase decisiva del urbanismo es una de las novedades de la España de la postguerra que empieza en 1939 y nos ha traído con los múltiples planes de ordenación urbana, el plan y la Ley del Gran Madrid.

En 1939, recien liberada la capital de España, el Gobierno del Caudillo constituyó la Junta de Reconstrucción de Madrid con la misión de redactar un plan general para la ordenación urbana. Se trataba no solo de reedificar lo que la guerra había destruído sino también de aprovechar la coyuntura para hacer las correcciones convenientes y sentar las bases de la gran ciudad que, como capital, corresponde a España. El plan quedó concluído en diciembre de 1941 al mismo tiempo que se incorporaba a la Junta un nuevo equipo de técnicos, juristas y financieros convocados para redactar la Ley de Ordenación Urbana de Madrid, familiarmente conocida como del Gran Madrid. Esta Ley, aprobada por las Cortes Españolas en noviembre de 1944, es el instrumento jurídico del plan general de ordenación urbana cuyas características se resumen en cinco puntos principales:

CAPITALIDAD. No sólo en cuanto a la situación de los elementos urbanos representativos, edificios e instalaciones de interés público. La condición capital de Madrid vale por su razón de ser y su misión esencial. A este principio se supedita todo lo demás.

COMUNICACIONES. Madrid es el gran nudo de tráfico del país entero. En torno a la capital, en su zona de influencia, los caminos, ferrocarriles y aeropuertos perfeccionarán sus sistemas de enlace, circunvalación y penetración urbana.

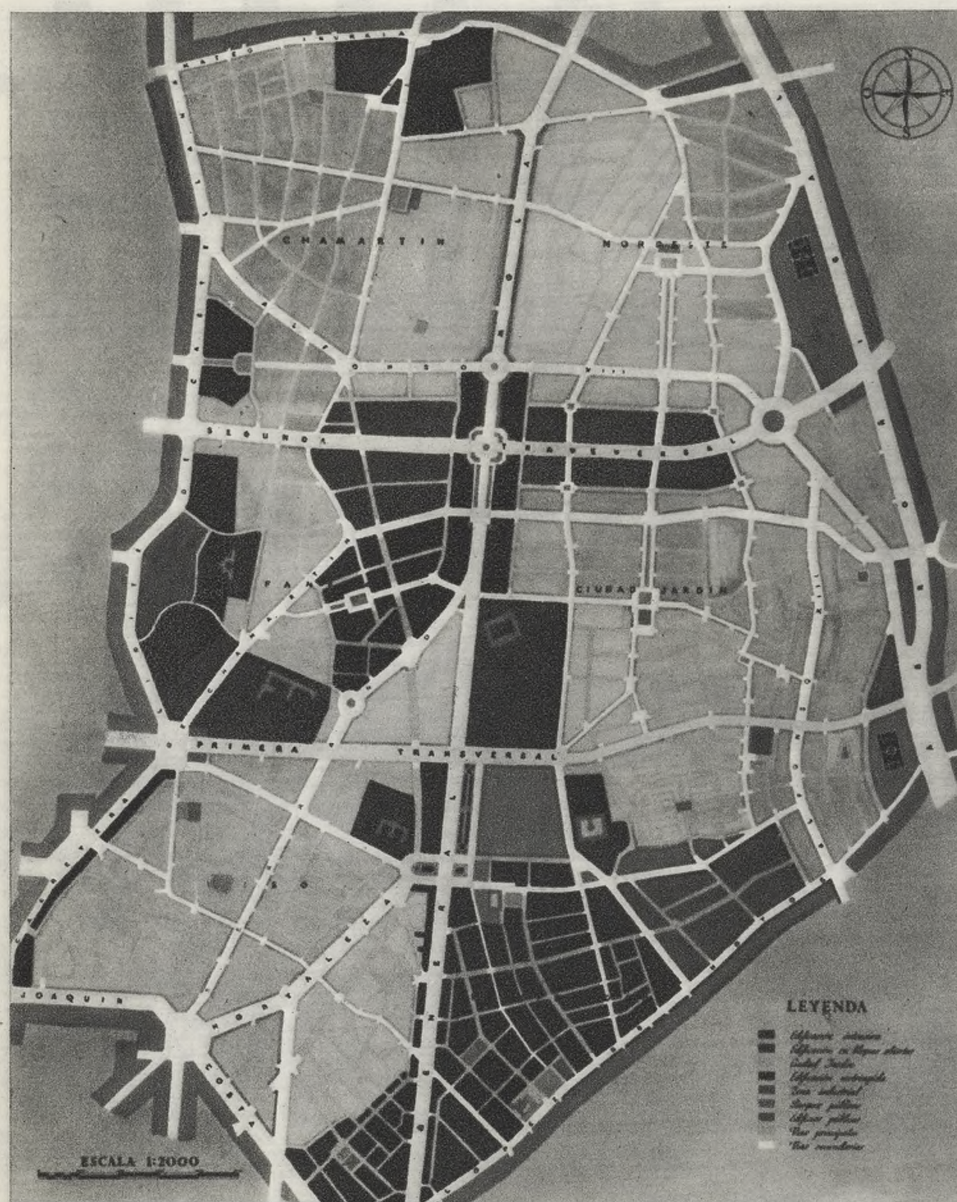
ZONIFICACION. Al amparo del sistema de comunicaciones y espacios verdes se define la estructura de la ciudad. La creación de nuevos sectores comerciales, residenciales o industriales corresponde a un propósito técnico.

VIVIENDA. La ordenación orgánica de los barrios, con previsión de todos los servicios, comprende tres actividades: reorganización de los sectores ya edificados, modelación de los viejos suburbios y proyección de las nuevas zonas suburbanas que constituirán las poblaciones-satélites.

ESPACIOS VERDES. Limitación del casco urbano por un primer anillo forestal o agrícola. Inclusión de los poblados-satélites en una segunda y más amplia corona circular verde. Instalación de un tercer contorno de este tipo para la zona de influencia que tiene como radio, desde la plaza de la Cibeles, la distancia a la vega del Jarama.

Consecuencia de la Ley del Gran Madrid es la creación de la Comisaría General para la Ordenación Urbana de Madrid y sus alrededores, con una zona de influencia que comprende, además de los anexionados o anexionables, los términos municipales de Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Paracuellos del Jarama, Torrejón de Ardoz, San Fernando de Henares, Coslada, Ribas del Jarama, Getafe, Leganés, Alcorcón, Villaviciosa de Odón, Boadilla del Monte, Pozuelo de Alarcón, Majadahonda y Las Rozas.

A tal jurisdicción territorial corresponde una fundamental labor coordinadora que revisa en la Comisaría General del Gran Madrid todas las actividades de cualquier origen cuyas consecuencias recaigan directa o indirectamente sobre la configuración de la ciudad. Sin una previsión legislativa de este orden la aplicación de ordenación urbana sería imposible con la diversidad y entrecuzamiento de funciones — aunque solo fueran las ministeriales — que tienen



ORDENACION DEL SECTOR DE CHAMARTIN DE LA ROSA


Una de las amplias avenidas que ya cruzan la zona del Gran Madrid.

VISTA PARCIAL DE LA MAQUETA QUE RECOGE EL PROYECTO DEL GRAN MADRID EN TORNO A LA PROLONGACION DE LA CASTELLANA. PARTE DE LA OBRA—COMO LA CITADA PROLONGACION Y EL ESTADIO DEL REAL MADRID, EN PRIMER TERMINO— SE ENCUENTRA YA REALIZADA DESDE HACE CUATRO AÑOS. (Fotos Salgado)

a Madrid por objeto. La Comisaría General corresponde en esta actitud al Ministerio de Ordenación Urbana y Rural de Inglaterra, a la Delegación Nacional de Francia y al Consejo de Italia.

Una somera relación de obras iniciadas en los últimos tiempos ilustra la necesidad de una entidad con fuerza jurídica para someter todas las iniciativas al plan general de ordenación de Madrid. Del Estado: Ciudad Universitaria, Ciudad de Investigación, Nuevos Ministerios, Ministerio del Aire, enlaces ferroviarios con sus apeaderos en Recoletos y Nuevos Ministerios, prolongación de la Avenida del Generalísimo, autopista Madrid-Barajas, canalización del Manzanares y urbanización de sus márgenes, aeropuertos de Barajas y Torrejón, nuevos acuartelamientos. Municipales: ordenación del barrio de Vallehermoso, reforma del Paseo del Prado, ferrocarril suburbano Chamartín-Carabanchel. Sindicales: la gran Feria del Campo. Privadas: poblados de Nuevo Madrid, La Moraleja y La Florida.

Aunque en principio la realización del plan de ordenación urbana corresponde al Ayuntamiento de Madrid, la Comisaría General puede ejecutar planes parciales. Para ello cuenta con una subvención mínima de veinticinco millones de pesetas anuales hasta 1966. Las urbanizaciones parciales de la Comisaría se concentran especialmente en el sector Norte y Noreste de la ciudad donde se han acometido problemas tan interesantes como la reducción técnica de los suburbios de La Ventilla y El Calero, la creación de la zona más importante de Madrid para residencia de la clase media, el planteamiento del sector industrial de Canillejas, y la repoblación forestal de los parques de El Calero y La Elipa (área equivalente a la del Retiro). El sector Noreste se ofrece, en efecto, como una salida fácil a la expansión urbana en el ángulo que forman las carreteras de Aragón y Francia, así como por el Suroeste el río Manzanares y la carretera de Extremadura limitan también en ángulo el campo más propicio al otro polo del desarrollo de Madrid. Tanto es así que resulta sencillo el vaticinio de que para dentro de medio siglo el río habrá quedado perfectamente configurado como divisoria entre el viejo Madrid y el Madrid nuevo, eje fluvial de la gran ciudad.

Sin embargo, la ciudad no puede crecer ilimitadamente. Ya no se habla en serio de la extensión urbanista «en mancha de aceite». Partiendo de la base de una teoría orgánica del urbanismo —es decir, de considerar a la ciudad como un ente orgánico, con circunstancias vitales de desarrollo paralelo a las de un ser vivo— salta a la vista que el complejo urbano no puede crecer sin límite, monstruosamente, sino que, llegado a su madurez, adquirirá una situación estacionaria cuya única salida es la reproducción. El símil orgánico nos ha llevado otra vez al planteamiento de las ciudades-satélites. El actual Madrid tiene que amurallarse dejando los portones necesarios para su enlace con estos nuevos núcleos. La muralla de Madrid es el primer cerco vegetal que no debe ser franqueado por el casco urbano. La Comisaría General ha proyectado ya cinco poblados satélites que corresponden a los núcleos de Manoteras, Canillas, San Blás, Palomeras y Villaverde. Por otra parte, el Ayuntamiento ha proyectado tres nuevos poblados en la zona de Carabanchel. La suma de estos proyectos inmediatos supone vivienda para unos doscientos mil habitantes que no se establecerán caprichosamente ya que las ciudades-satélites, concebidas también como entidades orgánicas, tendrán caracteres específicos tendiendo a dar a las del Norte y Oeste un tono residencial y a las del Sur y Este un cometido de servicio.

He aquí, pues, como el Gran Madrid está a las puertas de Madrid, a las puertas de esta ciudad maternal.

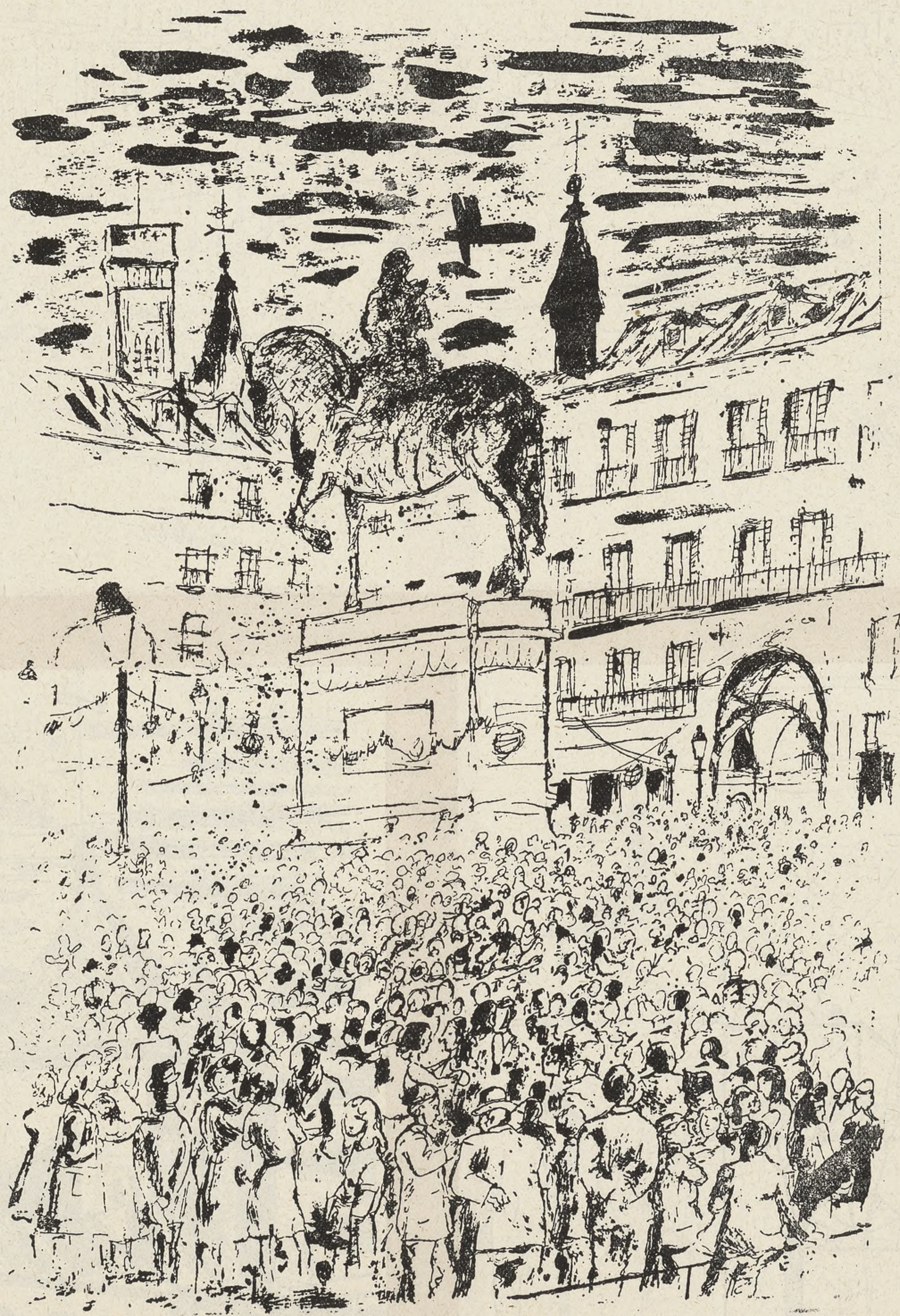

Autopista en construcción, que unirá el Aeropuerto de Barajas con Madrid.


Nuevas edificaciones se van levantando en distintas zonas del Gran Madrid.



LA TIPICA PUENTE DE TOLEDO SOBRE EL MANZANARES, EN MADRID. EN UNO DE LOS ARCOS LA HORNACINA QUE COBIJA UNA IMAGEN DE SAN ISIDRO LABRADOR. (Foto Pando)

NUEVE ESTAMPAS DE ESPLANDÍU

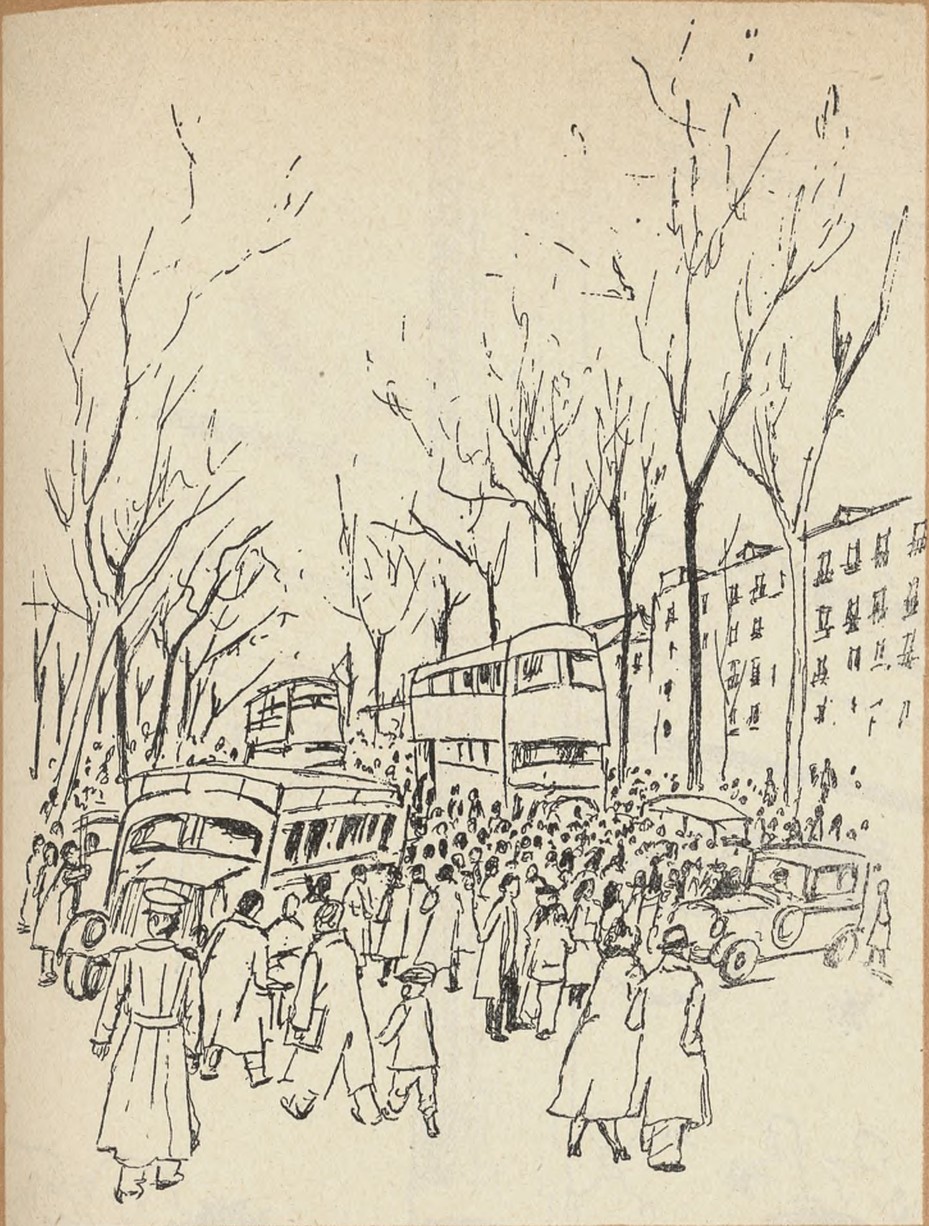


EL Madrid de hoy, como el superviviente Madrid de ayer, ha sido recogido e interpretado con frecuencia por Esplandíu y por fuerza en el número dedicado a la capital española habría de ocupar unas páginas este gran pintor. En las estampas de Esplandíu, la motivación, netamente madrileña, va de las típicas, inconfundibles perspectivas locales a las escenas populares—populares de hoy—que cotidianamente pueden escenificarse tanto en el área de la Plaza Mayor como, en estrato social distinto, en el reformado café de Gijón, del Paseo de Recoletos. Juan Esplandíu, madrileño nacido en 1901, fué alumno de la Academia de Bellas Artes de San Fernando (1918) y estuvo pensionado en París, donde residió de 1925 a 1930. Medalla de Oro en la capital francesa (1925), Esplandíu ha ganado distintos premios en exposiciones diversas de pintura y dibujo. A lo largo de estas nueve estampas, el Madrid de la calle pasa por el tamiz artístico de Esplandíu, seleccionándose y cobrando un valor perdurable. Motivos arquitectónicos, escenas cotidianas en las calles céntricas y estampas típicas de los barrios populares. En suma, Madrid 1951.

ESPLANDIU



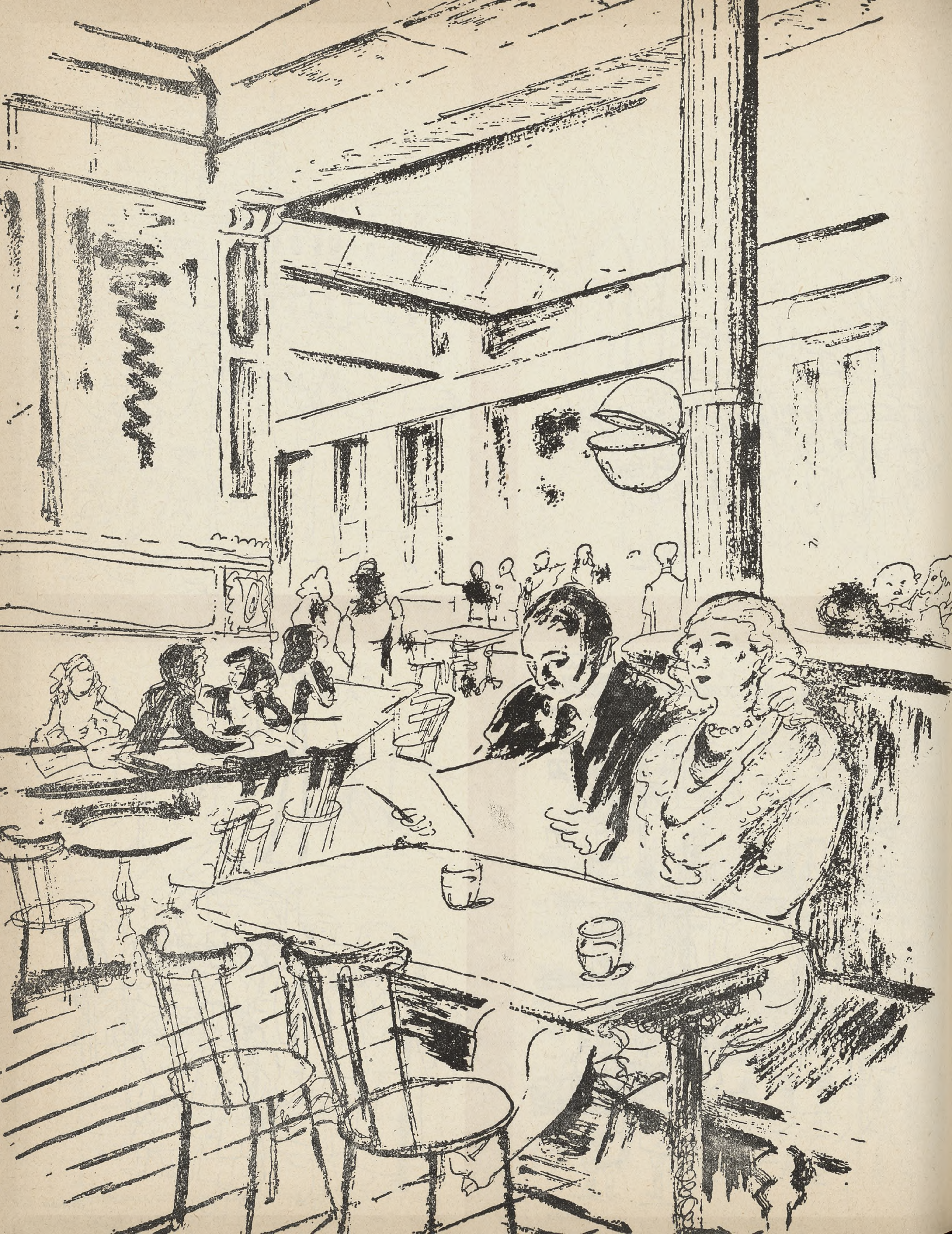





ESPLANDIU


CHERIA
ZAPATERIA
ESPLANDIU

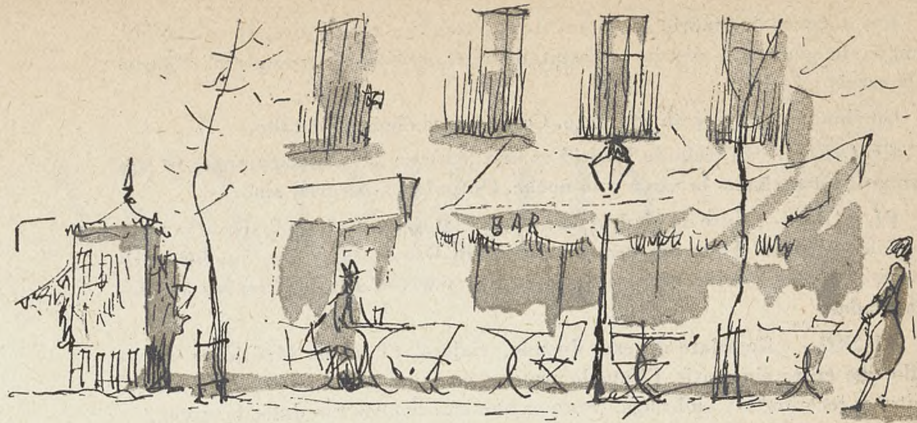

ESPLANDIU



Los duendes de Madrid

Por

MANUEL LÓPEZ MARÍN





«De Madrid al cielo...», afirmación rotunda y categórica nacida en la entraña del pueblo, aunque más bien parece la afirmación de un forastero agradecido.

Efectivamente, Madrid es un «apeadero» de la Gloria. Para muchos que han llegado a Madrid y no han sabido marcharse nunca, más bien que un «apeadero» ha sido «parada y fonda».

No es un secreto para nadie que Madrid es una ciudad entrañablemente acogedora, simpática, amable, risueña, alegre y cordial. La ciudad de la eterna sonrisa para todo y para todos. Madrid no pregunta a nadie de dónde viene ni a qué. La curiosidad supone siempre un deliberado egoísmo y un premeditado cálculo, y Madrid no es egoísta.

En Madrid puede afirmarse, sin sombra de hipérbole, que no hay forasteros y si los hay duran exactamente el tiempo que tardan en trasladarse desde la estación o desde el aeródromo al hotel. Los únicos forasteros que hay en Madrid son precisamente los madrileños. Y vamos a explicar esta extraña y alarmante afirmación.

El madrileño es tan entrañablemente cordial con los que llegan de fuera, que extrema su cortesía y sus halagos en un generoso desprendimiento de cuanto es suyo.

Primero, el madrileño acoge al que llega con un caluroso saludo de bienvenida. Le invita después, en una obstinada teoría de agasajos. Le orienta, le guía, le acompaña, le aconseja. Más tarde cede su mesa. Y... lo dicho: cuando quiere darse cuenta de su recepción al forastero, el madrileño no tiene dónde sentarse.

Ahora deduzcan ustedes cuál es el forastero de los dos.

Por si este argumento nuestro pudiera parecer caprichoso, consignemos ahora el episodio en el que fué protagonista el que estas líneas escribe, madrileño por la gracia de Dios... y de sus padres.

En cierta ocasión, después de un almuerzo entre amigos, fuí invitado a dar un paseo en automóvil por un señor, a quien me habían presentado momentos antes del almuerzo. El caballero aludido me paseó por todo Madrid y se creyó obligado a darme detalles de los monumentos, calles y plazas de la urbe madrileña. Una elemental educación me obligaba a escucharle con la más exquisita cortesía.

—Este es el Palacio de Comunicaciones—me decía—. Ahora, por aquí vamos a la Castellana. ¡Verá usted qué paseo más hermoso y señorial! ¡Ah! Madrid es una ciudad muy seria... —fallaba con una ufana satisfacción.

Cuando me había paseado por todo Madrid, exaltándome sus bellezas, se creyó obligado a decirme satisfecho del supuesto servicio prestado:

—Bien. Pues ya conoce usted Madrid, aunque no haya sido más que fugazmente y a vista de automóvil.

—Le agradezco mucho su fineza, pero Madrid lo conozco desde que nací—le dije, con la mejor de mis sonrisas.

—¡Ah!... ¿Pero usted ya había estado aquí?

—Soy madrileño, señor.

—¡Caramba, hombre!... Haberlo dicho antes.

—Soy madrileño, como usted.

—No, señor; yo no soy de aquí. Yo soy de Lugo...

Este episodio pintoresco viene a remachar mi afirmación de que los forasteros en Madrid somos nosotros, los madrileños.

En otra ocasión tuve la traviesa curiosidad de saber cuántos madrileños había en una tertulia de más de cincuenta personas. Quedé abrumado. El único madrileño era precisamente el «curioso travieso»: un servidor de ustedes.

Para consuelo de nuestra minoría madrileña, tenemos el orgullo de contar entre nosotros, avecindado en Madrid, a un Premio Nóbel, que seguramente conocerán. Un tal Jacinto Benavente.

Teniéndole tan cerca de nosotros ya nos parece que no somos tan pocos y que no estamos tan solos, porque con él nos basta para suplir todas las ausencias.

Al hechizo de Madrid hemos de culpar el que gentes de todas partes hayan invadido nuestra naturaleza madrileña. Es una invasión a la que nos hemos sometido con mucho gusto. Aquí el que viene ya no sabe marcharse. Son innumerables los hombres de negocios que han venido a Madrid a ultimar un asunto... y el asunto ha sido quedarse a vivir en Madrid para toda la vida. Madrid seduce y encanta; somete y esclaviza.

Y es que Madrid tiene duendes, caballeros; ¡sí, sí, tiene duendes! Unos duendecillos que salen todos los días a la estación a recibir al forastero y le envuelven, le marean, le atontan. Y cuando le tienen así, le dejan en libertad. Una libertad condicionada, porque es entonces cuando el forastero está más atado a los duendes de Madrid, y ya no quiere marcharse.

No tengo inconveniente en descubrirles a esos duendes de Madrid, por si alguna vez se deciden ustedes a darse una vuelta por aquí. Conociéndolos, les será más fácil el defenderse de ellos, aunque mucho me temo que no puedan y, como tantos otros forasteros, se rindan y se sometan a esos duendes, que son invencibles, porque sus armas son el hechizo, el halago y la seducción, y ante estas armas no hay mortal alguno capaz de no claudicar.

Los duendes de Madrid son doce. Aquí están: el cielo, el aire, el sol, la luz, el agua, la sonrisa, la alegría, la hospitalidad, el desinterés, la simpatía, el garbo y la gracia.

Quedan presentados en conjunto. Conozcamos ahora el detalle.

EL CIELO.—El cielo de Madrid es una sinfonía azul transparente, en tres tiempos: La mañana, la tarde y la noche. Optimismo, alegría, amor.

EL AIRE.—El aire de Madrid no huele y embriaga. Es impalpable y se toca. Invisible y se ve. Tiene una transparencia tan limpia, tan pura, que las mariposas, después de volar por el aire de Madrid, vuelven a la flor con sus alas inmaculadas.



EL SOL.—¡Guárdate de este duende, viajero! El sol de Madrid es un vinillo que entra sin sentir. El que lo prueba una vez, ya no sabe dejarlo nunca. Entona, reconforta y embriaga. ¡Pero es una embriaguez tan dulce la suya...!

LA LUZ.—Esta luz madrileña enciende el cristal sobre el albo mantel que nos espera con el pan nuestro de cada día y se enreda en madejas sobre las copas de los árboles del Retiro.

Esta luz madrileña, única, innumerable en los crepúsculos de la Moncloa, ha sido, es y será quimera de pintores. Uno sólo supo domarla en su pincel: Velázquez.

EL AGUA.—Llega a Madrid (desde Lozoya, cumbres de Guadarrama) a través del Canal de Isabel II, el agua incomparable madrileña, de las mejores del mundo y categóricamente la mejor de España. Limpia, fina, suave, caricia de la piel, secreto y clave del cocido madrileño. Aliada de todos los jabones, color, frescura y matiz del cutis de la mujer de Madrid. Medicina para los estómagos frágiles, golosina para el paladar sediento. Alegría del botijo... Agua de Madrid, que alimentas, embelleces y curas. Que mojas por donde pasas y te evaporas sola si no te secan... ¡Que Dios te guarde, agua de Madrid!

LA SONRISA.—Madrid se despierta con una sonrisa y se duerme con otra. Son dos sonrisas dulces. Dos terrones de azúcar. Uno, para el desayuno y otro, para la cena... Madrid va siempre a todas partes con una sonrisa en la solapa.

LA ALEGRIA.—Este es otro duende hechicero de Madrid. En las calles de Madrid suenan siempre unos misteriosos cascabeles. Alegría contagiosa, que no deja sitio a las preocupaciones. Si quieres defender tu seriedad o tu tristeza, no andes por las calles de Madrid, forastero; porque te dejarás en una esquina las dos cosas.





LA HOSPITALIDAD.—«¡Pase usted, señor! Siéntese, tenga la bondad. Aquí, al lado del radiador, que estará usted mejor. Deme el sombrero y el gabán, haga el favor. Yo se lo pondré en el perchero. ¿Un cigarrito?... ¿Ya ha tomado usted café?... Entonces una copita de coñac.

—¡Muy amable!... ¡Muchas gracias!... Pues yo venía...
—Bueno. Tómese la copa de coñac. Ahora hablaremos.
—Es que usted no me conoce.
—Y eso qué importa. ¡Ande, beba!...»

EL DESINTERES.—Todos los días llegan trenes a Madrid que nos traen forasteros de todas partes. A nadie se le pregunta de dónde viene ni adónde va. Ni una mirada de recelo; ni una pregunta indiscreta. Ese forastero puede venir a traer algo... o a llevárselo. Es igual. ¡Pase usted, amigo! Está usted en su casa.

LA SIMPATIA.—Otro duende poderoso de Madrid, que prende al que llega y ya no le suelta hasta que le dice adiós desde el andén de la estación. En Madrid son simpáticos... hasta los perros, que le siguen a usted sin conocerle. La simpatía madrileña es una red en la que caen cuantos nos visitan. Es una simpatía fácil, sencilla, natural. Y es así porque el madrileño no sabe que es simpático. Nace, como nace moreno o chato.

Pregúntele a un madrileño por una calle cualquiera. Seguramente no se limitará a indicarle dónde está esa calle, sino que le acompañará hasta ella, envolviéndole a usted en su simpatía.



EL GARBO.—Está en la modistilla, en la dependienta de los almacenes X; en la mecanógrafa, en la telefonista del hotel, en la doncella que entra el desayuno... En el tranvía, en el Metro, en el teatro, en el cine. No tiene hora fija ni fecha. Es de todos los días y de todas las horas.

Bien. ¿Pero qué es garbo? Pues verá usted... El garbo es... Bueno, mire, será mejor que se de una vuelta por Madrid y lo sabrá.

LA GRACIA.—Madrid tiene golpes de gracia. Son golpes que no duelen. La gracia de Madrid es flúida, ágil y espontánea y va desde el «botones» del hotel hasta el consejero de un Banco, pasando por esa gracia de los barrios bajos madrileños, donde en las broncas se apedrean con chistes y frases de ingenio.

Tampoco sabe Madrid que tiene gracia y por eso su gracia tiene la realidad de lo espontáneo. Madrid se ríe y hace reír. La gracia madrileña ha dado la vuelta al mundo y ha sido traducida a todos los idiomas. Gracia popular y aristocrática. Debajo de una blusa y de un «smoking». El golfillo madrileño es un alerta constante de ocurrencias graciosas. Y el señorito del «Ritz», un alarde de ingenio y de gracia cultivada.

Madrid tiene un celofán, en el que envuelve y guarda a sus forasteros: la gracia.

Y éstos son los doce duendes de Madrid, de los que tiene usted que defenderse, señor, si viene por aquí algún día.

Si no observa mi noble y leal advertencia, será cosa de ir buscándole un piso para que se quede a vivir aquí. Podía haberme callado y, ¡qué caramba!... Un forastero más qué importa al mundo. Pero he preferido descubrirle a esos duendes, para que evite la curiosidad de asomarse a la capital de España. Mi descubrimiento es tan completamente desinteresado, que ni siquiera espera su agradecimiento. Con que me haya usted acompañado hasta aquí, me doy por pagado y satisfecho.

Madrid, y este madrileño, somos así, señor.



ESTILO DE MADRID



Lo que más tiene Madrid es estilo—descuidado estilo—, estilo para pasear y para vivir, estilo para perfilarse arquitectónicamente y estilo para embozarse en la capa.

Pone en su estilo todo lo que toca, lo que dice o lo que escribe. Así un acierto de su estilo es llamar *El Céfiro* a un *dancing* de verbena.

Como tiene esa cosa expansiva, intringulada que se llama estilo, meten entre sus viejas casas un gran edificio y en seguida confraterniza con sus compañeras y adopta su mismo estilo sencillo y noble.

Todas las edificaciones navegan en seco, con un rumbo por el estilo y si se le observa, desde las alturas, se verá que cada grupo de edificaciones forman un gran transatlántico que no porque no sea traslaticio deja de tener la unidad entre pasaje y tripulación que caracteriza a los grandes barcos.

En mi último repaso de Madrid comprobé que está unificado en él el pasado y el presente, indeteriorado, cabal, permitiendo idéntica vida, pudiendo el hidalgo pasearse por sus mismas sendas, tomando posesión de la ciudad que más se entrega al paseante, un Madrid más Madrid que cuando yo nací, pues estuvo hecho, desde el principio, con un molde grande, de acuerdo con el ideal clásico-moderno de gran ciudad.

MADRID ES LA CIUDAD QUE MÁS SE ENTREGA AL PASEANTE. TODO ESTÁ REDIVIVO, VIVIENDO OTRA VEZ EN EL MADRID DE HOY



Rico en significado para todos los días, y no sólo para el turista, sino para sus habitantes perpetuos, es fundamentalmente una ciudad anterior a los fenicios y la cruz que le señala en los mapas no se puede olvidar que fué el centro del mundo y que lo sigue siendo porque conserva en el pozal de sus calles el recuerdo de lo que fué.

Frente a París, Londres, Roma o Berlín, en Madrid se sabe qué respuesta fué España enfrentada con el universo y qué significó su alta laguna de soles y lunas reveladas.

Es el único sitio que tiene la preeminencia de saber bien qué es un francés o un inglés, y por eso su misión es romper la hipócrita diplomacia del mundo.

Armoniza todo en él y por eso se puede uno dedicar a ese ritmo anchuroso que permite versificar los paseos, bajar de San Francisco el Grande, al derrumbadero del río, trasladarse de la Castellana a la Plaza de Oriente, estar en el Museo del Prado, irse después a Puerta de Hierro y acabar en la Puerta del Sol o en el Pacífico.

El cronista se renueva gracias a esta gran variedad hermanada de Madrid y su crónica es siempre diferente.

Madrid es la sonrisa de una boca como montada con su bigote al aire y así como en otras ciudades—desde Milán a París—hay una ambición colectiva, Madrid es el desinterés supino.

Todo él se vuelve símbolo de otra cosa y así al Arco de Alcalá—esa especie de percha de cascos guerreros y corazas—es por donde enhebra su hilo blanco y oro el alba y el molde de budín al que aflora el ascensor del «Metro», en la Red de San Luis, es como el panteón de don Juan y doña Inés.

La sombra de su grandeza no está desvanecida y bastará una sola calle, y no de las más famosas, como la calle del Pez, para señalar que de ella salió la aristocracia que se afincó en el Perú, abandonando sus cómodos y bien atemperados palacios para elevar allí lejos el sol que rastreaba en la parrilla de sus blasones bajo consumidas cenizas.

Todo está redivivo, viviendo otra vez en el Madrid de hoy, y por eso tiene tanta importancia en el día de todos los Santos, vértice en que girandulean los vivos y los muertos, compartiendo los mismos buñuelos de viento y los mismos huesos de santo.

Es contraproducente, muchas veces, ir a buscar la anécdota en su rincón, pues todo

POR **RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA**







está esparcido por todos los portales, otra vez como cuando se la encontró por primera vez anidada en uno de ellos.

Madrid es una ciudad teatral—estreno todos los días—y multitud de dramaturgos se pasan las noches de claro en claro, dedicados a que un enredo demasiado antiguo se vuelva moderno y que las marquesas del drama no sean de título vigente:

—¿Miraflores?
—Lo hay.
—¿Pie de Concha?
—Lo hay.
—¿Almazán?
—Lo hay.

Terrible conflicto de los comediógrafos que lo resuelven cambiando concha por nácar y miraflores por mira el río.

Todos, bolsistas que nunca estuvieron en la bolsa ni como zurupetos ni como contumaces y sólo saben que el último sol está en la escalinata de la Bolsa—peluquería del pobre—en que se celebra el cierre del valor oro de la soleación final del día.

Madrid es pasar por la Puerta del Sol, como si allí estuviese la pila de agua bendita para la persignación de cada día—por eso se insiste en dotarla de fuentes centrales—y allí, en sus orillas, ver su silueta y asomarse a su ruedo donde siempre hay como una corrida en que tomamos parte todos como ciudadanos toreros, pasándola a cuerpo limpio—calva como las grandes plazas de toros—y ahora con menos burladeros que nunca.

Después de ese pasar por la Puerta del Sol se puede ir a cualquier lado, a gozar la porvenirista Gran Vía o a recapacitar a la Plaza de Oriente, donde basta subir al estrado de su estatua central para que se hagan presentes todos los recuerdos del madrileño nato.

Madrid es la improvisación y la tenacidad; el ser turista del propio sitio en que nacimos y ser al mismo tiempo su viejo vecino, es estar en una cola o pasear viendo a los que la forman y saber que están disfrutando la espera del ómnibus o de lo que sea; es ir en la plataforma de un tranvía y que al mirar a un señor raro éste no se ofenda por la mirada fija, sino que canturree: «¡Caballero de Gracia me llaman!»; es que le llegue pescado por sus cuatro costados, pescado de los dieciocho mares que rodean a España y todo el mundo tenga derecho a ese conejo del mar que es el besugo y desdeñe las ostras como algo cursi, hijo del rococó franchute; es que un americano que habla español se sienta sobrino de Lope de Vega; es que su santo, San Isidro, sea un santo de posada, no un santo de catacumba; es que al ir por el Paseo del Prado sintamos que vamos por los paisajes de los cuadros de Museo, y al ir por el Retiro creamos que nos paseamos por las selvas de América, etc., etc.

Madrid, esparcido en Bancos—suntualiza así todos los edificios de esquina—, no tiene su calle o su barrio bancario, sino que parece pretender tener un Banco o una casa de seguros en cada calle.

Su pobreza—¿pobreza?—es rica en Bancos, en aseguraciones vitalicias y va depositando ilusiones en las cajas de caudales que le salen al paso.

El transeúnte se siente inmueblizado, indeciso entre la arquitectura monstruosa y rascacielos y la arquitectura sencilla, rica, en balcones de regular altura.

La imaginación del hombre que callejea encuentra en el ambiente madrileño pábulo para grandes concepciones, y si pudiese pintar lo que ve revelaría una ciudad fantasmagórica, siendo por eso que en medio siglo de tener una Gran Vía verdadera las decoraciones de la zarzuela titulada *La Gran Vía* vieron ya su panorama de gran ciudad de Exposición Universal mil novecientos cincuenta.

Este espejismo de Madrid, sobre su propio crecimiento y suntuosidad, es uno de los fenómenos más prodigiosos de la Corte, su transformación en apoteosis, su superposición de edificios como los palacios que algún emperador romano escalonó en la isla de sus vacaciones.

Así no se puede decir—no sería justo—que Madrid vive de su pasado, ya que va tan allá que vive de su porvenir y lo realiza en su presente porque para él, no sólo la vida, sino la ciudad es sueño y los sueños pueden tener toda la magnificencia que quieren.

Así como detrás del Hospital General existe realmente la calle del Niño Perdido, entre la de Atocha y la de las Huertas existe inexistente la calle del Niño Prodigio, donde el madrileñito de doce años ve los alcázares que quiere.

¿Que existe la calle de los Desamparados? Pues en contraste con ella existe, ilusoriamente, pero con el mismo zumo de optimismo que si existiese, la calle de los Amparados.

¿Que existe, indubitablemente, la Cuesta de los Ciegos, como despeñadero burlón de las Vistillas? Pues por otro sitio, como fantasmagórica escala hacia el cielo, existe la Cuesta de los Videntes.

Si es un buen madrileño el que ciceronea al forastero—de eso depende todo—sabrá qué botón hay que tocar en tal pared, qué palabra de magia hay que decir en tal sitio, cómo hay que levantar el índice ante tal terraza o tal torre, cómo hay que señalar la veleta cacareante o cómo hay que decir ante la iglesia de Santa Cruz: «El castillo más alto de España», y así subirá en ascensor, con su guiado, al arco iris que hermosea todos los días—arco iris permanente—el cielo de Madrid.

Así es Madrid, que durante las horas claras ofrece calles anchas y soleadas que abren las ganas de comer y de vivir, que tiene una preciosa nocturnidad—se acaba de descubrir que a los nocturnos no les ataca la gripe—y por ella se pasean los que miran las estrellas y les hacen guardia con su milicia voluntaria.

El que pase en su descripción por algunas pinturas toscas no quiere decir más que tolerante bondad, pues Madrid es dosificación extrema para que no salga un cocidismo que no le representa.

Hay que pintarle por eso sin burdería, sino con ese filo de delicadeza y sonriencia que le caracteriza, siempre fino, por más que lo disimule con la chulería, por exceso de modestia, para hacerse el popular.

Es un altar para cuyo culto hay clavados caballeros que lo salvarán siempre.





TECHOS DE LA GRAN VIA DESDE LA CUPULA DE "LA ADRIATICA" (FOTO SIERRA CALVO)



ESTAMPA DEL MADRID CASTIZO. UNA JOVEN MADRILEÑA ACTUAL, PARA IR A LA VERBENA, VISTE EL TRAJE TIPICO.

NUEVAS "ESCENAS MATRITENSES"

El Madrid que ofrecemos en estas "fotos" es el más actual y auténtico Madrid. El Madrid 1951, al que se mezclan algunos detalles de tipismo. Predomina el Madrid de los últimos veinte años, que todavía no tiene historia. Un Madrid que ha evolucionado rápidamente hasta convertir el poblachón castellano del siglo XIX en una capital de tono, corte y rango europeos. No quiere decir esto que menospreciemos los valores históricos y legendarios del Madrid viejo. Del que guarda en estratos de mamposterías sedimentos de cuatro, cinco o más siglos de historia. Pero también es necesario que valoremos lo actual, en función de lo que ha de venir. Pues consideramos que estas magníficas avenidas, que no pudo conocer Mesonero Romanos, con sus "rascacielos", sus tranvías aerodinámicos, autobuses, trolebuses y automóviles de último modelo, también representan un Madrid, el de 1951, que está en el tiempo, en el espacio y muy pronto estará también en la historia. De haber conocido este Madrid don Ramón, habría escrito sobre él sus "Escenas Matritenses".

(Fotos color: Lara)



EN EL CENTRO DEL MADRID DE LOS ULTIMOS AUSTRIAS, LA PLAZA MAYOR CONSERVA HOY TODO EL SABOR MONUMENTAL Y AMBIENTAL DE LA EPOCA.



LA PUERTA DEL SOL 1951, DESPUES DE SU REFORMA. EN EL CENTRO, LAS FUENTES LUMINOSAS. TROLEBUSES Y, AL FONDO, EL ARRANQUE DE LA CALLE DE ALCALA.



PERSPECTIVA DE EDIFICIOS BANCARIOS DE LA CALLE DE ALCALA. EN EL CENTRO DE LA CALZADA, EL SETO, EN EL QUE UN JARDINERO CUIDA LOS TULIPANES.



EL CLASICO RASTRO EN DIA DE DOMINGO, TRAS LAS RECIENTES REFORMAS URBANAS DE LA CLASICA RIBERA DE CURTIDORES, CON NUEVO PAVIMENTO Y JARDINCILLOS.



LA PUERTA DE TOLEDO, CONSTRUIDA EN TIEMPOS DE CARLOS III, A LA ENTRADA DE LOS BARRIOS POPULARES. EN PRIMER PLANO, UN CASTIZO VENDEDOR DE BOTIJOS.



PLAZA DEL CALLAO Y LA GRAN VIA, EN DIRECCION A LA PLAZA DE ESPAÑA. ESTE TERCER TROZO DE LA GRAN VIA ERA UN INMENSO SOLAR HACE QUINCE AÑOS.



LA PLAZA DE TOROS MONUMENTAL DE LAS VENTAS (26.000 ESPECTADORES), EN CUYA EXPLANADA SE APRECIA EL MOVIMIENTO DE PUBLICO EN UN DIA DE CORRIDA.



POR LA PUERTA DE ALCALA PASAN LOS MODERNOS VEHICULOS DE TRANSPORTE URBANO: TRANVIAS AERODINAMICOS, TROLEBUSES Y AUTOBUSES DE DOS PISOS.



SEGUNDO TROZO DE LA GRAN VIA, HASTA LA RED DE SAN LUIS, DONDE AQUELLA SE CONVIERTE EN EL MEOLLO DEL MADRID MODERNO: «CINES», TRAFICO INCESANTE...

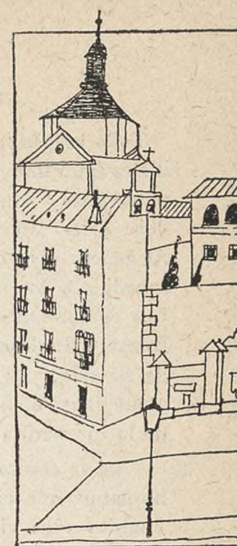


LA GRAN VIA—CON LUZ DE TARDE, TIBIA Y VELAZQUEÑA—HACIA LA PLAZA DEL CALLAO. AL FONDO, EL EDIFICIO DEL CAPITOL, TAN POPULAR EN EL MADRID ACTUAL.



PRIMAVERA EN LOS JARDINES DEL MUSEO DEL PRADO. AL FONDO, LA IGLESIA DE LOS JERONIMOS (FOTO SIERRA CALVO)

MADRID CON OCHENTA AÑOS MÁS



POR JOSÉ ANTONIO TORREBLANCA

LA ESPAÑA DE ULTRAMARINOS Y COLONIALES :-: FORTUNATA NO VIVE YA EN EL CUARTO PISO :-: SE VIVE, PERO NO SE ENVEJECE



¿CUÁL es la casa de Fortunata?—preguntaba un caballero argentino que venía en el séquito de doña Eva Duarte de Perón.

La vivienda donde don Benito Pérez Galdós puso a la chula de *Fortunata y Jacinta*, era cualquiera de los pisos altos al costado occidental de la Plaza Mayor, desde el figón del *Púlpito* a la Casa de Panadería.

Todo aquello estaba en sombra, porque era la noche en que mil muchachas de los Coros y Danzas actuaban por primera vez para América. Se habían quedado ellas con toda la luz de ambos mundos. En la rampa blanca de un colosal tablado, bajo dos chapiteles rojos rematados en bolas doradas, se acababa el mundo visible y hasta el mundo imaginable.

Pero el argentino insistió. Le dijimos que al portal de Fortunata se entraba por detrás de la Plaza, por la Cava de San Miguel, a mano derecha, conforme se baja por el Arco de Cuchilleros. Estaba a un paso. Fué y volvió suspirando.

—¡Está igual, igual que hace ochenta años!—sonrió con pena, y añadió—: ¿No será Fortunata una de esas que bailan?

—No, señor. Fortunata era más bien sosa. Y en punto a honra, de lo que esas señoritas son millonarias, ella sólo tenía una vocación extraviada.

Hubo que completar la desilusión:

—Además, Fortunata no vive ya en el cuarto piso.

«Buscar» a Fortunata en el Madrid de hoy, medio en broma, medio llorando, es una de las formas de repatriación que el alma de todo fiel lector experimenta. Los lugares «leídos» son, a veces, más penetrantes en el recuerdo que los lugares vividos. De aquellos donde el milagro de la invención literaria ha dado al corazón el recado de una vida completa, el lector se siente como desterrado. Volver a ellos después de la lectura, en viaje de reencuentros y comprobaciones, equivale al lujo vital de encontrarse una patria perdida y volver al solar del abuelo. Para el lector, que está tallado en la madera de los sueños, éste es un modo prodigioso de enriquecer el mundo hasta lo fabuloso. Para el novelista es la gloria absoluta, porque entonces su creación sigue de cerca al Génesis y supera el descubrimiento y conquista de tierras nuevas. Pero para las ciudades mismas es como una suerte de mayoría de edad. Las que se quedan vivamente asociadas a un relato cobran una sazón sabrosa, toman rango de mujeres, con su leyenda de amor y todo. Cuando logran así desposar a la Poesía, son ciudades. Antes no son más que vagos intentos municipalistas.

Madrid lo consiguió a fines del XIX con el realismo de Galdós. Es tan limpio el perfil de la ciudad y resuena tan sobrecogedoramente el paso de sus gentes, que la ciudad verdadera parece fundada por don Benito a la medida de sus personajes novelescos. Los madrileños que lo leen por elevación—es decir, saltándose al áspero Baroja y a todo el puntilloso 98—, visitan los lugares galdosianos con vergonzante nostalgia, peregrinando en tranvía. Para nuestros hermanos de América, que no conocen sino ese Madrid, el deseo de visitarlo puede realizárseles con tan fino humor y amorosa impaciencia como al caballero argentino. Pero acaso también con previsible desencanto. Intentemos, pues, para su bien, un breve elucidario del Madrid de Fortunata, fieles a la verdad de lo que hoy queda y atentos a no desgarrar a nadie tontamente las entrañas de su ensueño.

Fortunata y Jacinta, las dos mujeres en torno al señorito Santa Cruz, eran, como es sabido, la amante brava y fecunda, una, y la esposa dulce y estéril, la otra. En medio, el muchacho pecador y cándido, no se muere de estúpido porque tiene que cumplir con estólida valentía el papel de acabar una raza. Pertenece a la categoría de hombres a quienes todos llamarán Juanito aun a los ochenta años, y su oficio es cifrar sin aspavientos la ruina de esta patria donde el último resorte que puede fallar es el hombre. Rodean a esta gente (Juanito-Fortunata-Jacinta) tres círculos clasistas muy claros: los comerciantes, los empleados y polleros, y los cristianos del hambre a palo seco.

A los comerciantes madrileños del tiempo de Fortunata les lucía el último resplandor de la España ultramarina. Ellos, los Santa Cruz y los parientes de Barbarita Arnáiz, hacían doblones con las sedas de Filipinas; vivían de echar sobre los hombros de las damas y las chulapas los mantones de Manila que Ayún y Senquá dibujaban en la fabulosa pañolería de Cantón. Había vicuñas y alpacas de lo fino. Béjar y su paño militar para liberales y carlistas tiraba ya de largo. Pero he aquí que en plena infancia de la Fortunata, la estrella de los comerciantes de la calle de Pontejos, de los soportales de Santa Cruz, de la Plaza Mayor, empieza a doblar. No es sólo porque la independencia americana iba para arriba, sino porque los ferrocarriles traían «novedades» francesas y belgas, porque los crespones caían en desuso desde 1840 y, sobre todo, porque Inglaterra tomó con Singapur la llave del comercio de Extremo Oriente y cortó la relación de nuestros sederos con los arruinados navieros de Cádiz.

Todo lo que fué comercio de ultramarinos y coloniales (aun llama así España a la mayor parte de la paquetería y especiería), se adaptó de modo maravilloso a las nuevas condiciones. También las telas. Al género vivo de color, al verdegay y rojo-pueblo, sucedieron los semilutos de la Europa romántica. Los comerciantes remozaron sus anaqueles, dieron frente a Inglaterra cuando Ultramar se les volvió de espalda, y se sostuvieron bien aquellos cuarenta o cincuenta años que hicieron falta hasta el montaje de la industria catalana.

Así se comprende que el primero de los círculos humanos que ciñen la vida de Fortunata-Jacinta-Juanito siga vivo e intacto en las viejas calles de Madrid. En la Plaza Mayor hay pañerías oscuras en cuya sombra perora el adorable Plácido Estupiñá. Los plateros de la calle de Postas son tan ricos como Barbarita; pero sus hijos únicos no son señoritos a cuerpo limpio, sino relativos ingenieros agrónomos o discutibles opositores a notarías. En todo caso, atletas, tenientes de la Milicia Universitaria y novios formales.

Cuando extrañe la vitalidad que a España ha permitido salvar su ruina del XIX y tres guerras europeas, además de su propia hecatombe del 36, no se olvide la gracia con que los tenderos de ultramarinos y pañerías cambiaron el viento comercial, ni el aguante con que sus hijos, los señoritos, supieron hacerse soldados formidables en el momento justo para no morir de idiotas.

Bajando por el Arco de Cuchilleros, el barrio de Toledo está tan fresco como el día que Juanito Santa Cruz sorprendió a Fortunata sorbiendo un huevo crudo. La casa de la Cava, estribada de un modo fenomenal, a lo gótico, conserva sus huecos estrechos y la palidez empolvada de su murallón. Si se entra por la Plaza, nos ahorramos treinta escalones. Todavía, naturalmente, el piso cuarto, según se toma por la Plaza Mayor, es el piso séptimo desde la Cava. Hay un balcón con claveles. Al tomar la curva, el trole del tranvía de Carabanchel suelta un relámpago y juega al magnesio con la estatua ecuestre del Rey de las Españas. Los soldados siguen empanados en paño de Béjar, pero ahora caqui y sin mortaja para la guerra de Africa. Las «limusinas» C. D. se paran junto al figón del *Púlpito* y dejan su carga de joviales americanos.

Pero si mira usted para el balcón del clavel, pierda cuidado. Fortunata no vive ya en el cuarto. Fortunata era una mujer hermosa, con el instinto puesto a punto, iletrada y con malísima suerte. Ahora estaría vendiendo helados en el mostrador de «Lusitania», o, en caso de que su personal destino acusara rasgos de propincua perdición, entre las robustas bailarinas que en el teatro Madrid hacen la revista «Gran Clipper». Pero cuando Madrid tenía ochenta años menos, Fortunata no podía resistir la fatalidad amorosa de su tiempo, porque ella era una chula y Juanito era un currutaco. Ella era muy la indefensa sobrina de la pollera, y él muy el niño único del burgués cuajado casi en gentilhombre por la Revolución. Una medieval afición a la progenie natural, que el burgués copió del hidalgo, había consagrado la institución del *piso*, con lo que el pecado logró economía doméstica, rango social y casa propia. El piso y la leontina eran cuarteles en la ejecutoria democrática del nuevo señor. ¿Quién podía librar a Fortunata de su seducción?

La calle de Don Pedro sale al balcón de las Vistillas, que es una de las mejores atalayas del mundo hispánico. Allí vivió Feijoo, el auténtico «señor» de Fortunata. Todavía oloroso a buen café y a canela, el Madrid de Ultramar guardaba coroneles retirados como Feijoo, que hablaban así a sus tiernas chulillas: «Tú no puedes imaginarte aquellas noches de luna en Cuba, aquellos manglares que son jardines en medio de los espejos de la mar... En La Habana veía yo desde el castillo de Atarés las señales del vigía del Morro...» Nada de esto queda. Para los españoles, en un principio América fué un quehacer; después fué un sabor; ahora es una categoría. Las que habían de ser chulas, aprenden su América en el cine San Miguel, allí cerca de la Cava. Las otras siguen adivinándola desde los tibios almohadones del hogar; o se lanzan al asalto de América en carne y hueso, como las muchachas de los Coros y Danzas.

Rubín ha muerto de avitaminosis. Hay aún por escribir una Historia de la anemia española durante la segunda mitad del siglo XIX, y en ella se verá que casos de atonía como el del boticario Rubín o el estrafalario Ido del Sagrario, obedecieron más a falta del aire de la aventura que del «churrasco» o del pan. Se corresponde más con la idea de la decadencia una España inapetente que una España hambrienta. Rubín sufría jaquecas de señorita imposible y comía poco, porque a un alma caballeresca y reclusa en la ruina ambiente, poco hay que echarle de comer. Era un sujeto que iba para capitán y se quedó metido entre los «alcoholatos», el «alcohol de coclearia» y el «lactofosfato de cal perfeccionado». Cuando esto le suceda a un pueblo entero, todo es ya imaginable, hasta su seducción y ruina a manos de una chula guapa.

Pero tampoco Rubín habita ya en la calle del Avemaría. Ochenta años más de Madrid nos lo han hecho un mozo duro, que cuelga con airoso desdén en el escaparate el cartel «Hay penicilina». Los domingos sube en «moto» al Guadarrama. Y en el sillín se lleva a Fortunata, como un Amadís con el escape abierto.

Puestos a verter ríos de nostalgia sobre un Madrid donde el hambre y el pecado eran amenos cuadros de costumbres, no hay que llorar sobre las esquinas de la calle de Ceres, que España convirtió en las esquinas fluorescentes de la Avenida de José Antonio. Por donde subían los tíos de los burros trepan en silencio los autobuses «Leyland» de dos pisos. Al viajero inglés de los tiempos de Buckle ha sucedido en el «Palace» el entusiasta americano llegado hace cinco minutos en el avión «Veracruz». Se deshoja el señorito en el bar, y el trámite de su modesta perdición no arrastra a ninguna ingenua de ojos profundos. Todo está previsto. Quedan las calles casi intactas, con esa fachada abalconada y pálida que el XIX dió a las niñas para marchitarse mirando el atardecer. Tiembla un cristal en la ventana del piso, y hasta puede haber un piano con su media habanera entre dientes.

La nostalgia de Madrid a los ochenta años de morirse Fortunata puede buscarse mirando a su gente, si queremos embriagarnos con tan engañosa droga como es la memoria novelesca. Es el hombre de España, esta especie rara en cuya tozudez se mella el tiempo, quien ha cambiado su propio paisaje. Una revolución profunda ha roto la cohesión de aquellos tres círculos clasistas—el comerciante, el pollero y el hambriento—que rodeaban a dos mujeres enamoradas de un señorito. Guillermina la Santa está hoy en Auxilio Social y sus ingeniosas obtenciones de dinero para levantar palacios a la infancia desvalida no tienen hoy relieve literario por su misma facilidad. La chula, que existe siempre y es bastante hermosa, da un quiebro y gestiona previamente el vestido de boda. Con esta gente, entre la que el señorito trabaja diez horas diarias para poder pagarse la gasolina, Madrid ha cobrado una apariencia más moza, un aire más duro y menos dicharachero. Tiene a ratos el gesto inmisericorde de las ciudades demasiado perfectas, y si le insinuamos la posibilidad de reconstruir una novela de cuatro tomos sobre la complejidad que al amor ocasiona la injusticia de las castas, Madrid mueve la cabeza y sentencia: «¡Ni hablar!»

El secreto de toda ciudad con más de ochenta años es saber ser la nieta de sí misma. Madrid y España entera, envejecidos hacia atrás, están hoy frescos como la rosa.





DIEZ VISIONES MADRILEÑAS DE EDUARDO VICENTE

QUIZÁ en la pintura española del siglo—o de siempre, tras Velázquez y Goya—no ha habido una visión de Madrid tan peculiar, tan personalísima, como la de Eduardo Vicente. Hacemos exclusión, naturalmente, de las visiones saineteras—a las que se entregaron otros dibujantes y pintores—, para referirnos a una indiscutible calidad artística incluso cuando todo parece esbozo y cuando los elementos son limitadísimos o quedan reducidos prodigiosamente. Porque el arte de Eduardo Vicente está precisamente en el prodigio de su sencillez y en la conservación de una línea temática por la que discurre de un modo insuperable.

(Continúa en la página 36.)




VINOS Y COMIDAS






VINOS y COMIDAS






Gran
Liquidacion



Quizá por esto, su arte es tan identificable y quizá, por esto, resulta imposible igualarle en la captación de motivos madrileños, sobre todo cuando apuntan al Madrid de las barriadas.

La pintura y el dibujo de este artista madrileño se desarrollan siempre al través de una intención poética que eleva la más simple y triste escena callejera a categoría intelectual. Hay poesía en todas las perspectivas urbanas o tipológicas de E. V., aun cuando su retina se plante ante motivos aparentemente alejados de toda posibilidad artística. La gracia, el «ángel» de este pintor madrileño, está, de un modo preciso y definitivo, dentro de la persistencia de su línea temática, en esta aptitud poética y en la referida sencillez y simplicidad de sus elementos, que a veces—y esto puede ser puro espejismo, o confusión mnemotécnica—se nos aparecen como repetidos.

Dentro de la poesía, que lo envuelve todo en sus cuadros o apuntes, a E. V. se le escapa siempre una fina ironía, un humor tierno, humano, palpitante, que impregna cariñosamente a sus tipos...

MADRID EN CIFRAS

Por ARTURO PEREZ CAMARERO

MADRID es, acaso, la única capital de nación que se halla emplazada en el centro casi matemático de sus Estados. El centro geográfico de España es el Cerro de los Angeles, que se alza a unos 7 kilómetros de la periferia madrileña.

El meridiano de Madrid es inicial para las medidas de longitudes, pero no pasa exactamente por la Puerta del Sol, como se cree, sino que ésta se halla a catorce minutos y cuarenta y cinco segundos al Oeste. Su latitud es de 40º 24′ y 30″ al norte del ecuador.

Por su situación disfrutaría un clima de paradisíaca benignidad, lo que no sucede por la elevación de la meseta en que se asienta. Aunque Madrid figura con 650 metros de altura sobre el nivel del mar, no en vano es la Ursalia edificada sobre mil colinas, que originan abundantes y pronunciados desniveles. El término medio es de 637 metros y se encuentra entre el Palacio Real y San Francisco el Grande.

Madrid, además de ser capital de España, lo es también de la provincia de su nombre, de 8.002 kilómetros cuadrados, que representa un 11,06 por 100 de la superficie de Castilla la Nueva y el 1,59 del territorio nacional. En orden de mayor a menor extensión, la provincia madrileña ocupa el lugar 31 entre las 50 que forman el Estado español.

El término municipal de la muy noble, muy leal, coronada, heroica y excelentísima villa no es muy extenso, ciertamente. En 1949, después de varias anexiones, aun no contaba más que 66 kilómetros cuadrados y sólo hay trece capitales de provincias de menor superficie. En este aspecto es tal la diferencia de unas capitales a otras que Cáceres, la mayor, tiene 1.766 kilómetros cuadrados de término municipal y Cádiz y Gerona, las menores, miden 9 y 7, respectivamente. El municipio madrileño no supone más que el 10,82 por 100 de la extensión provincial, mientras que el de Córdoba ocupa el 9,07 y Cádiz únicamente el 0,12.

Madrid, capital provinciana, es cabeza de 193 municipios, el 2,09 por 100 de los 9.220 que tiene España. Hay provincia, como Burgos, que tiene 503; en Las Palmas no hay más que 35 y la proporción media es 184.

En cuanto al clima de Madrid, veamos las siguientes cifras y comparaciones: la temperatura media en el período 1942-1948 fué de 14,1 grados sobre cero; tres grados y medio más alta que la de Soria y seis y medio más baja que la de Sevilla, que son las medias extremas de España. El promedio de la temperatura mínima anual fué de 4,3 bajo cero en Madrid, mientras que en Soria se registraron hasta 13,8 bajo cero, y el promedio de máximas del año fué de 35,5 sobre cero, y en Sevilla el termómetro llegó hasta 41,4.





Por término medio, hubo siete días al año con temperaturas inferiores a cero y ciento seis días en los que el calor excedió de 25 grados. En los últimos ocho años, el día madrileño más frío fué el 16 de enero de 1945, en el que descendió el mercurio a 10,1 bajo cero y el mes más caluroso fué el de julio de 1945, que alcanzó una temperatura de 38,3 grados, que es, aproximadamente, el promedio de las temperaturas extremas de la región andaluza.

El cielo de Madrid está despejado ciento veintitrés días al año, como promedio, y en 1948 disfrutamos de ciento cincuenta y seis días diáfanos, cifra no superada más que en Pontevedra, Granada y Jaén. El porcentaje de días nubosos es el de ciento setenta anuales y el de días cubiertos, sesenta y nueve solamente.

Desde 1940 a 1948 hubo, por término medio, noventa y tres días de lluvia sobre Madrid al año. Desde 1921 a 1949 el año más lluvioso en la corte fué el 1929, durante el cual llovió ciento ochenta y cuatro días, y el menos 1915, que sólo registró treinta y nueve. Como comparación, en 1948, por ejemplo, Madrid ocupó el 25 lugar entre las capitales de mayor a menor número de días lluviosos, con setenta, mientras que en San Sebastián fueron ciento sesenta y dos y en Málaga cuarenta y cinco.

La cantidad de lluvia que por término medio cae sobre Madrid al año es de 420 litros por metro cuadrado, lo que supone que sobre el término municipal llueve 27.720 millones de litros, o sea 27.720,000 metros cúbicos, que sobrarían para llenar el pantano del Villar sobre el Lozoya, cuya capacidad máxima es de 24 millones y que es el que surte de agua potable a Madrid.

Durante el pasado decenio sólo nevó en Madrid cuatro días al año, de promedio. En 1924 nevó once días, cifra máxima; en 1935 ninguno, y son cinco los años que tan sólo hubo un día de nieve. En este invierno (1950-51), ha nevado seis veces, por ahora.

El promedio de días de niebla es de cuarenta y uno; de tormentas, doce, y de granizo, dos.

Hay, pues, doscientos sesenta y ocho días sin agua ni nieve y de ellos doscientos veintiséis limpios también de niebla.

La población de Madrid está siendo censada en estos días. La última rectificación del Padrón Municipal, en 31 de diciembre de 1949 la cifra en 1.509.284 habitantes, pero con la anexión ya acordada de los municipios de Fuencarral y El Pardo y los de Vallecas, Vicálvaro y Villaverde, incluídos en el plan de inmediata ejecución, el total ascenderá a 1.667.476 habitantes, con lo cual Madrid habrá triplicado su población en medio siglo.

De cada 100 habitantes de Madrid, 46 son varones y 54 mujeres, mientras que la proporción nacional es de 48 y 52, respectivamente.

En cuanto a su naturaleza, de cada 100, sólo 50 son realmente madrileños netos; 5 han nacido en la provincia; 43 en el resto de España y 2 en el extranjero. Los mayores contingentes de inmigrantes en Madrid son: toledanos, 43.143; de Guadalajara, 28.733; segovianos, 26.249, y abulenses, 23.347; siguen los salmantinos, 23.038; asturianos, 20.208; de Ciudad Real y de Jaén, alrededor de 19.000 cada una; leoneses, 11.115; vallisoletanos, 18.779; burgaleses, 17.104; zaragozanos, 10.693; extremeños de las dos provincias, 20.285; gallegos, 23.585; vascongados y navarros, 23.783; levantinos, 14.928 y catalanes, 11.711.

En cambio hay 124.711 naturales de la provincia de Madrid que no residen en ella. Donde hay más madrileños es en Barcelona, en la que son 16.238; en Valencia, 8.828; en Toledo, 5.854; en Valladolid, 4.302 y en Sevilla, 3.964.

La inmigración madrileña supone que el 2,36 de los nacidos en el resto de España viven en Madrid y la emigración representa que el 13 por 100 de la población de la provincia de Madrid reside fuera de ella.

De los hombres, el 58,44 por 100 son solteros; el 38,14, casados y el 13,42, viudos. De las mujeres, son solteras el 56,14; casadas, el 30,95 y viudas, el 12,91.

Puesto que así, en conjunto, no es indiscreto hablar de edades, descubriremos que suponiendo la población de Madrid dividida en grupos de cien varones y cien mujeres, en cada uno de éstos habrá 17 niños y 14 niñas menores de diez años; 19 hombres y 18 mujeres, de diez a diecinueve años; 19 y 21, respectivamente, de veinte a veintinueve años; 18 y 17, de treinta a treinta y nueve, y 13, de cuarenta a cuarenta y nueve; 8 y 9, de cincuenta a cincuenta y



cincuenta y nueve; 4 y 6, de sesenta a sesenta y nueve, y 2 y 3, de setenta a setenta y nueve años. De ochenta a ochenta y nueve no hay más que 4 por cada mil hombres y 8 por cada mil mujeres; de noventa a noventa y nueve, hay 1 por cada 4.495 varones y 1 por cada 1.666 mujeres; de ciento a ciento nueve años sólo había, en el último Censo 1 madrileño y 5 madrileñas y de más de ciento diez primaveras una sola mujer nacida cuando Fernando VII gastaba paletó.

En la capital, entre las 264.547 madrileñas, casadas y viudas, son 60.661 las que no tienen hijos vivos; 63.419, las que tienen uno; 57.077, las que figuran con dos; 36.444, con tres; 21.646, con cuatro; 12.292, con cinco; 6.648, con seis; 3.361, con siete; 1.610, con ocho; 737, con nueve; 239, con diez y 177, con más de diez hijos vivos. Son 175.656 las casadas que tienen la fortuna de no habérseles muerto ningún hijo; 41.112 las que perdieron uno; 20.955 perdieron dos; 10.902, tres; 5.984, cuatro; 3.486, cinco; 2.075, seis; 1.423, siete; 1.020, ocho; 643, nueve; 469, diez y 822 perdieron más de diez hijos cada una.

Por su ocupación principal, los varones residentes en Madrid, según los grupos de la clasificación internacional de profesiones, hay 98 millares de escolares; 65, del comercio; 49, de profesiones liberales; 39, de industrias varias; 25, de la construcción; 21, de transportes; 15, de trabajadores de la madera; 8, de rentistas; 7, del servicio doméstico; 6, de trabajos forestales y agrícolas; 5, de Artes Gráficas; 4, de industrias de la alimentación; 4, de cueros y pieles; 3, de confecciones, 1 y medio, de culto y clero; y son menos de un millar, por este orden, los que se dedican a industrias químicas, al trabajo de los metales finos, la metalurgía, canteras, industrias textiles y a la pesca.

Los varones improductivos suman 25.384; los niños pequeños, 56.871 y los hombres de ocupación desconocida, 1.761.

De las mujeres que no trabajan, 381.203 figuran sencillamente como miembros de familia; 11.294, como rentistas; 6.073, como improductivas. De las madrileñas laboriosas hay cerca de 67 millares de escolares; 50 de sirvientas domésticas; 11 de profesiones liberales; 7 de las dedicadas a confecciones; 6 al comercio, y 4 religiosas. Además, 1.225 mujeres trabajan en la Administración Pública; 929 en empresas de transportes, el Metro en su mayoría; 693 en industrias químicas y menos de 300 en cada una de las industrias textiles, cueros y pieles, Artes Gráficas, alimenticias, de los metales, de la construcción y de la madera.

El promedio de bodas en el último decenio 1940-49, fué de 9.264 al año, y en 1949 hubo 10.148, que es el 7,5 por cada 1.000 habitantes, superior al índice de nupcialidad nacional y al de las capitales juntas que fué de 7,0 por 1.000.

Por término medio nacen vivos 12.204 niños y 11.364 niñas al año, y en 1949 nacieron 13.207 niños y 12.312 niñas. El total, 25.519, equivale al 18,99 por cada 1.000 habitantes, mientras que el índice nacional es 21,24; el promedio en las 50 capitales es solamente 19,77.

En el citado decenio murieron 7.764 varones y 6.804 mujeres al año y en 1949 sólo 7.188 y 6.817, respectivamente. El total, 14.005, supone 10,42 defunciones por 1.000 habitantes y el índice de mortalidad nacional es de 11,29 y el de las capitales 10,97.

Como se ve, los índices de nupcialidad y de mortalidad son favorables a Madrid, con respecto a los generales de España y a los del conjunto de las capitales, y el índice de natalidad es inferior a los dos.

Para los aficionados a los cálculos pintorescos, sépase que cada cincuenta y dos minutos hay un matrimonio; cada veinte, un nacimiento y cada treinta y ocho, una defunción.



La mortalidad infantil ha disminuído tanto que el índice es 0,97 defunciones de niños menores de un año; 1,32 de uno a cinco por cada 1.000 habitantes, lo que coloca a Madrid en los lugares 14 y 12, respectivamente, entre las capitales mundiales de menor porcentaje.

Los extranjeros que habitan en Madrid, unos 10.700, son, aproximadamente, la quinta parte de los residentes en España. El promedio mensual de los extranjeros transeúntes se acerca a los 8.000.

Puesto que a las cifras de habitantes se asocian las de las casas, consignemos que en 1948 se aprobaron 444 proyectos de construcciones de edificios de nueva planta destinados a viviendas con un total de 2.777, y 22 proyectos de construcciones dedicadas a otros usos; se aprobaron 383 proyectos de reforma, que afectaban a 3.398 cuartos y se terminaron 320 obras de nueva planta y 114 de reforma con 4.128 viviendas en total.



En un año entraron en Madrid, por carretera, 1.994.594 viajeros y salieron 1.952.125.

En 1948 aterrizaron en el aeropuerto de Barajas 5.841 aeronaves con 62.074 viajeros; salieron 5.849 con 93.760 y los viajeros en tránsito por el aire fueron 31.393.

Ya que hablamos de viajes, anotaremos que el Metro transportó cerca de 375 millones de viajeros con un promedio de un millón veintiséis mil diarios.

En un año se constituyeron 236 sociedades con un capital de 752 millones de pesetas.

El Ayuntamiento de la Villa tiene cerca de un millón de ingresos y otro de gastos diario y en 1948 representaron 217 por cada habitante. Los bienes que posee el municipio suman 289 millones de pesetas.

Para la educación de los niños madrileños hay 555 maestros de primera enseñanza oficiales y para las de niñas, 826 maestras; existen 524 escuelas de niños, 769 de niñas y 192 de párvulos. A estas 1.485 escuelas asisten 63.054 alumnos en total. Funcionan para ellos 92 cantinas escolares, 32 bibliotecas fijas y 15 circulantes.

La carrera del Magisterio la siguen 459 alumnos y 1.432 alumnas y en un curso se graduaron 142 maestros y 147 maestras.

En Madrid hay 7 Institutos de enseñanza media oficial y 134 centros de enseñanza media colegiada.

El temido examen de Estado lo aprobaron, en 1948, 3.423 alumnos, que representaban el 48,90 por 100 de los examinados.

En la Escuela Superior Central de Comercio hay 3.571 alumnos y 1.389 alumnas. Las distintas Facultades de la Universidad Central suman 15.102 matriculados, de los cuales 2.481 son alumnas.

Las Facultades de mayor número de estudiantes varones son: la de Medicina, con 3.719 y la de Derecho, con 3.595, y las de mayor número de alumnas son: la de Filosofía y Letras, con 921, y la de Farmacia, con 726.

Terminaron carreras facultativas 676 estudiantes, de los cuales 125 son femeninos.

Hay 15 Centros oficiales de Enseñanza Técnica, con un total de 10.886 alumnos, de los que 1.210 estudian para ser ingenieros, en las distintas especialidades, y 199 en la Escuela de Arquitectura.

En el Seminario hay 442 alumnos y en el citado año 1948 se ordenaron 13.

La Escuela Elemental de Trabajo tenía 525 alumnos; las de Artes y Oficios, 4.100 varones y 2.436 muchachas; la de Bellas Artes, 33 y 10, respectivamente; la de Cerámica, 71 y 56; el Conservatorio de Música y Declamación, 974 y 2.080; la Central de Idiomas, 549 y 831; las Escuelas Sociales, 250 y 23 y la Escuela del Hogar y Profesional de la Mujer, 892 alumnas.

Existen en Madrid centros de enseñanza extranjeros: el Instituto Británico, que tiene 654 alumnos y 974 alumnas; el Instituto de Cultura Italiana, con 24 y 27, respectivamente, y el Liceo Francés, con 927 y 918.

Son 56 las Bibliotecas madrileñas que envían datos estadísticos al I. N. E. y contienen 2.971.934 volúmenes y sirvieron en el año, 884.917 libros a 551.438 lectores.

Los museos más importantes son 21 y en un año registraron 627.353 visitantes.

En Madrid se editaron en 1948, año que tomamos como ejemplo, 1.540 obras de las cuales fueron: 44, literarias; 316, sociales; 171, históricas y geográficas; 158, de ciencias aplicadas; 117, de asuntos generales; 103, de Bellas Artes; 96, de Religión y Teología; 64, de Ciencias puras; 37 de Filosofía, y 34 de Filología y Lingüística.

Por muchas que parezcan al lector las cifras transcritas, más son aún las que omitimos en consideración a su paciencia.

Para cerrar esta crónica numérica parcial de Madrid, diremos que las iglesias de la Villa, incluídos oratorios y capillas de Colegios, Centros benéficos, etc., alcanzan la cifra de 225, de las cuales 63 son parroquias.

Como contraste, los locales de espectáculos son 180, divididos en 122 cines, 20 teatros, 36 salas de fiestas, dos plazas de toros y cuatro campos de fútbol de categoría nacional.



Azorín ha sustituído el rojo paraguas juvenil por el bastón burgués de puño de plata. Azorín pasea por la calle Alcalá y la Carrera de San Jerónimo; después va al cine, un entretenimiento que es ahora casi pasión en el maestro.

GENTES QUE VIVEN EN MADRID

POR

JUAN H. SAMPELAYO





Soñador de armonías, creador de musicales bellezas, Joaquín Rodrigo camina despacio hacia su hogar. Aunque no percibe la belleza plástica su sonrisa deja adivinar la de la Puerta de Alcalá, bajo el tibio sol madrileño.



Con un cuadro bajo el brazo, Daniel Vázquez Díaz llega a su Exposición, caminando calles, siempre atento a las figuras, las luces y los colores. Al fondo, el Circulo de Bellas Artes y tras la esquina, la música alegre de la Zarzuela.



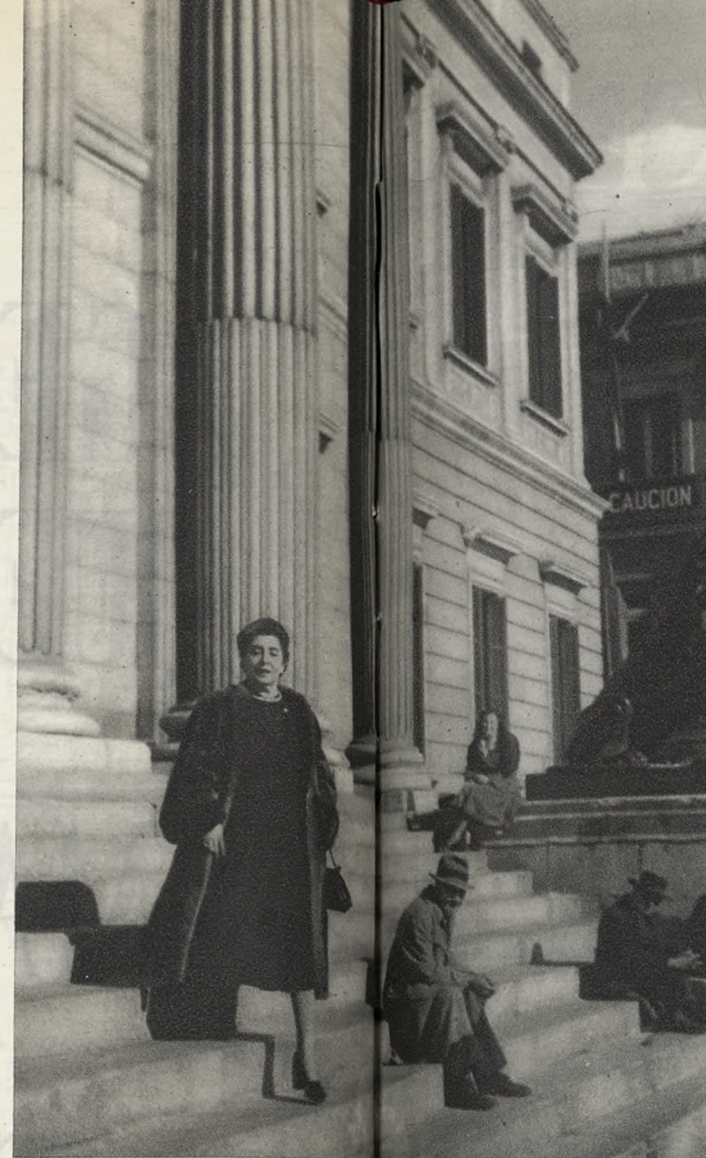
José García Siñeriz sale de trabajar del Instituto Geológico y Minero. De todas las bellezas son las de su subsuelo las preferidas, aquellas que este sabio español gusta de estudiar. (Fotos Müller)



Es calle alegre, juvenil, la de San Bernardo. Calle de estudiantes con cafés, billares y librerías. Wenceslao Fernández Flórez, maestro del humor, baja por ella despacio, pensando un cuento, tejiendo un artículo, con su buen aire de burgués. (Foto Müller)



Prisas y ruidos en la Plaza del Callao. Ataulfo Argenta vuelve del ensayo vespertino de su orquesta. Para él Madrid entero es un bello concierto que podría dirigir sin papel pautado, la música la lleva en el corazón y las batutas las tiene entre las manos a la espalda. (Foto Müller)





No baja de decir un parlamento ante las Cortes Españolas, Lola Membrives. Madrileña de corazón, antes de ir a recitar el suyo en la Comedia, pasea cada tarde por un nuevo o antiguo lugar bajo el suave sol. (Foto Müller)



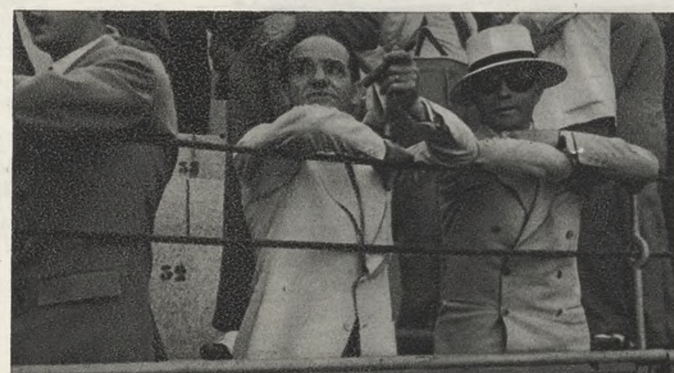
Para Don Pío Baroja —y los adjetivos sobran— Madrid es ahora el Retiro. En su senectud, cuando ya no acude a las tertulias libreras, ni anda los caminos, ni charla en los mesones, las mañanitas de buen sol sale a pasear solo bajo su «bosque», soñando los de su tierra. (Foto Müller)



Fino, ágil espíritu el de Abel Bonnard. Para el académico francés lo más bello de Madrid es el Museo del Prado. Hacia él camina todas las mañanas dejando tras de sí el Obelisco del 2 de Mayo de 1808, estela de heroísmo e indepencia. (Foto Müller)



Gregorio Marañón, madrileño de Europa, se asoma en una pausa de sus tareas a contemplar la Castellana llena de quietud y belleza en el atardecer invernal. (F. Müller)



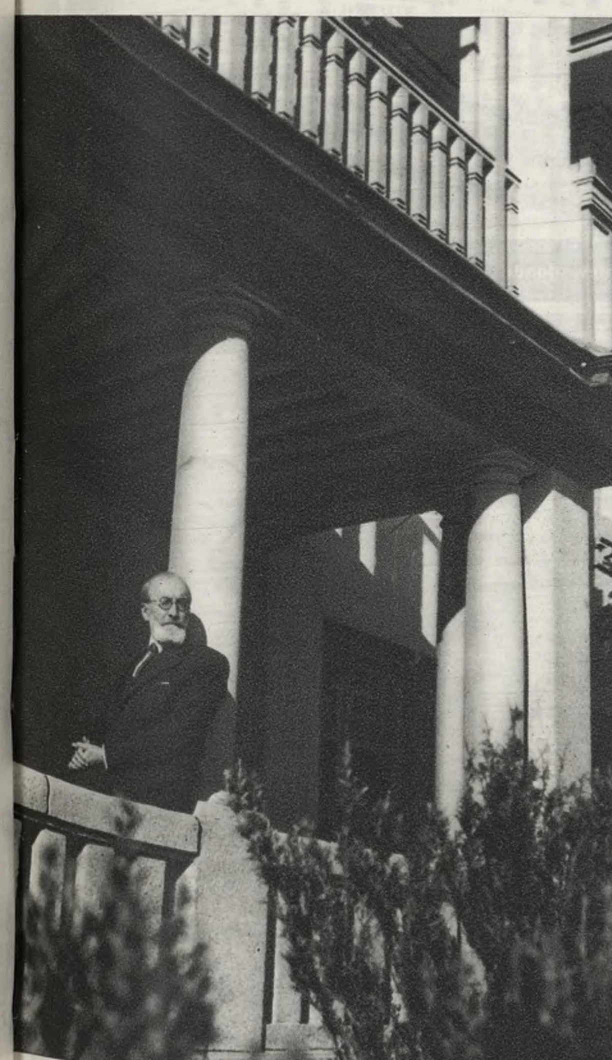
Con mirada que mide la belleza y el peligro de cada lance, Juan Belmonte está de pie en su barrera. Cuando se fué la Plaza vieja, para Juan es el más bello lugar de la ciudad, al menos es el que le hace soñar mejor. (Foto Cifra).



Como un chiquillo al salir del colegio, el Premio Nobel de Literatura compra castañas a unas vendedoras, que dirán entre sonrisas «qué viejo goloso», sin pensar que han entrado un poquito en la historia, sin darse cuenta que le han dicho un piropo, agradecido más que una crítica amable, que un serio estudio. (Foto Zegri).



No es un estudiante que hace novillos. No. Es el maestro Dr. Carlos Jiménez Díez en su diario paseo, de la Facultad al Hospital General. (Foto Müller).



Chamartín de la Rosa es ya Madrid, por eso hemos retratado al sabio Ramón Menéndez Pidal junto a los olivos de su casa, donde trabaja hora tras hora con cabeza y corazón juveniles. (Foto Müller).



Barajas, lugar casi tan madrileño como la misma Puerta del Sol, es el escenario con luz natural y aviones de verdad por donde ahora camina Catalina Bárcena la «Ingenua» eterna a la que le gustan poco las calles. (Foto Cifra).

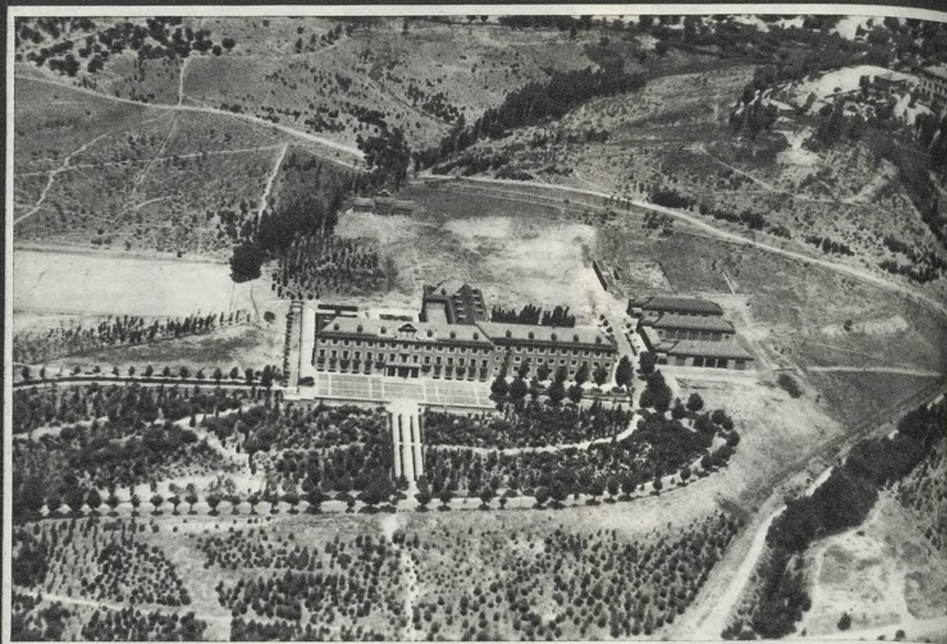


Emilio Guinea entra al Botánico, jardín romántico y científico. Le esperan sus herbarios, el jardín todo, «lo más bonito de Madrid», aunque fuera quede la belleza de las fuentes y del Museo. (Foto Müller).

AULAS DESDE EL AIRE



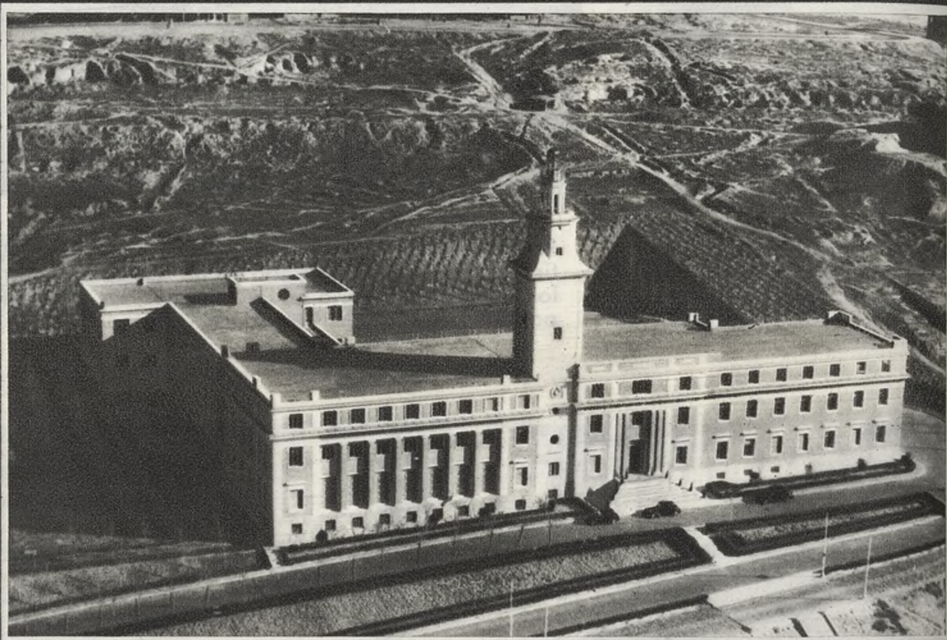
Escuela de Ingenieros Agrónomos. Detrás, Facultades de Farmacia, Medicina y Estomatología.



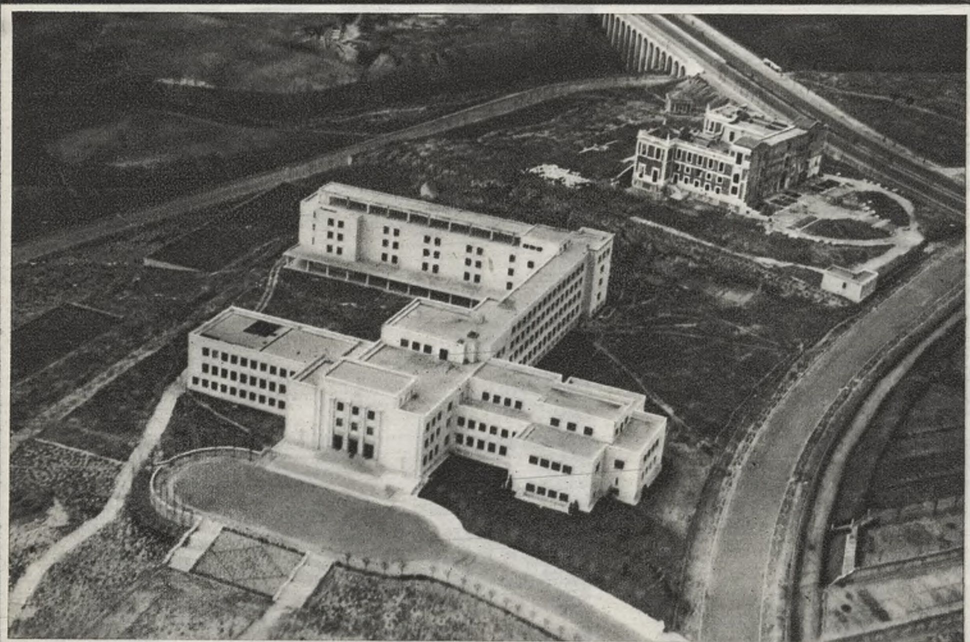
Escuela Especial de Montes, de armoniosa arquitectura herreriana. Los árboles pronto serán bosque.



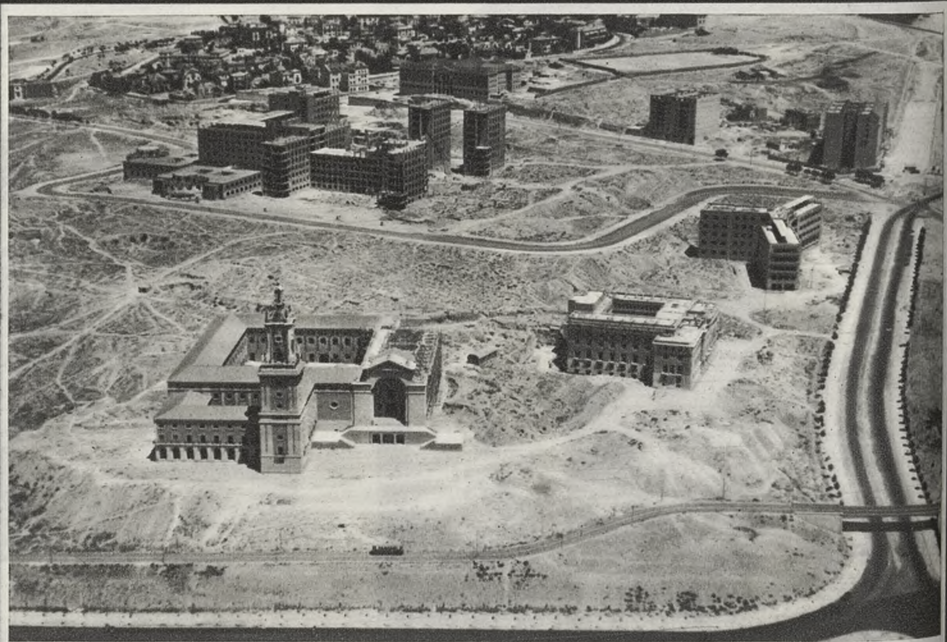
Facultad de Filosofía y Letras. A la derecha, Facultad de Ciencias Exactas y Físico-Naturales.



Escuela Especial de Ingenieros Navales, donde se renueva la tradición marítima española.



Escuela de Arquitectura. Detrás, todavía en ruinas, la Casa de Velázquez, fundación francesa.



América en la Ciudad Universitaria: el nuevo Museo, y el Instituto de Cultura Hispánica.

LA Ciudad Universitaria, obra proyectada e iniciada el año 1928 por el Rey D. Alfonso XIII, con motivo de sus bodas de plata, estaba en plena construcción al empezar la guerra civil. Por haber sido sus terrenos campo de batalla, quedaron totalmente arrasadas las edificaciones. A partir del año 1940 se inició la reconstrucción de la Universitaria, donde funcionan ya la mayor parte de las Facultades y numerosas Escuelas Especiales, como las de Ingenieros Agrónomos, de Montes y Navales, con una matrícula superior a los veinte mil alumnos. También se encuentran en construcción, dentro de los terrenos de la Universitaria, el Museo de América, el Instituto de Cultura Hispánica y las Facultades de Derecho y Ciencias Políticas y Económicas. La moderna urbanización de la Ciudad Universitaria se complementa con jardines, magníficas pistas y campos adecuados para la práctica de todos los deportes, y las viviendas para catedráticos universitarios. De esta modernísima instalación de las distintas clases dentro de la Ciudad Universitaria, se sienten orgullosos los estudiantes españoles y los numerosos hispanoamericanos que cursan estudios en casi todas las Facultades de la Universidad madrileña. Obra realmente extraordinaria dentro de pocos años.

105.000 ESPECTADORES

Cada domingo la población de Madrid se divide en dos grandes núcleos de espectadores: los que van al fútbol y los que van a los toros. En las fotos: la Plaza Monumental (25.000 localidades) en una tarde de invierno y el Estadio de Chamartín (80.000 espectadores) durante el último España-Suiza.

UN MADRID DENTRO DE OTRO

HAY un Madrid dentro de otro, hay una poesía local dentro de la poesía total de Madrid y hasta hay una noche especial dentro de las noches de Madrid. Es una noche silenciosa para andarla pasito a paso por plazuelas recoletas, por calles impregnadas de historia y propensas a la sugestión y hasta a la melancolía. Fuera de este Madrid, que es el Madrid antiguo —y no viejo, que la antigüedad suele llevar sobreprecio—, se encuentra, circundándole, el otro Madrid. El Madrid 1951, ruidoso, iluminado y cosmopolita. Pero el Madrid de estas páginas oscuras, que es el primitivo, es así: poesía en claroscuro, poesía a la luz de la luna, poesía, aun superior, a la luz de un viejo farol de gas... (El farol de gas es un mimo en este Madrid, y hay un afortunado propósito del Ayuntamiento de mantenerlo a ultranza, porque se considera que la bombilla incandescente, el neón o la luz fluorescente serían en esta zona madrileña un atentado a la estética. En esta veterana Europa, aun la estética, gracias a Dios, está a veces antes que el llamado Progreso).

¿En cuál de estos rincones se quedaría a vivir —y a morir, traspasado de recuerdos y nostalgias— el madrileño al que la vida ha llevado fuera de su patria? ¿Contra qué esquina se arrimaría sosegadamente, a reflexionar sin asperezas sobre el tiempo que pasa y no pasa, el hombre —español, hispanoamericano, extranjero— que, transeúnte un día por estas calles, vive ahora lejos de Madrid? ¿Qué reja, qué ventana, qué quicio para el romance amoroso? ¿Qué callejas, para la charla con los amigos, en la ronda sin destino, pasito a paso, a la luz de la luna, a la luz del farol, a la luz de las estrellas?


Foto Sierra Calvo.


Foto Portillo.


Foto Santos Yubero.


Foto Alfonso.

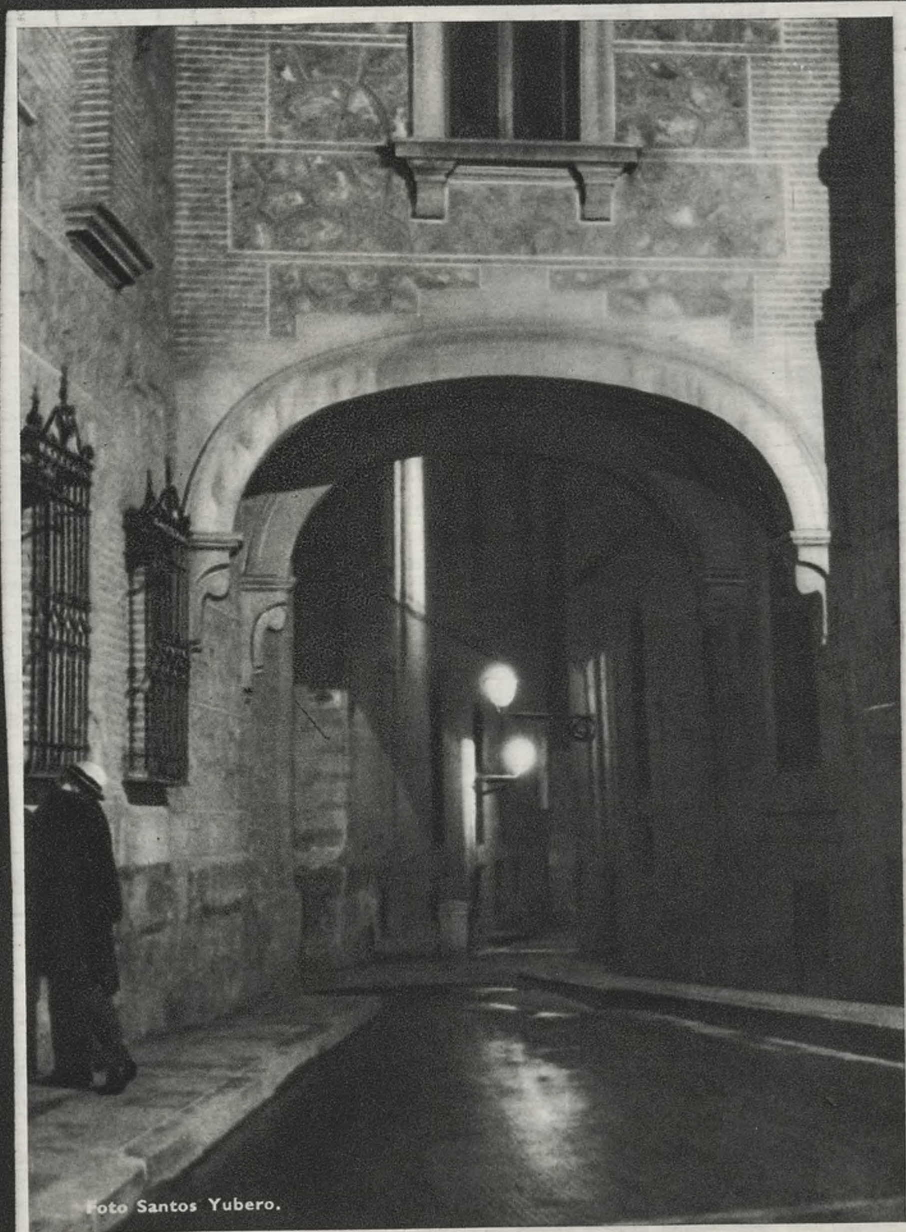
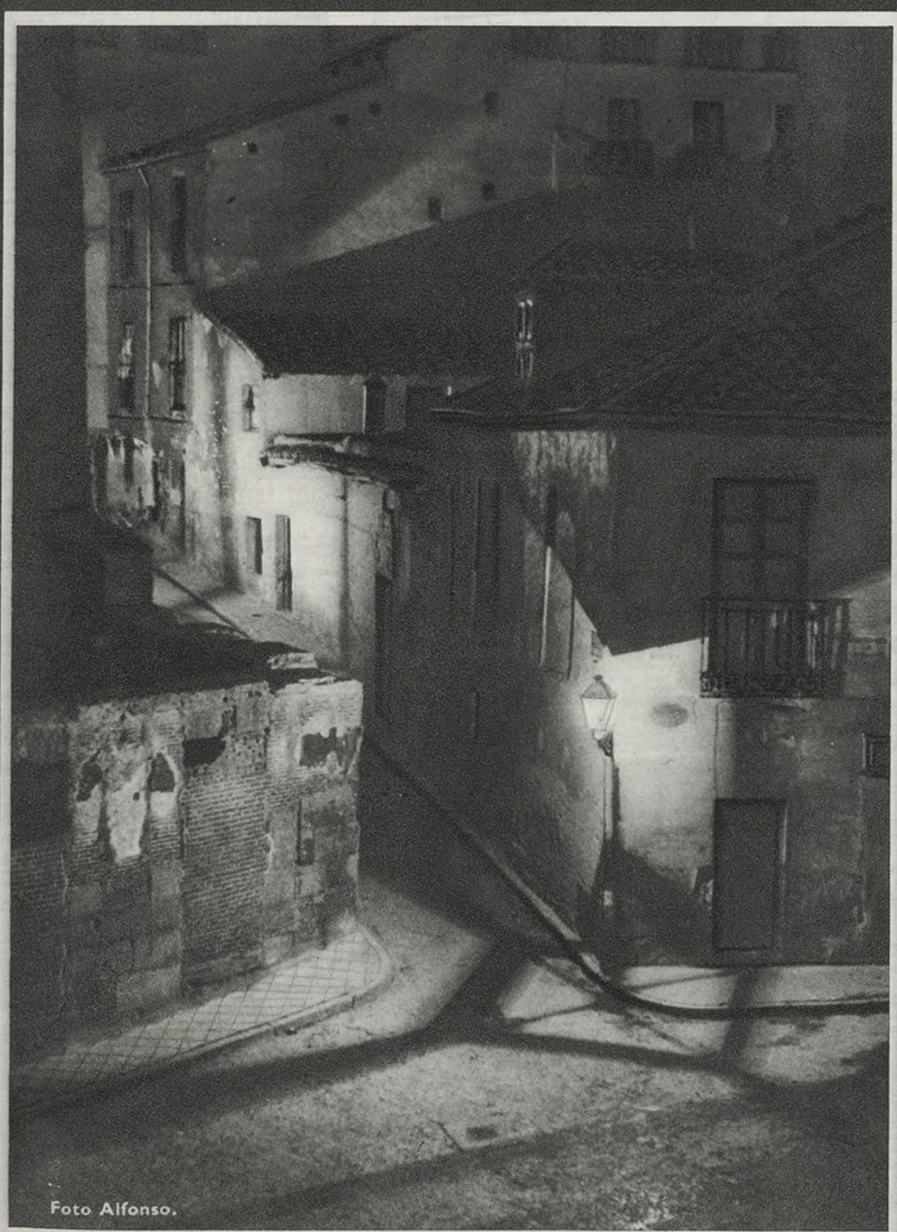
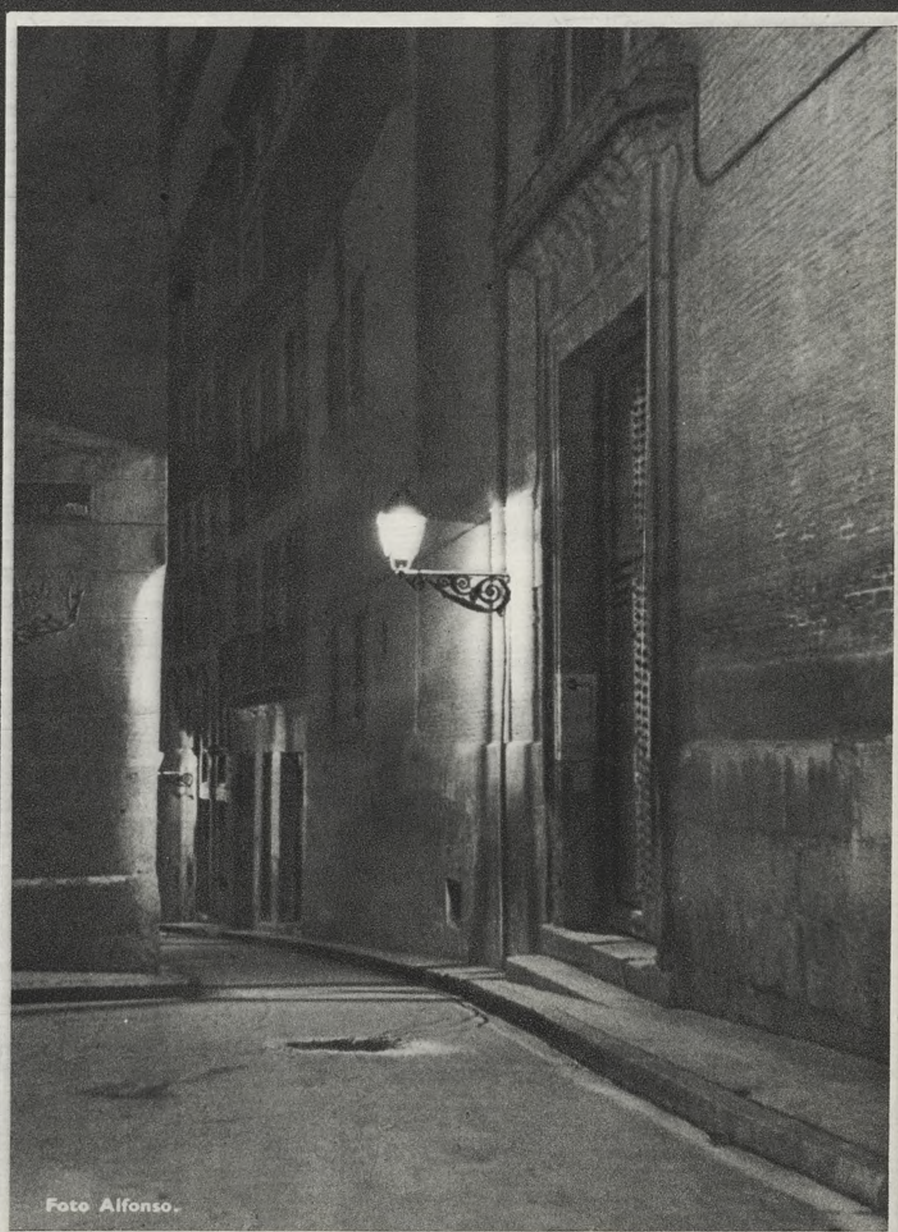
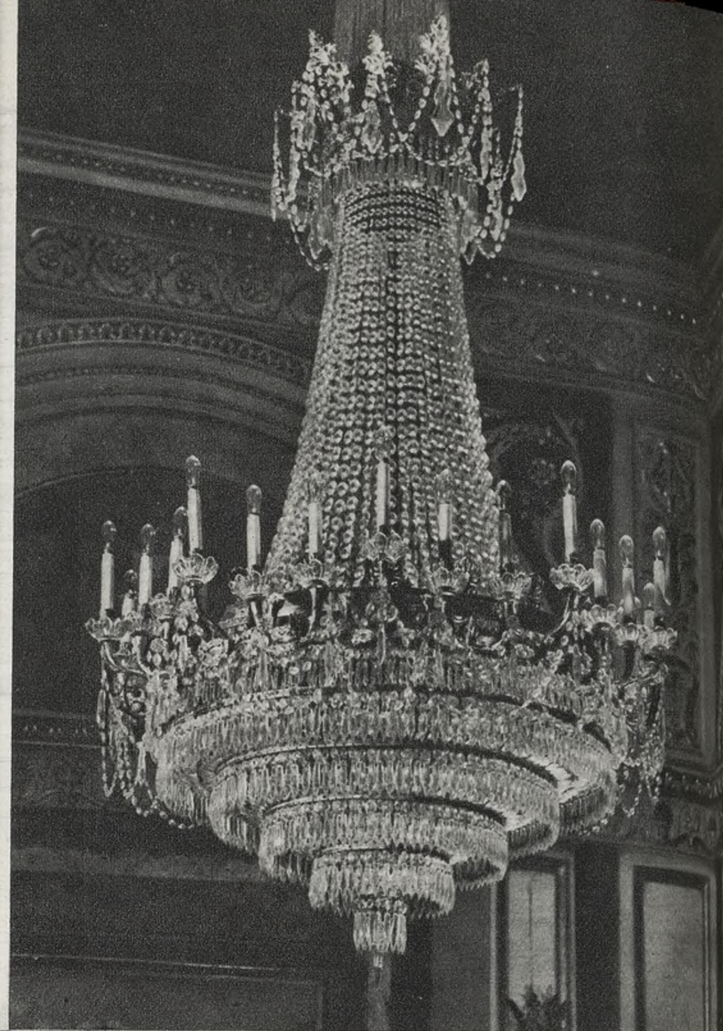

Foto Santos Yubero.


Foto Alfonso.


Foto Alfonso.


Foto Alfonso.

LAMPARAS de ESTILO EN LOS PALACIOS DE ESPAÑA



LA Granja, ese Versalles del Guadarrama, antaño suntuosa y fresca residencia de verano de las personas reales, no sólo fué famosa durante el siglo XVIII y XIX por la grandiosidad de sus palacios y la maravilla de sus fuentes versallescas, sino por los primores que producían sus hornos artesanos de cristal, cuya principal manufactura fueron las primorosas y monumentales arañas. Las iglesias, los palacios reales de Madrid y Aranjuez y los de la nobleza de toda España, tuvieron entonces como ornato de sus grandes salones las lámparas y arañas hechas con cristales de La Granja.





Llegó el gas y llegó por fin la luz eléctrica. Parecía que las grandes arañas de bronce y cristal, producidas por una hábil y diestra artesanía, iban a perder su importancia ornamental, arrinconadas por el progreso.

Pero no fué así. Las grandes lámparas y las primorosas arañas lucieron en vez de velas, boquillas de gas primero y bombillas eléctricas después, sin que la gracia y suntuosidad de sus bronces artísticos y sus cristales pulidos y tallados con primor, perdiesen nada de su prestigio ornamental. Hoy mismo, los salones, tanto los de grandes palacios particulares como los destinados a edificios públicos, vuelven a ser adornados con arañas de estilo producidas por una renovada y competente artesanía.

Madrid ha conservado casi sin interrupción esta tradicional artesanía artística del cristal, hasta el punto que en la actualidad funcionan talleres artesanos que, como los de don Pedro Tendero, en la típica calle de Las Huertas —pleno barrio romántico— pulen y tallan cristales, forjan bronces y arman unas suntuosas arañas y lámparas de estilo, bien con reproducciones fidelísimas de los modelos clásicos que se conservan en algunos palacios aristocráticos de la Villa y Corte, o con modelos de creación original, con los que adornan salones como el de las Cortes Españolas, varios ministerios y algunos edificios de embajadas en Hispanoamérica.

Gracias a la preocupación de este industrial artista, no sólo no se ha perdido la tradición madrileña de esta primorosa artesanía, sino que se ha enriquecido con nuevos adelantos, ya que las arañas que hoy se construyen en Madrid, merced a los obreros especializados por esta casa, tienen la misma gracia de líneas, la misma armonía en las tallas e idéntica limpieza y transparencia de los cristales, todo lo cual contribuye al equilibrio estético del conjunto y, por tanto, a una especial elegancia de lo que pudiéramos llamar la arquitectura general de la araña. Tanto en España como en Hispanoamérica, las arañas madrileñas de gran estilo, llevan el marchamo universalmente acreditado del fabricante de la calle de las Huertas.

C.

Pedro Tendero

MONTAJE Y RESTAURACIÓN DE ARAÑAS DE ESTILO

Huertas, 16 pral. izqda. Tel.º 227914

MADRID



«LA PRIMERA VERBENA QUE DIOS ENVIA
ES LA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA»
(Foto Sierra Calvo)

TIPOS DE MADRID



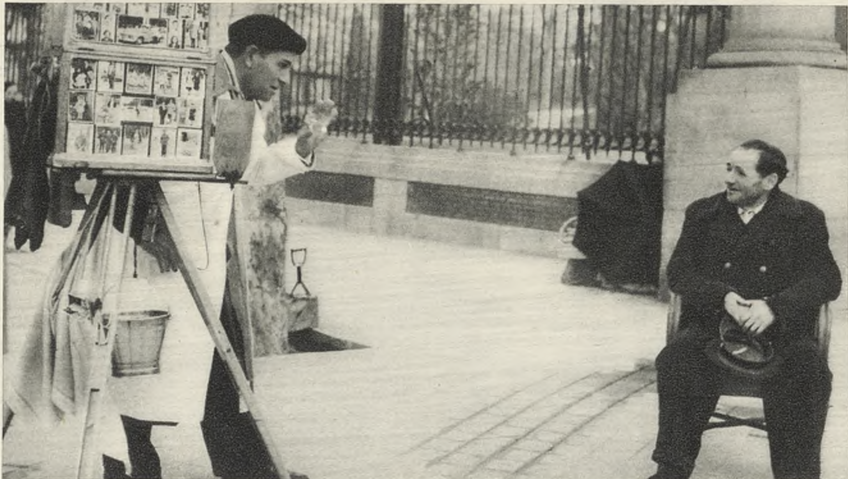
Castañas, globos y caramelos, las grandes ilusiones infantiles surgen en cada esquina de la Villa para risa o rabieta de los niños que miran con tiernos ojos el tesoro maravilloso que tiene el vendedor.



«¿Caballero, limpia?» Este es un grito único en el mundo. Limpiabotas, hombres que hacen alquimia de betunes y cremas y por dos pesetillas dejan nuestros lustrados zapatos brillantes como espejos.



Pese a su atuendo campero y a su bastón de hierro, este caballero es un sencillo y pacífico guarda del Retiro que cuida del parque y mira paternalmente cómo juegan los niños al eterno «aeroplano» y otros juegos.



Para las parejitas, las «chachas» y los soldados que quieren mandar un recuerdo a casa, el fotógrafo ambulante les brinda su efigie en dos minutos. Retratista retratado, que dice como es lógico al cliente: «Quieto un momento, que va a salir un pajarito», aunque éste no crea ya en los pájaros, «posa» para «M. H.»



RECUERDO mi primera noche en Madrid. Con varios amigos españoles recorrí lo que ellos llamaban el Madrid nocturno. Anduvimos de un lado para otro por la parte vieja y más encantadora de la ciudad, con auténtico sabor antiguo, inverosímil en su realidad. Calles estrechas, casas con más de un siglo, balcones de reja, y los faroles de pared, que siempre parecen alumbrar un crimen o una pareja haciéndose el amor. Faroles que luego me fueron familiares en los madrileñísimos lienzos de Eduardo Vicente.

Plazas de tranquila belleza y paz provinciana, luna iluminando los tejados, calles ruidosas de colmados, puertas que se abrían y cerraban dejando salir voces, música de guitarra y un no muy auténtico flamenco, flamenco de turista. Entre este ir y venir de barrios distantes, aristocráticos los unos, castizos los otros, parecía, siempre la misma, que iba y venía de portal en portal haciendo un ruido como de pata de palo. Unos aplausos ajenos a la hora y al lugar resonaban en mis oídos. De vez en cuando una estentórea voz se dejaba oír en el frío de la noche gritando: Serenooooo... Serenooooo... Tenía una resonancia seca, rebotaba por las paredes y subía hasta las ventanas. Y así de barrio en barrio se repite cada noche este grito y este batir de palmas. Luego un silencio de espera. Un silencio escuchado por oídos indiferentes. Un silencio y una voz que interrumpen el sueño, que rompen una intimidad, que se entremeten en la profundidad de una alcoba, estremecen la cuna del niño, agitan el sueño del viejo, interrumpen la meditación, el beso, la agonía, el nacimiento. Ya se oyen golpes apresurados. Es el chuzo, que va dando en la calle, anunciando la llegada del sereno, golpes acompasados y que avisan: voy, voy. Luego, la llave. Y el sereno franquea la puerta al vecino trasnochador.

El sereno es un noctámbulo a pesar de sí mismo. Lo es por oficio, no por afición. Sabe y conoce muchas cosas. Secretos de la ciudad y secretos de las gentes. Cosas que sólo ocurren de noche, a la luz de la luna o a la sombra de los portales. Tiene su mundo y su filosofía. Su tolerancia y su interpretación de la vida. Comprende todo y a veces no entiende nada. Es un pozo de discreción y un abismo de curiosidad.

Rara y anacrónica costumbre ésta de los serenos. Molesto y pintoresco invento que data de 1700 y tantos. Dicen que casi todos son asturianos o gallegos y se llaman Pepe o Manolo. Son cargos codiciados que se pasan entre los miembros de la familia y hasta se pagan buenas primas para conseguirlos.

Ya los chuzos no tienen el farol que llevaban antes colgado. Cuentan que un sereno de Cartagena festejó el bautismo de su primogénito con una fiesta nocturna e invitó—por supuesto—a sus colegas. A medida que iban llegando los amigos dejaban al entrar los chuzos con los faroles encendidos arrimados a la paréd exterior de la casa. Extraño espectáculo y extraña iluminación. Esa noche los cartageneros batían palmas inútilmente para entrar a sus hogares. La ciudad era como un inmenso teatro donde los artistas no querían hacer bis.

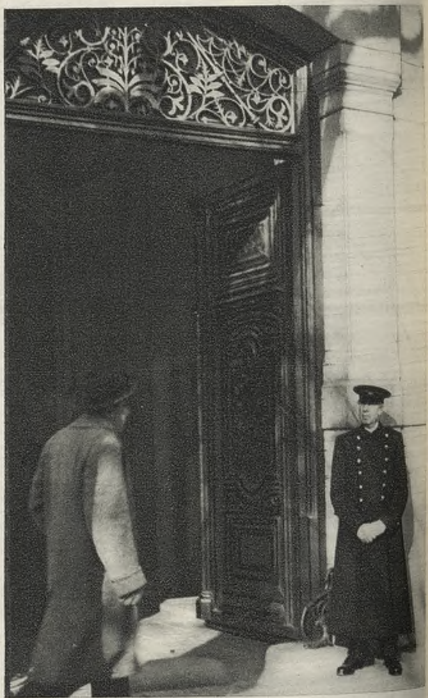
El secreto de los serenos lo aprendí una noche, la primera que salí de mi casa al mudarme del hotel. Pedí la llave del portal y me entregaron una de tan considerable tamaño que me fué imposible llevarla conmigo. Aquí las llaves «Yale» se llaman sereno, y aunque dan poesía y gracia a las calles de Madrid son menos manuables que una llave.

Y así, el sueño de los españoles está guardado, mecido por un hombre que pasea dando golpes en la acera para anunciar su presencia.

MARÍA ELENA RAMOS MEJÍA



El buen viejo con su gorra de visera anda parques y jardines con sus bastones. Pregón de una mercancía que agrada a los niños y que todos usan para apoyarse menos el vendedor. El bastonero que lleva bastones para chicos y ancianos convierte a los niños en pequeños petimetres que pasean por parques y aceras, proporciona una mercancía de gran aceptación en las calles madrileñas y en las avenidas del Retiro.



Casi de sol a sol, el portero de casa grande, con aspecto de señor, está en su puesto con la sonrisa a punto y la contestación amable. Un portero con levitón magnífico, que hasta pone el ascensor, se quita la gorra cien veces al día, sabe la vida y milagros de todos los habitantes de un palacio, pero su levitón con botones dorados es una coraza contra la maledicencia y el cotilleo de escaleras abajo.



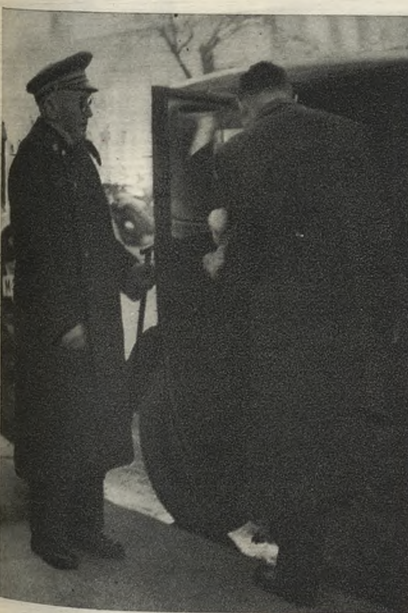
El «ama» de cría es estampa alegre y lujosa con su juventud, sus arracadas y sus grandes pendientes de bola dorada en los paseos madrileños. Es algo que felizmente perdura y en la que el bebé pone la mejor y más encantadora sonrisa ante un retrato del que ya parece se da cuenta. Quizá sabe que los brazos de su aya son los que le evitarán los chichones de sus primeros pasos. (Foto Lara).



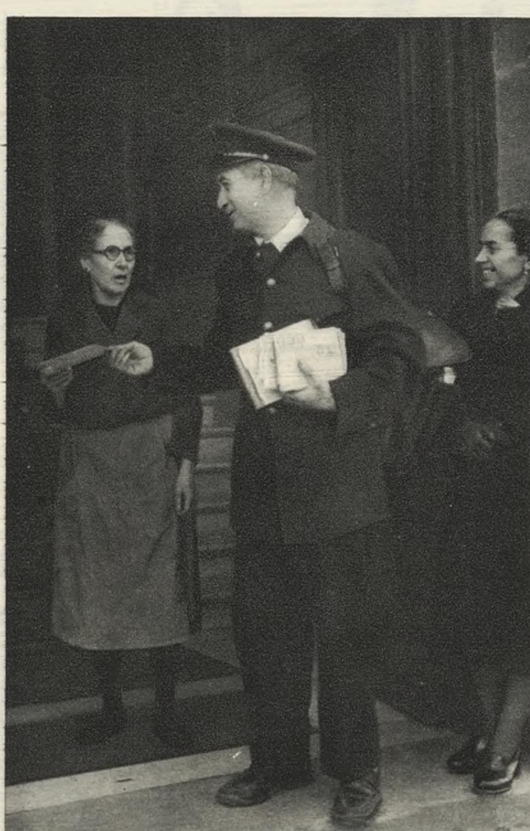
Mirada ágil, viva, brazos en aspa, fino torero del asfalto es el buen «urbano» de gabán azul y casco blanco, que ayuda benévolo a cruzar las aceras al transeúnte anciano o sin perder la sonrisa pone multas al «sordo y ciego». Las luces y los silbidos de su autoridad, pueden salvar una vida o asustar a un distraído.



El barquillero que los lleva de canela y limón, es en el tablero de los tipos madrileños el que mejor gana las «perras» de los soldados y niños.



También los que no tienen lacayo de levitón con botones dorados y chistera con escarapela azul, tienen quien les abra la puerta de un taxi.



Con un haz de cartas en la mano y muchas a la espalda, el cartero acude tres veces diarias a los hogares, portador de tristezas y alegrías.



Viaje de todas las ilusiones infantiles en la Plaza de Oriente. El Rey Felipe IV desde su caballo de bronce que labrara Tacca, sonríe al caballerito del asno, tan orgulloso como él de su cabalgadura, que cada mañana pasea a los niños por el parque.



Sueño de los mayores, esperanza de todos para hacerse rico, la brinda doña Manolita, la lotera madrileña que tiene fama y clientes en las cinco partes del mundo, la lotera que dice que para triunfar hay que estar «quince horas en la silla».



«La manga riega que aquí no llega» es un grito de los chicos contra el manguero que no se asusta del agua fría, ni hace caso de la veda de la chiquillería. Él como único fin tiene el dejar la calle como un salón aunque alguna vez se «bañe» un poquito a un viandante.







MARIQUITA PEREZ.

LA típica artesanía española, ocupa hoy día en el mundo el lugar que le corresponde por el primor y minucioso acabado de sus producciones. Hasta las naciones clásicamente poderosas desde el punto de vista industrial, han reconocido la superioridad de las manifestaciones artesanas de la mano de obra en nuestro país. Son innumerables los exponentes de esta clase de trabajos: damasquinados, bordados, tejidos, repujados en hierro y cuero, muñequería, etc., que hoy recorren en triunfo el mundo entero, pasando a un segundo término los clásicos y antes casi únicos productores de exportación, el flamenquismo y los «bailaores», desconocidos en su patria, la mayoría, que han contribuído a forjar esa estampa de la España de pandereta que tanto daño nos han hecho.

En la información gráfica que ilustra esta plana, ofrecemos a nuestros lectores unas muestras de una de esas típicas producciones artesanas, la muñequería, que saliéndose del marco de la juguetería, en grandes series y sin alma, da a sus productos calor y color casi humano, por lo que ha calado en hondo no sólo entre su clientela infantil, que ve a su muñeca vestida y cuidada como ella misma. Se educa así el gusto de las niñas, acostumbrándolas al cuidado de su propio ajuar. Vestir a su muñeca segun la epoca y las circunstancias, da a la niña una cultura que adquiere a menudo. Pero no sólo las niñas, sino las personas mayores llegan a interesarse por lo artístico y selecto de los equipos, como en esa primorosa y única colección de los trajes regionales españoles con su policromía y variedad que lo hace inigualable. Las posibilidades a que en este aspecto se ha llegado, lo muestra esa otra fotografía de un escaparate de la Casa «Mariquita Pérez», en el que con sus muñecas se escenifica un plano de la película «Lo que el viento se llevó», montado en el mismo día de la presentación de esta película en Madrid. Todas las fotografías son de distintos modelos de la mencionada firma «Mariquita Pérez», conocida hoy en todas partes y cuyo gracioso nombre es popular en cualquier nación y sus productos el más preciado presente para una niña o mujer de buen gusto.

Núñez de Balboa, 52. — Serrano, 8. — Avenida José Antonio, 1. MADRID

























ANTOLOGIA DE MADRID



Por AZORÍN

La calle de Alcalá..., vamos a hablar en serio de la calle de Alcalá; en serio, poniendo en estas líneas toda la gravedad de un sociólogo o de un escritor de psicología social. Entremos en materia. Ante todo, haremos una afirmación que va a sorprender a los lectores no madrileños y a muchos madrileños. He aquí nuestro descubrimiento: La calle de Alcalá no se sabe la extensión que abarca. Cuando en 1831 publicó Mesonero Romanos la primera edición de su «Manual de Madrid», la calle de Alcalá, según el callejero que en ese libro figura, comenzaba en la Puerta del Sol y terminaba en la Puerta de Alcalá. (Es decir, que era una calle cogida entre dos puertas).

Cuando un noctámbulo, una dama elegante, un parlamentario, un provinciano distinguido dice «he paseado por la calle de Alcalá», ¿qué es lo que quieren dar a entender con esto? ¿Cuál es la calle de Alcalá para todas estas selectas personalidades? Examinando objetivamente el problema vemos que la extensión de la famosa vía es muy limitada. Una dama elegante, por ejemplo, acaso pueda decir que ha paseado por la calle de Alcalá cuando ha paseado por el trozo de La Equitativa. Pero ni esa dama, ni un periodista brillante, ni un autor dramático, ni un orador parlamentario dicen plenamente, a toda satisfacción, con toda conciencia, que han paseado por la calle de Alcalá, sino cuando han devaneado por el cortísimo trozo que va desde la calle de Sevilla hasta la de Cedaceros. Y esos pocos metros, lectores míos, es la verdadera y auténtica calle de Alcalá; la calle de Alcalá social y no topográficamente considerada.

En ese breve trecho se desarrolla lo más intenso de la vida madrileña. En ese corto espacio se dan cita cuantos de provincias vienen para llevarse una vara de alcalde o simplemente para conferenciar con el «diputado». En los radiantes días claros madrileños, el cielo se extiende con un límpido y soberbio azul. Durante la estación invernal, a prima noche, el momento marca todo el sabor de la vida madrileña. Discurren viejos tipos de españoles; pasan lindos ejemplares de muchachas de España.

(«Madrid. Guía sentimental», Biblioteca Estrella. Madrid, 1918.)



Por PEDRO DE RÉPIDE

Ya no existe el baile de Luciente, gala y prez del barrio de las Tabernillas; ni el del Norte, mapa de todas las flores chisperescas del barrio de las Comendadoras; ni el del Morrongo, ornato culminante un día de la calle de Buenavista; ni tampoco (así son fugaces las glorias de la tierra) el baile de la calle de Arango, que fué en un tiempo el glorioso recinto de la majeza chamberilera. Pero gracias a Dios sean dadas a la alegre musa danzarina no han de faltarle templos a su agitada devoción. Para todo chulo que se estime, la Costanilla, por antonomasia, es en Madrid la de San Pedro. Al decir la Costanilla a secas no se podrá entender que sea la de los Angeles, ni la de los Desamparados, ni la de San Vicente, ni la de los Capuchinos, ni la de las Trinitarias, ni la de San Andrés. Es únicamente la de San Pedro; y al decir así, la Costanilla, quiere decir que se nombra al más nombrado de los bailes de ahora. Y no se quede atrás el de la Flor, que impera en un viejo palacio de grandes balcones ancestrales; ni el de la Rosa Blanca, galante algazara de la calle de Tudescos; ni el de la Flor de Chamberí, sucesor de las glorias del baile de Arango; ni tampoco se deje por apartado ese olimpo, antípoda del griego, que se abre en pleno campo goyesco, en la calle de Doña Urraca, a la margen misma del camino de San Isidro.

(«El Solar de la Bolera». Ediciones Nuestra Raza. Madrid.)



Por EMILIO CARRERE

Las horas más bonitas de la calle madrileña son de doce a dos de la tarde y de seis a ocho de la noche. No dudo de que algunos madrugadores recalcitrantes—los tozudos del madrugón—me dirán que a ellos les entusiasman las ocho de la mañana. Pero éstas son preferencias anormales o masoquistas que sólo deben ser tenidas en cuenta por los psiquiatras. Rechazo, pues, con repugnancia esa hora de los traperos y de las criadas, que esperan nuestro paso bajo sus balcones para arrojar sobre nuestras ropas recién cepilladas todo el polvo acumulado en las alfombras durante las últimas veinticuatro horas.

Me refiero a las horas bonitas del invierno en la ciudad. Y enérgicamente rechazada sin atenuantes esa hora gélida en que los oficinistas van muy de prisa, asomando la colorada nariz sobre la bufanda—como un pimiento inexplicable situado entre un sombrero y un gabán—, quiero hablar de la simpatía luminosa que tienen algunas calles de doce a dos. Estas no son las calles tumultuosas de los pisotones, los codazos y otras delicias de la urbe grande, sino las peripatéticas, por las que se puede pasear conversando o contemplando. Hay una calle singularmente atrayente: la de San Bernardo. La clásica calle Ancha, la de la vieja canción de corro.

Esta calle, de doce a dos, es una sonrisa de perenne juventud. Reverbera el dulce sol de invierno en las vidrieras de los balcones con macetas. Todos los balcones de la calle Ancha han sido balcón romántico de amores estudiantiles. Hay muchos obradores de modistas en las calles apiñadas en torno a la Universidad—Alamo, Pozas, Noviciado—. Siempre hay modistillas de dieciocho años: madrigal y pasodoble, ramos de claveles que perfuman todos los tiempos con fragancias de Mimí Pinson. Es la calle de los billares y de las librerías de viejo—el texto de Química hecho carambolas—, donde a veces se juntan, en contraste de buho y gorrión, el erudito y el escolar. En la acera del sol los viejecitos sonríen—recuerdo o despedida—; los pobladores de la calle—no son transeúntes, porque apenas caminan—gozan de esa delicia de ver pasar caras bonitas, de oír el repiqueteo de pies diminutos sobre la acera, de gozar del calorcillo inefable de la solana. El placer de tomar el sol, sin tener otra cosa que hacer, es la expresión más exquisita de la libertad humana.

De seis a ocho de la noche refulge de brillos de escaparates, de animación populosa todo el cogollo mesocrático de la ciudad. Calles de la Montera, de Preciados, del León, de la Magdalena—cada una con su guiño propio—. Vocerío de los vendedores de periódicos; mujeres guapas que taconean maravillosamente—en cualquier calle y a cualquier hora siempre podemos ver por lo menos veinte mujeres guapas—. Lo que se llama aún el centro, las calles mesocráticas y los barrios que todavía lucen un resto de garbo majo, tienen en estas dos horas una expresión joven, un brillo alegre.

(«Madrid en los versos y en la prosa de Emilio Carrére», Ediciones de la Sección de Cultura del Ayuntamiento de Madrid. Madrid, 1948.)



Por JOSÉ ORTEGA Y GASSET

En las calles de Madrid encontramos cada día mayor número de casas «madrileñas». Parejamente, Sevilla se está llenando hasta los bordes de «sevillanerías». Ahora vamos a preguntarnos si éste es un hecho reconfortante o desesperante. Para ello conviene descender a su raíz. La raíz está en la mente del propietario o del arquitecto que ha construído la nueva casa antigua.

¡La nueva casa antigua...! He aquí una expresión que yo no había buscado. Ha venido espontáneamente bajo la pluma, como un can a quien un gesto indeliberado de nuestra mano, invita a tenderse a nuestros pies. Por mi gusto la hubiese detenido hasta el fin del artículo, a fin de que el lector ignorase mi actitud ante el hecho que voy a analizar. Pero ya no hay remedio: esa expresión descubre a destiempo la escasa simpatía que siento, no hacia la casa «madrileña» o «sevillana», sino hacia el estado de espíritu que lleva a construir en 1926 una casa del siglo XVII o XVIII.

Si analizamos el estado de espíritu que hace posible semejante *performance*, hallaremos estos ingredientes:

Primero, el deseo de hacer, no sólo una casa, sino una casa con estilo. Este es el único componente laudable que hallo en la inspiración de estos constructores de ruinas y fabricantes de antigüedades. Hasta hace pocos años no se edificaban en Madrid más que puras casas, donde no se hacía el menor sacrificio a la gracia posible de las formas. Tres generaciones de españoles han ejercitado la más resuelta voluntad de estilo. Si esta eliminación de toda belleza hubiese obedecido a algún principio positivo—como en el cuáquero que rehusa todo servicio a la estética por parecerle inmoral—, la desnudez de las habitaciones se habría convertido contra su propósito, en una nueva gracia inesperada y hubiera sido inevitablemente un estilo.

Estas casas nuevas del siglo XVII y XVIII, que ahora van repoblando Madrid, anuncian que la vida española empieza a cobrar sentido y a entrar en disciplina. Sus constructores hacen un sacrificio a la belleza, noble gesto liberatorio en que derramamos algo de nuestro bienes, en honra a un poder divino. Y la belleza, sin duda, tiene algo de divinidad.

(«El espectador», tomo VII. Obras completas. Espasa-Calpe. Madrid, 1932.)



Por ANTONIO DÍAZ CAÑABATE

Madrid crece. Madrid se ensancha. Madrid se eleva a los cielos de los rascacielos. El gran Madrid ha nacido. Pero el pequeño Madrid no ha muerto. Este pequeño Madrid es un granito de sal. Este granito de sal se derrama y desparrama por calles y callejas, plazas y plazuelas; lo llevan en la punta de sus lenguas, en el aire de sus palmitos y en el tacón de sus zapatos las mujeres madrileñas. Junto al oso y el madroño, junto a las siete estrellas, yo pondría en el escudo de Madrid un granito de sal. Este granito de sal lo guarda un salero singular, que no es de vidrio, sino tejido con músculos. Este salero es el corazón de los madriles que reparte y distribuye donaire y gracia en vez de sangre. Este salero lo vierte el cielo y en lugar de mala suerte esparce alegría envuelta en rayos de sol y coloreada de azul de cielo. A cada uno nos toca una chispilla. Hay quien no la recoge; pero hay quien se apropia de varias. Y las saladas chispillas revolotean de aquí para allá, y no sólo se detienen en las personas, sino que algunas se posan donde el azar las lleva, y así, por ejemplo, surgen las acacias, que es árbol en Madrid distinto a los que crecen en otras tierras. Una acacia madrileña es como una muchachita vestida de verde y que tuviera mil brazos, porque dos son poco para abrazar la calle y para marcarse un *schotis*—dos pasos para alante, dos pasos para atrás—cuando el viento agita las ramas.

(«Pregón de fiestas madrileñas», Madrid, 1950.)



Por RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

El casticismo de Madrid, y no precisamente por Goya, es un casticismo de lujo sobrio, sin lo que tienen otros casticismos españoles, en lo que lo morisco es inseparable de lo independiente. Lo castizo de Madrid es barroco propio.

Madrid es la capital del mundo más difícil de comprender. Es incomprensible como un gran artista, como lo que tiene algo de genial.

Madrid es finura y postración, silencio y luz. Sólo alguna ciudad egipcia de otro tiempo pudo tener tan masticada psicología.

Madrid se disimula con su modestia, y se muestra en casas bajas que huelen a pan.

La condición de Madrid es hacer que todas las cosas tengan el regusto de sí mismas. La gracia de todo está en esa bifurcación sencilla y honesta alrededor de sí mismo.

Yo, que soy madrileño, no he perdido de vista nunca su aire leve, límpido para las teorías, humilde para mayor claridad del vivir, que hace que todos los grandes ambiciosos se desplacen en su estadio.

Madrid estriba en gracias inaprensibles que por su falta de tono no son muy literatizables. Algunas son gracias con repeluzno, como esas nubes madrileñas que parecen blancas y que al atardecer nos encontramos con que son moradas, y como ese misterio de la primavera sin el cariz bobo y sobradamente optimista de las primaveras, pues la nieve de la Sierra pone arrepentimientos de ser primavera en la primavera y la cruza de hondura.

Madrid es encontrar esas afueras optimistas y no profesionales del afuerismo, en que revuela el resultado del escrutinio de las meriendas reunidas.

Madrid es una capital blanquita, blanquinosa, sobre todo cuando se da polvos de invierno.

Madrid es tomar por humo de fábrica el humo de las hojas que se queman en montones.

Madrid es un sitio en que no hay que hacer caso de sistemas engañosos, como de que todo el mundo se queje de todo cuando nadie tiene por qué quejarse de nada, pues todos han inventado su sinecura, ya que sólo aquí los Ministros responden a las peticiones pidiendo una fórmula para cumplirlas.

Madrid es el platero de portal y el regatonero de portal que pone una contera por cincuenta céntimos, y es la participación gratuita en las grandes loterías.

Madrid es el encontrar muchas prenderías y tener junto a la Gran Vía librerías de viejo y tabernáculos baratos.

Sus suburbios no son suburbios, pues llevan una vida meridiana y pueblerina.

Frente a toda grandiosidad responde Madrid apaisándose, y no tiene ese emprendimiento piratesco y sin fondo de otras ciudades. Madrid vive en parentesco de todas sus calles, y mucho nos tendríamos que complicar para que surgiese el sentimiento acaparador del Universo que alienta en el monstruo de las capitales de nación.

(«Elucidario de Madrid». Ediciones CIAP. Madrid, 1931.)



MADRID DE MADRUGADA



Por AGUSTÍN DE FOXÁ

Madrid de la madrugada:
botijo y luna;
unos grillos
tocan su Pascua de insectos
en la calle de Cervantes,
y el borracho de la esquina
ya mueve toda la calle
y hace cubierta de buque
la plaza, fija y eterna;
va con su sombra violeta
coleccionando ciudades.

¡Qué loco el caballo blanco
del «simón»!, entre los *taxis*.

Con su fantasía estrecha
—compás cerrado—imagina
prados entre los solares.

El picador de los toros
es, en su muerte, su arcángel
de plata y gamuza:
una
mujer se vende en la calle
para pisos con braseros,
cromos, lavabos y naipes,
besos de cuatro pesetas
y un desnudo de lunares;
en los labios
bacilos de Koch y el gusto
de anís.
Los faroles se hacen
serenos muertos; perfiles
pálidos de claridades;
y yo vengo con mi vino
—cinco estrellas en mi sangre—.
En las fachadas se hielan
yesos de nicho;
¡cristales...!
La campana de las monjas
anuncia yemas y hojaldres.

(«Antología poética». Madrid, 1950.)



EL RASTRO



Por JOSÉ GUTIÉRREZ SOLANA

Ir al Rastro en domingo, es encontrarlo más animado, más alegre, cuando abundan más las ventas, montones de faldas y pañuelos; todo parece que se rejuvenece, que lo asean; pero en los días de trabajo es cuando vemos y encontramos más cosas estrambóticas y raras, montones de americanas y chaquetas cortas, de chulos; chisteras, sombreros hongos, fracs y chaqués empolvados y desteñidos, capas con embozos descoloridos de gentes que duermen hace muchos años en los panteones y en la fosa común.

El Rastro es el sitio más industrial de Madrid, donde más se trabaja. En pequeños departamentos, separados unos de otros por unas telas, a manera de tabiques, vemos todo lo que nos hace falta: herramientas, camas, cómodas, sillas desvencijadas que luego las reparan y las dejan como nuevas, despojos de cosas que fueron, mantas, cuadros y *albums* de fotografías descoloridas de tipos del año 30, de la época romántica.

Hay tiendas de baules, pilas de sillas y muebles mezclados con los más diversos objetos. Los mozos de cuerda husmean a los compradores. Estos mozos viejos y humildes, que no se ven más que en el Rastro.

Estos puestos son los de Las Américas. Arriba, en la cuesta de la Ribera de Curtidores, los puestos son más aseados, todo es más limpio.

Más abajo cruza por allí la Ronda de Toledo y éstos son los últimos y más pintorescos puestos del Rastro.

(«Madrid. Escenas y costumbres». Madrid, 1913.)



IMPRESION MADRILEÑA



Por RAMÓN LEDESMA MIRANDA

Todo el que se despega de Madrid y vuelve a sus ámbitos, se pasma de la increíble luz, del «sereno y feliz espacio de cielo» de que habla Lucio Marineo Siculo, de la conjunción deslumbradora de industrias y materias claras, del cromo, de tapiz alegórico, de la porcelana del Retiro. Del agua de Lozoya. Del albillo. Uvas y aguas de los más finos cristales. Del acento cortesano risueño como un silbo. Madrid está siempre amaneciendo. Respira un eterno mayo. Son sus días los de la gracia y revuelta primavera que adviene para el rocío de las violetas y el frescor de la fresa y de los claveles.

(«Carácter de Madrid en dos etapas». «Sí», 1[illegible] agosto 1942.)



LA CIUDAD ALEGRE



Por FEDERICO SÁINZ DE ROBLES

Madrid tiene un alto cielo azul, delgado y claro. Madrid, casi siempre, gasta de su sol, moneda de oro tan bien acuñada como la mejor. Madrid rebaña en la serenidad del ambiente su posición terrícola y sus aspiraciones extraterritoriales. Pero Madrid no es una ciudad alegre. ¿Quién lanzó el topiquillo de su algazara y la adveración de su sensibilidad a la acidía? ¿Quién le entremetió en las rutas impresas del Baedeker y en las rutas de la efectividad con el sambenito de las castañuelas, el marchamo de la manolería y la revuelta y la revolera del retruécano? Todos los extranjeros que suspiran por Madrid—si es que aspiran a Madrid siquiera—le rinden los suspiros y le alegran los párpados mientras pronuncian palabras sueltas entre las que se suponen las admiraciones y los puntos suspensivos... ¡Madrid...!

(«Cuerpo y alma de Madrid». Ediciones Crisol. Madrid, 1945.)



LA GRAN VIA



Por ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

¡Qué drama madrileño el de la Gran Vía!. ¡Cómo luchan en ella la piedra, el ladrillo y el aire y el suelo y la gracia de Madrid contra el hormigón armado, contra el asiatismo mesopotámico y rascacielico de su arquitectura antiespañola, antitradicional y «sin medida» (¡la «medida», el secreto de Europa y lo católico!). Todavía en el primer trozo de esa avenida queda como una antigua fragancia de solera, una degustación sabrosa que le viene de la calle de Alcalá, de la Cibeles, de la parroquia de San José y de las afluencias laterales que llegan de la Puerta del Sol, Montera, Infantas, Fuencarral... Pero después todo se transforma en película, en exotismo, en judería internacional, en vía que huye cuesta abajo hacia una estación cargada de maletas, de hoteles, de cines, de transeúntes con caras extranjeras, de rumores cosmopolitas y olor a gasolina, con luces cegadoras y turbias de neón por la noche.

(«Madrid nuestro». Editora Nacional. Madrid, 1942.)

Concurso de ideas

NOVENO FALLO DEL "CONCURSO DE IDEAS" DE MVNDO HISPANICO

El noveno y último fallo del Concurso de Ideas de MVNDO HISPANICO corresponde a una selección de cartas recibidas desde el mes de septiembre de 1950 hasta el de febrero, inclusive, de 1951, ya que, como anunciábamos en nuestro número anterior, había de cerrarse necesariamente nuestro Concurso el último día de febrero. El éxito de nuestro Concurso de Ideas está demostrado por la extraordinaria afluencia de cartas que hemos recibido tanto de España como de América y Filipinas. A todos agradecemos sus ideas e iniciativas, pues aun de los que por imposibilidad de espacio no podemos dar cabida en las páginas de la revista, nos haremos eco, a la hora de confeccionar números, que nos permitan ponerlas en práctica. De todas estas cartas, que eran muchas, hemos seleccionado, por su especial interés, las siguientes:

La que nos dirige don José Ignacio Uruñuela, residente en las Arenas, Vizcaya, cuya propuesta es que «publique MVNDO HISPANICO artículos gráficos que divulguen la industrialización llevada a cabo en España en los últimos años, así como otros sobre la emigración española y su estado actual».

Asimismo citaremos a carta de don Jaime Picaso, constructor, de Manresa, que nos sugiere la idea de «publicar mensualmente una sección titulada «efemérides hispánicas», la cual, según nuestro comunicante, podría servir para recordar mensualmente las fechas más gloriosas de las naciones hispanoamericanas. También nos sugiere el mismo comunicante la idea de «publicar cada mes de diciembre un índice de todo lo publicado durante el año».

También ha sido seleccionada la carta de don Luis Manso Collar, de Cabañaquinta, Asturias, que nos pide la publicación de «artículos a base del aspecto económico de los países hispánicos para divulgar todas las facetas de la situación industrial, agrícola y comercial de los mismos y sus posibilidades futuras».

Otra de las cartas seleccionadas ha sido la de don Luis Parejo de la Cámara, de Badajoz, que nos pide «la publicación de un número extraordinario y monográfico dedicado a Extremadura, patria de los conquistadores y cuna de América, con sus ciudades llenas de tradición, como Trujillo, Medellín, Villanueva, etc.».

El premio del Concurso de Ideas, o sea el lote de libros por valor de 500 pesetas, según las bases ha correspondido en este último Concurso a la carta extensa y bien razonada del R. P. Hidalgo, S. J., misionero de la Compañía en Wuhu (China). Ya sabe, pues, nuestro comunicante que puede indicarnos la selección de los títulos de las obras que más puedan interesarle y que le enviaremos a su dirección postal, de la que tomamos buena nota, si Dios quiere conservarle en ese puesto avanzado del Catolicismo.

TABLONCILLO

¡Tres ciudades, tres! «La ciudad encantada», «La ciudad sin horizontes», «La ciudad que no olvida». Tres títulos, graciosos sin duda, para otros tantos trabajos literario-fotográficos. Pero resultan tres «ciudades» juntas en un mismo número de MVNDO HISPANICO—el 35 precisamente—; ¿no es, francamente, excesivo? ¿Es pobreza de léxico, inhabilidad, carencia auditiva para descubrir tan ostensible «cacofonía» titulesca? Aunque parezca mentira, los tres títulos han salido juntos en el mismo número, quizá para que tuviésemos tema para este «Tabloncillo». Ahora bien: como somos criticones, pero justos, hemos de reconocer que están bien aplicados los títulos y que por lo menos la primera de las «ciudades» es una auténtica metáfora, creada por la fértil fantasía popular de los conquenses, que ha sido capaz de urbanizar las rocas y conglomerados geológicos de las tierras de Cuenca, para que el poeta conquense Federico Muelas escribiese sobre ellos un bello artículo. Quede, pues, salvada una de las «ciudades», precisamente por no serlo.

CONVOCATORIA DE LA BIENAL DE ARTE HISPANOAMERICANO

EL Instituto de Cultura Hispánica y la Junta Organizadora de la Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte convocan a todos los artistas españoles e hispanoamericanos y de los países invitados de honor, que residan en España o en cualquier otro punto de Europa, y les invita a tomar parte en este primer certamen, con arreglo a las siguientes bases:

1.ª La inauguración de la Exposición se verificará el día 12 de octubre de 1951 y las obras se deberán encontrar en Madrid, en los locales del Museo Nacional de Arte Moderno, antes de las doce horas de la noche del día 31 de agosto. Este plazo es improrrogable.

2.ª Cada artista podrá presentar un máximo de tres obras y es condición indispensable que éstas no hayan figurado previamente en Certámenes oficiales de carácter nacional. En determinados casos la Junta Organizadora puede hacer uso de las facultades que a este respecto le confieren los Estatutos.

3.ª Siempre que la facturación y expedición de las obras que se remitan a Madrid desde provincias esté hecha antes del 31 de agosto, el Jurado de Admisión las considerará como recibidas.

4.ª Para efectos de premio se excluirán los artistas ya fallecidos.

5.ª La Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte está integrada por las manifestaciones de las Bellas Artes que a continuación se expresan, divididas en cuatro secciones: a), Arquitectura, incluída la especialidad del urbanismo, planos, dibujos, perspectivas, maquetas y fotografías de obras realizadas y en proyecto; b), Escultura; c), Pintura en todos los procedimientos, y d), Dibujo y grabado.

6.ª Es de cuenta de los artistas el hacer llegar sus obras a la sede de la Exposición, que responderá sólo de los gastos de desembalaje y reembalaje.

7.ª Cada envío deberá ir acompañado por la ficha de inscripción, que será facilitada a los artistas por la Secretaría General del Certamen, calle Marqués del Riscal, 3, Madrid.

8.ª En las fichas de inscripción de las obras deberá constar expresamente si el artista la pone a la venta o si con ellas concurre a los premios bajo cláusula de adquisición. En ningún caso esa declaración podrá ser anulada por otra posterior, ni podrá ser aumentado el precio declarado inicialmente. En la Secretaría de la Bienal fucionará una sección especialmente dedicada a la venta de las obras. Las ventas serán realizadas según lo dispone la ley, reglamento e instrucciones oficiales en vigor.

9.ª Las obras premiadas quedan en propiedad del Instituto de Cultura Hispánica o de la entidad que otorgue los respectivos premios, y en caso de que el artista se reserve la propiedad de la obra, se le discernirá el correspondiente premio de honor, reservándose el premio en metálico la Junta Organizadora, que lo pondrá a disposición del Jurado de Selección para la creación de nuevos premios.

10. El Instituto de Cultura Hispánica otorga, para los participantes en esta Exposición, los siguientes premios:

Arquitectura y Urbanismo: Gran premio de 100.000 pesetas.

Escultura: Gran premio de 100.000 ptas.

Pintura: Gran premio de 100.000 ptas.

Dibujo y Grabado: Gran premio de 50.000 pesetas (Dibujo) y gran premio de 50.000 pesetas (Grabado).

11. Todos los premios que posteriormente fueran instituídos serán adjudicados por el Jurado de Calificación y se anunciará oportunamente su concesión y su cuantía.

12. Los artistas que no residan en Madrid deberán nombrar una persona que los represente.

13. El Jurado de Calificación iniciará sus reuniones a partir de la fecha de inauguración y deberá emitir el fallo en un plazo no superior a treinta días a contar desde la fecha de apertura.

14. Los acuerdos del Jurado de Calificación serán tomados por mayoría de votos.

15. La Junta organizadora, en uso de sus facultades y siempre que lo estime justificado, podrá admitir a este Certamen obras presentadas fuera de concurso.

16. Los premios otorgados a obras escultóricas, en materia no definitiva, no implican el derecho a recabar la fundición de las mismas.

17. Se recomienda a los artistas que residan en las distintas poblaciones españolas que se presenten a la Exposición Bienal a través de los Certámenes regionales, que organizan las Asociaciones filiales del Instituto de Cultura Hispánica y que son las siguientes:

Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona.

Asociación Cultural Iberoamericana de Badajoz.

Asociación Cultural Iberoamericana de Bilbao.

Asociación Cultural Iberoamericana de Murcia.

Asociación Cultural Iberoamericana de Salamanca.

Asociación Cultural Iberoamericana de La Coruña.

Asociación Cultural Iberoamericana de Sevilla.

Asociación Cultural Iberoamericana de San Sebastián.

Asociación Cultural Iberoamericana de Valladolid.

Real Academia Hispanoamericana de Cádiz.

Casa de América de Granada.

Instituto Iberoamericano de Valencia.

Instituto Hispánico de Aragón, de Zaragoza.

Instituto Canario de Cultura Hispánica, de La Laguna.

En el anuncio de LINEAS AEREAS BRITANICAS, que aparece en la contraportada exterior de este número, debe entenderse que la dirección correspondiente a BARCELONA es Avda. José Antonio, 613, teléfono 229167, a donde podrán dirigirse cuantas personas en aquella ciudad deseen reservar su billete o efectuar cualquier consulta.

los LECTORES tambien escriben

Buenos Aires, 15 de febrero de 1951.

Me tomo la libertad de dirigirme a usted como admirador de España y lector de su Revista MVNDO HISPANICO, pues soy ciudadano norteamericano y siempre he tenido gran aprecio a su país, el cual hace poco tiempo he tenido oportunidad de conocer y he visto un país maravilloso en el cual nadie se siente extranjero, por la amabilidad y cortesía de ese pueblo hispano. He observado el gran progreso alcanzado en todos los sentidos.

Me dirijo a usted porque soy conocedor de varios países, principalmente hispanoamericanos, en los cuales he oído hablar de España con un criterio erróneo.

Por eso le pido que se dediquen, si se puede, páginas de MVNDO HISPANICO a España, a fin de que todos conozcan lo maravilloso de ese país.

Le saluda a usted muy atentamente s. s.,

J. DE WILLIAMS



Muchas gracias. Este número va dedicado a una cosa de España que se llama Madrid. Hemos rectificado un poco la sintaxis de su carta. No mucho.

Guayaquil, 13 de diciembre de 1950

Asiduo lector de MVNDO HISPANICO, la revista que nos trae todo lo cálido, acogedor y admirable de la Patria grande de allende el mar, y el palpitante vínculo que la hispanidad sembró en estas tierras americanas, no deseo iniciar ésta sin felicitar a usted por el éxito de la publicación que dirige y augurar para ella, en el futuro, abundantes y merecidos triunfos; que al fin y al cabo las palmas que logre son tan suyas como de quienes admiramos lo que traen sus páginas, plenas de verdad española y de verdad americana.

Releyendo en estos días varios números pasados de la revista, entre otros el 16, correspondiente a julio de 1949, me detuve en el interesante ensayo de don Gonzalo Menéndez Pidal, titulado *Primeras Universidades en el Nuevo Mundo*, en que demuestra su erudito autor que la España suya y nuestra trasplantó, junto con el vigor de su raza, la pureza de su fe y la pujanza de sus tradiciones, toda la solidez de su cultura traducida en la creación y mantenimiento de centros de estudios superiores.

Junto al artículo a que me refiero y en el croquis que le acompaña, demostrando la prosapia de nuestra cultura hispánica, aparecen marcadas cronológicamente las fechas de las fundaciones universitarias hispanoamericanas, entre las que se asigna a nuestra primera universidad ecuatoriana, la de Quito, el año 1790, y se le señala el lugar décimotercero de orden entre las similares del continente. La fecha que se apunta, señor director, no tiene relación alguna que no sea la de plenitud de vida con la Universidad quitense, que contaba a esa fecha con más de dos siglos de existencia, y, en todo caso, si con ella se quiso significar la de la época en que el Monarca español resolvió tomar enteramente a su cargo los gastos que ocasionaba la enseñanza, más valdría haber anotado el año de 1788, fecha de la Cédula que imputa a sus Reales Cajas esos servicios; y digo esto porque Quito tuvo Universidad desde el 20 de agosto de 1586, a la que bautizó con el nombre de Real Universidad de San Fulgencio, precediendo, por tanto, con mucho, a la data fundacional y el orden de creación que cita el artículo que comento. Estos antecedentes modifican el cuadro y citas del croquis publicados en MVNDO HISPANICO, y colocan las cosas en su punto. Quito no cede ni a Harvard, ni a Yale, ni a Princeton, ni a Wáshington, ni a Columbia en cuanto a abolengo y antigüedad.

Cuénteme como admirador de su obra y amigo.

J. SANTIAGO CASTILLO BARRERO

Sin pararnos a revisar nuestra colección, tenemos idea de que esta rectificación ya fué en algún número anterior de «M. H.» Pero si hay que remachar la prosapia universitaria de Quito, se remacha, que bien lo merece.

Montevideo, 24 de febrero de 1951.

Me permito llamar la atención de usted acerca de un error garrafal del número 32 (noviembre 1950) del admirable MVNDO HISPANICO que usted dirige.

En la página 42 de dicha edición, dedicada, como las que preceden, al general argentino don José de San Martín, se reproduce el célebre cuadro «La revista de Rancagua», del ilustre pintor uruguayo Juan Manuel Blanes. Pero en lugar de indicarse el verdadero nombre del indicado pintor, dice la revista al pie del grabado: *Oleo de Juan Mauricio Rugende.*

¿Cómo es posible, señor director, tamaño dislate?

El cuadro de Blanes, famoso en toda Suramérica, y cuya historia narra el biógrafo del pintor, Eduardo de Salterrain y Herrera —uruguayo también—, ¡lamentablemente confundido en una publicación española!... ¡Qué lástima, señor director, que ocurran estas cosas, asidero de críticas!

Dispense usted esta rectificación, hecha con el mejor propósito de ilustración, y de decir la verdad con honra.

Le saluda con toda consideración,

AGAPITO DEL CAMPO
Durazno, 1793



Ese tamaño dislate, estimado lector, fué posible gracias al duende del periodismo, que se trasladó a nuestros talleres de huecograbado. La «foto» número 7—tenemos delante el original— llevaba este pie: «Revista de Rancagua (la única vez que se sublevó San Martín frente al Gobierno de Buenos Aires, antes de su campaña militar en América), óleo del uruguayo Juan Manuel Blanes.» Después, por necesidades de ajuste, se dió orden de suprimir la aclaración. Y la firma de Juan Mauricio Rugende, que ya iba como pie de otra «foto» de esta página, se duplicó, desplazando a la de Juan Manuel Blanes. Los pintores pueden gastarse, o gastarnos, estas bromas desde el más allá. Muchas gracias por su rectificación.

ESTAFETA

Desean correspondencia:

Herminia Casal González, con residencia en Cañongo, 112, Cerro (La Habana), con jóvenes de Madrid para intercambio de revistas, postales, recuerdos. Correo aéreo.

Emilio Mallol Valle, Avenida Ejército Liberador, 11, Játiva (Valencia), con jóvenes de uno y otro sexo hispanoamericanos.

Ange Garrido Lázaro, cuesta del Aguila, 7, Toledo, con señoritas sudamericanas.

Hernando Zapata Salazar, de veinticinco años, soltero, residente en la ciudad de Aguadas, calle de Los Chorros, Departamento de Caldas, Colombia, con chicas españolas e hispanoamericanas de diecisiete a veintidós años.

Sandro Tacconi, Salita de Crescenzi, 30, Roma, con jóvenes españoles e hispanoamericanos que sientan la atracción por la hispanidad.

ALGECIRAS

ESPEJO MERIDIONAL DE ESPAÑA





La Península Ibérica tiene al Sur, en su zona meridional, un gran arpón geológico clavado en el viejo mar de Gades: el cabo gaditano de Tarifa. Es como un grueso pulgar cuya suave yema es la tierra y el caserío de Algeciras y cuya dura uña de caliza es el Peñón de Gibraltar. Ancla de tierra metida en las aguas del Estrecho como para asegurar la estabilidad de la flotante península, bañada entre dos mares.

Asomada sobre el cielo navegable de su bahía, cuyas aguas hace transparentes esa luz única del sol africano, Algeciras, por su nombre de clara etimología árabe y su vieja tradición de villa romana—Julia Transducta—es el último de los líquidos espejos de la periferia española en que se miran los viajeros que salen de Andalucía hacia el continente colonial de Marruecos. Ese Imperio cuya estructura política se estableció en la internacional conferencia de Algeciras el año 1906.

Pero no sólo para los españoles que salen es la transparente bahía de Algeciras último espejo de la periferia peninsular. Es también la ventana luminosa y florida por la que muchos extranjeros se asoman a las intimidades de la vida española. Por eso tiene tanta importancia la urbanización y limpieza de la villa de Algeciras, a la que su alcalde dedica tantos desvelos para mantenerla—en lo tocante a limpieza urbana—a la altura de una gran ciudad europea.

Además de la bahía ancha y transparente para espejo de su caserío, tiene Algeciras el gran puerto estratégico del Sur y tiene el puerto pesquero que constituye una de sus principales fuentes de riqueza. Pues aunque viven en su recinto numerosas artesanías y modernas industrias, como son las de alfarería, pastas para sopa, taponería de corcho, guantes y otras, es sin duda la pesca uno de sus grandes ingresos.

El continuo tráfico con Africa, Tánger y Canarias y el gran tráfico marítimo del Estrecho, que tiene en su puerto un punto de apoyo para la navegación, hacen de Algeciras una ciudad de aspecto cosmopolita, sin que pierda por eso las cualidades sociales y tradicionales de la más rancia Andalucía.

¿Por qué no hablar de sus inmejorables condiciones como estación veraniega? Playas, hoteles, club náutico, ferias, atracciones...